



**CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS**

**PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS DE LA MUJER**

**Sexualidad y Masculinidad: un estudio cualitativo sobre las emociones en las experiencias sexuales de hombres jóvenes remeros del embarcadero de Xochimilco**

**Tesis que presenta**

**Dulce Jaqueline Maldonado Smith**

**Para obtener el título de**

**Maestra en Estudios de Género**

**Director**

**Dr. Juan Guillermo Figueroa Perea**

**Lectoras Dra. Luz María Galindo Vilchis**

**Dra. Cristina Herrera**

**México D.F. 2018**

## **Agradecimientos**

Agradezco enormemente a mi cómplice de investigación y asesor el Dr. Juan Guillermo Figueroa, que de manera humana y cariñosa me acompañó en este viaje. Asimismo, agradezco el apoyo del Dr. Jorge Lyra y del Dr. Benedito Medrano por haberme recibido durante mi estancia de investigación en la Universidad Federal de Pernambuco, además de apoyarme en la afinación de éste, este trabajo se lo debo a ellos, a GEMA y a PAPAI. Agradezco también al noble apoyo que recibí de mis lectoras, la Dra. Luz Vilchis y la Dra. Cristina Herrera, quienes con lupa revisaron mi trabajo, haciéndolo cada vez más complejo y nutrido. También, agradezco al Colegio de México por aceptarme y permitirme ser parte de esta loable institución. Agradezco al Dr. Jorge Villanueva, quien, sin conocerme, aceptó leer mi trabajo y contribuir con sus comentarios y sugerencias.

Un enorme gracias a los remeros que me permitieron acompañarlos durante su arduo trabajo. Gracias por abrirme las puertas de su experiencia y por la confianza para relatarme aspectos íntimos de su vida. Sin ustedes nada de esto sería posible. Agradezco también a todos mis compañeros de clase por su apoyo, compañerismo y amistad. Un especial gracias a mis compañeros de la UNAM, del seminario de masculinidad, estar acompañada de ustedes en un seminario tan sabroso fue una experiencia maravillosa.

Por último, agradezco a la persona más importante en mi vida, mi madre. Gracias por inculcarme el deseo por el estudio y por ser la mejor mamá del mundo.

## Índice

Agradecimientos.....	2
Introducción.....	7
¿Quiénes son nuestros sujetos de estudio? .....	8
Justificación de la población de estudio .....	9
Capítulo 1: Masculinidades y sexualidad.....	13
1.1 Masculinidades .....	13
Masculinidad y emociones .....	16
La identidad masculina desde la perspectiva racionalista .....	16
Procesos de socialización e imperativos de represión emocional .....	17
Estrategias de encubrimiento emocional y mecanismos de adaptación corporal .....	18
Los efectos de la masculinidad dominante en la vida emocional de los hombres....	19
1.2 Sexualidad masculina .....	20
1.3 Aspectos Metodológicos: ¿Desde dónde se investiga? .....	25
1.4 Problema y pregunta de investigación .....	26
1.5 Contexto y presentación de los informantes .....	28
1.6 Los instrumentos.....	33
1.6.1 Observación participante .....	33
1.6.2 Diario y notas de campo .....	33
1.6.3 La entrevista antropológica.....	35
1.7 Elaboración de la Guía de Preguntas y realización de las entrevistas .....	36
1.8 El trabajo de campo .....	37
1.8.1 El primer encuentro y el primer obstáculo .....	37
1.8.2 Tejiendo relaciones .....	39
1.9 Algunos aspectos éticos sobre el trabajo de campo.....	41
1.10 ¿Qué implica que una mujer les pregunte a los hombres sobre su sexualidad?42	
1.11 Análisis del material empírico .....	43
Capítulo 2: “En este trabajo hay un chingo de historias”. El contexto sexual de los remeros, introducción a los capítulos analíticos.....	45

2.1 El contexto Familiar: Adicciones y violencia intrafamiliar.....	45
2.2 “Este es un trabajo de hombres (adultos)”.....	47
2.3 Dominación y poder: las llevadas y la relación entre hombres en el embarcadero .	49
2.3.1 La relación entre varones en el embarcadero .....	49
2.3.2 Las llevadas .....	50
2.4 Homofobia, fragilidad no asumida y sensibilidad inhibida .....	52
2.5 Sexo y dinero. La relación con las turistas y las mujeres de la comunidad.....	54
2.6 ¿A qué relatos están expuestos los remeros?: zoofilia, pedofilia y violencia sexual	56
2.7 Síntesis.....	57
Capítulo 3: “Sentí como si mi ego hubiera crecido. Quería salir corriendo y platicarles a todos mis amigos: “¡Yo ya cogí!”, te sientes más grande que los demás”. La iniciación sexual...	58
3.1 El autoerotismo.....	59
3.2 La masturbación y el consumo de cine erótico como práctica social.....	60
3.3 Los relatos sexuales de los pares y mayores como una forma de presión implícita y explícita.....	62
3.4 La pareja sexual .....	64
3.5 “¿Qué tal si se te descompensa el pene?”: Desesperación, decepción y miedo en las primeras experiencias sexuales coitales .....	65
3.6 El ingreso al orden de la penetración.....	67
3.7 “Si el pene pudiera hablar, le diría a su amo que está harto de asumir tantas responsabilidades”. Disfunciones sexuales y el modelo sexual masculino .....	69
3.8 Síntesis.....	70
Capítulo 4: “Los hombres somos como animales, territoriales”. La competencia sexual....	72
4.1 “¿Entonces debe ser con alguien que los demás acepten?”. La pareja sexual como aprobación homosocial .....	73
4.2 El sexo anal y otras prácticas sexuales consideradas preponderantes para ser un hombre y su relación con la violencia sexual .....	74
4.3 “Ni pedo, yo me la comí primero”: La virginidad y el cuerpo de las mujeres como objetos comprables y coleccionables.....	78
4.4 Las mujeres como sujetos malvados y potencialmente peligrosos.....	79

4.5 Una marca perpetua .....	80
4.6 La vagina: un recipiente de semen.....	81
4.7 “Si ya te serviste de ella, ¿por qué hablar mal de una persona?”. Proteger la identidad de las mujeres.....	83
4.8 La economía de los bienes simbólicos y la teoría homosocial de la masculinidad..	84
4.9 Las mujeres en el embarcadero y la teoría homosocial de la masculinidad .....	85
4.10 “¿Por qué te cogí? ¿Nada más por chingarle la vida a este güey?”: Asco, vacío y vergüenza en las experiencias sexuales de los varones .....	87
4.11 Síntesis .....	89
Capítulo 5: “Coger sin pedos y amar sin pedos”. La relación entre el amor y el sexo.....	91
5.1 Hacia una sexualización del amor y una erótica del sexo.....	93
5.2 Aprender a dividir desde el sufrimiento .....	94
5.3 La máxima debilidad de un hombre son las mujeres.....	96
5.4 El hombre casado es un hombre cansado .....	98
5.5 “Tal vez me denigre, pero me da dinero” .....	100
5.6 Los límites en una relación extramatrimonial .....	101
5.7 “Esos palos que le andas aventando a otra vieja, también tu vieja los quiere”. Las causas de la infidelidad femenina .....	102
5.8 ¿Qué impulsa a los hombres a iniciar relaciones extramatrimoniales? .....	104
5.9 Las tensiones en el matrimonio .....	105
5.10 Síntesis .....	106
Capítulo 6: “Yo no quiero ser así cuando sea grande”: resistencias, cambios y transformaciones.....	107
6.1 Para comenzar a comprender los cambios en el comportamiento masculino: machismo, sexualidad y emociones.....	109
6.2 Soledad, machismo, paternidad y su relación con las transformaciones de la identidad masculina .....	112
6.2.1 El miedo a la soledad.....	115
6.3 “No es no, no puedes obligarla”. La postura de los varones frente a los cambios en la sexualidad femenina.....	116

6.4 “Hay de piropos a piropos”.....	118
6.5 Actividad sexual vs promiscuidad .....	119
6.6 La crisis de la masculinidad.....	121
6.7 ¿El enemigo de la familia es el feminismo? .....	123
6.8 Síntesis .....	129
Conclusiones.....	130
Bibliografía.....	140
Anexos .....	148
Primera guía de entrevistas .....	148
Segunda Guía de entrevista .....	150

## Introducción

La investigación que se realizó y que se expone a continuación, tiene sus raíces en un estudio previo realizado por la autora para obtener el título de licenciada en psicología. Aquella investigación buscaba explorar los procesos subjetivos implicados en las prácticas sexuales de los hombres jóvenes remeros de los embarcaderos de Xochimilco. Con respecto a los principales hallazgos de aquella investigación, se puede explicitar que el concepto de sexualidad de los jóvenes entrevistados se componía de significados múltiples en temas tales como la reproducción, el placer y el cuidado de sí mismo y del otro. Asimismo, también se encontró que existía una transmisión de saberes sexuales donde se enseñaba y se aprendía a través de la experiencia y de la práctica, generando un saber sobre el cuerpo que las experimentaba. Mientras que, en el discurso de muchos varones, las mujeres eran representadas como sujetos sexuales pasivos, en sus propias experiencias sexuales ellas emergían como portadoras de un saber sexual y tenían un papel activo.

Si bien, los entrevistados señalaron que “no expresar emociones<sup>1</sup>” había sido uno de los primeros aprendizajes que recibieron y que consideraban fundamental para ser reconocidos como *hombres*, uno de los hallazgos en esa investigación previa, que me permitió cuestionarme sobre la relación entre sexualidad y emociones, fue que las experiencias sexuales en las que emergían emociones de vulnerabilidad (miedo, tristeza, angustia, vergüenza, etc.) eran silenciadas, ocultadas, disfrazadas y transformadas en relatos de proezas sexuales. Estas experiencias, muchas veces dolorosas y traumáticas, habían sido cruciales para ellos y para la manera en que entendieron y vivieron su sexualidad posteriormente. Este último aspecto y el interés propio por comprender de manera más amplia la sexualidad de los varones, me hizo preguntarme y cuestionarme sobre la relación entre sexualidad y emociones en este contexto específico. Indagar sobre esto implica comprender cómo las emociones y las experiencias sexuales se relacionan con ciertos aprendizajes de género. Es por esto por lo que a lo largo de esta investigación me acompañó del debate existente alrededor del concepto teórico de *masculinidad*.

---

<sup>1</sup>Cabe señalar que tal expresión fue utilizada en repetidas ocasiones por los entrevistados. Sin embargo, contextualizándola, los informantes se refieren a emociones que denoten vulnerabilidad (miedo, vergüenza, tristeza, etc.), por lo que emociones de agresividad y enojo sí son reconocidas como “*acorde a los hombres*”.

### **¿Quiénes son nuestros sujetos de estudio?**

Filiberto<sup>2</sup> toma el remo con ambas manos y lo hunde de manera recta en el fondo del canal, imprimiéndole una fuerza dirigida hacia atrás, al mismo tiempo que los músculos de su brazo se dilatan, camina, mientras sus manos se van deslizando hacia la punta del remo y cuando llegan casi al final, lo saca del agua. Se requiere una gran cantidad de fuerza para realizar este trabajo, en tres sentidos: cargar el peso del remo durante todo el recorrido (el cual pesa cerca de diez kilogramos), enderezarlo y sacarlo del agua, y recibir el empuje que el agua en movimiento ejerce sobre el remo. El impulso que ha producido mueve la canoa hacia adelante por unos segundos, lo que le permite a Filiberto descansar momentáneamente. Cuando la velocidad de la trajinera disminuye, Filiberto vuelve a hundir el remo. Él realizará el mismo ritual una y otra vez hasta que el recorrido turístico termine.

A aquellos que nunca han visitado los embarcaderos de Xochimilco les puede parecer ajena esta descripción. A los que sí, les puede parecer sencillamente trivial. Son los mismos jóvenes a los que uno, en calidad de turista, les da una propina al final de recorrido, y que desde los ojos de los visitantes pasan simplemente inadvertidos. Dentro de las decenas de canoas que descansan en el canal, adornadas con dibujos de flores pintadas en los lienzos de cartón, puede verse a estos remeros, todos ellos hombres, la mayoría jóvenes, sentados en las sillas amarillas o acostados en las mesas rojas de las trajineras. Matan el tiempo viendo su celular, escuchando música, durmiendo a la sombra de los árboles, esnifando cocaína, fumando marihuana, oliendo solvente y charlando y bromeando con otros remeros, esperando ansiosamente la llegada de turistas que les permita mover el cuerpo aburrido de tanta espera y llevar unos cuantos pesos a sus hogares.

En mis primeras visitas al embarcadero, conocí a Filiberto. Él es uno de los tantos remeros que trabajan en los embarcaderos de Xochimilco. La mayoría son jóvenes, cuyas edades oscilan entre los 15 y los 30 años. Sin embargo, también se puede encontrar algunos adultos mayores trabajando como remeros. Muchos de ellos se inician en la remería desde niños, a la par que estudian la primaria o la secundaria. Después, las necesidades económicas apremiantes en sus hogares tienen por efecto que opten por renunciar a la educación

---

<sup>2</sup> Éste y los demás nombres utilizados en este trabajo son ficticios, con el objetivo de asegurar el anonimato de los informantes.



escolarizada para centrarse exclusivamente en trabajar y ayudar en el sustento familiar. Gran parte de ellos tiene doble jornada de trabajo, como remero, y como carpintero, payaso, músico, vendedor de plata, etc. La mayoría de ellos termina la secundaria y algunos pocos la preparatoria, aunque señalan que desean estudiar la universidad en el futuro.

Como Filiberto, la mayoría se casaron a edades muy tempranas, generalmente a los 15 años a causa de un embarazo no planeado<sup>3</sup>, por lo que a su edad actual muchos también son padres. La remería les permite mantener a sus esposas, quienes también son jóvenes de edades similares, y a sus hijos, además de adquirir el papel de proveedores en sus hogares, el cual es considerado una condición valiosa dentro de la comunidad, y es una característica esencial para su construcción como sujetos masculinos. Ayudar a sus familias los dota de un prestigio y un orgullo: ser “*responsable*” en términos económicos con sus madres, hermanos, esposas e hijos, los hace catalogarse a sí mismos como *verdaderos hombres*<sup>4</sup>.

### **Justificación de la población de estudio**

En el embarcadero y entre las trajineras se respira sexualidad. Pareciera como si aquí todo fuera sexualidad. Puede parecer extraña esta afirmación para el visitante asiduo que busca un recorrido tranquilo mientras destapa una cerveza, y que considera a los embarcaderos de Xochimilco el símbolo de la mexicanidad. Aquí es donde los mariachis, con sus espectaculares trajes, tocan alegres el “mariachi loco”. Aquí es donde los mercados ofrecen la más exquisita gastronomía mexicana y las más sublimes artesanías, y aquí es donde la estatua de la virgen de Guadalupe, apoyada en una piedra en el centro del embarcadero, nos recuerda el gran amor que Xochimilco le tiene a sus santos y que se ve representado en sus grandes fiestas; pero en todo esto ¿en qué parte podemos atisbar un poco de sexualidad?

En un principio, en la manera en que los trabajos están estructurados diferencialmente por sexo. Aquí los remeros, los vendedores de plata, los patrones, los guías, los músicos, son todos hombres. En el caso de los remeros, se considera que éste es un trabajo exclusivamente masculino, ya que para realizarlo se necesita fuerza física y esto es,

---

<sup>3</sup> Cabe señalar que únicamente uno de los entrevistados señaló haberse casado primero y posteriormente haber tenido hijos. En este contexto un embarazo no planeado es concebido como el efecto indeseado de la vida sexual activa.

<sup>4</sup> Este aspecto fue uno de los resultados más importantes de la investigación pasada. Muchos varones hicieron alusión a una supuesta masculinidad ficticia basada en la violencia y la irresponsabilidad, mientras que la masculinidad real se basaba en obtener un empleo y ser proveedor.

supuestamente, de lo que las mujeres carecen o la tienen en menor medida. “Vamos ¿qué haría una mujer aquí? Sólo estorbar”, me dice Jorge, otro joven remero. Aquí las mujeres básicamente se dedican a preparar comida, o se encuentran en el mercado vendiendo ropa y artesanías. Es por esto por lo que, específicamente en este empleo, los hombres se encuentran constantemente rodeados de otros hombres. Tanto sus jefes como sus compañeros de trabajo son varones. Esto ha creado una forma particular de relacionarse y comunicarse entre ellos.

Aquí y entre varones generalmente las conversaciones giran en torno a sus experiencias sexuales, “es de lo único que se habla” señala Filiberto. Diversos remeros han señalado el papel pedagógico que tienen sus compañeros de trabajo, quienes les refieren constantemente qué es ser un hombre y cómo comportarse como tal, sobre todo en el ámbito sexual. En estas conversaciones se habla desde la preferencia placentera por las relaciones anales con mujeres, en comparación con las relaciones vaginales, hasta los más diversos fetiches (penetrar animales, robar ropa interior femenina, tocar mujeres en las calles, oler papeles higiénicos usados, etc.). Asimismo, Saúl, un joven remero, ha referido que estas conversaciones tienen por objetivo presionar a los más jóvenes a iniciarse sexualmente, y a los que ya lo han hecho, a probar estos fetiches o a iniciar y mantener relaciones extramaritales. En este espacio, los varones son presionados, por no decir obligados, a relatar sus experiencias sexuales. Aquel que no lo hace, puede ser tachado de *volteado* o *maricón*.

Otro aspecto importante que considerar son las *llevadas*. Estas son prácticas lúdicas entre remeros que conlleva tocar o apretar los genitales o glúteos del compañero. Este juego tiene por objetivo molestar, ridiculizar; pero al mismo tiempo, mostrar dominio sexual sobre el compañero. Por otro lado, al ser éste un lugar turístico, la afluencia de visitantes es constante. En este espacio es común que tanto los turistas y los remeros consuman drogas y se emborrachen. Es por esto por lo que muchos, en forma burlesca, han dejado de llamar a este espacio el embarcadero para bautizarlo como el *embriagadero*. Ya entrada la tarde y tras varias copas, los turistas, hombres y mujeres, suelen hacerles proposiciones sexuales a los remeros, que van desde tocamientos hasta invitarlos a hoteles. Algunas veces ellos aceptan, sea por gusto, o a cambio de dinero, ropa o zapatos, como si fuera una especie de trabajo sexual, aunque ellos no lo consideran así. De hecho, muchos turistas vienen a tener relaciones sexuales al embarcadero. Debido a esto existe un servicio, proporcionado por los mismos

dueños, que incluye velas, pétalos de rosa en las mesas y cortinas alrededor de las canoas para asegurar la privacidad de los clientes. Esto, a los remeros no les molesta ya que “puedes ver un poquito” y además “deja ganancias”. También, otro aspecto a considerar es que algunas mujeres adolescentes que viven o estudian cerca del embarcadero, suelen flirtear con los remeros, y en algunos casos buscan iniciarse sexualmente con ellos. La virginidad de esas mujeres es disputada por los remeros con el objetivo de obtener reconocimiento sexual por parte del grupo. Tales iniciaciones se realizan, muchas veces, dentro del embarcadero, en las canoas o entre los matorrales.

Debido a todo lo que se ha presentado anteriormente, se ha elegido a esta población de estudio por ser receptora y emisora constante de discursos, significados, símbolos y prácticas sobre una sexualidad que encaja en un cierto tipo de ideal de hombría. Este ideal se encuentra influenciado por su condición laboral (“Es un trabajo de hombres”) y por el ambiente generizado (ellos se vinculan mayoritariamente con hombres del embarcadero). Si bien la edad de los remeros oscila entre los 15 y los 50 años, he elegido para este estudio a hombres jóvenes de entre 15 y 30 años<sup>5</sup>. Estos mismos hombres se definen a sí mismos como jóvenes porque comparten una misma generación. Todos ellos nacieron a principios de los 90 y de los 2000 y señalan haber vivido una especie de revolución sexual propia de su generación, que es representada en películas como *American Pie*.

Asimismo, para justificar la elección de mi población de estudio, y más específicamente su edad, considero importante dar cuenta de las diferencias que existen entre jóvenes y adultos en este espacio. Mientras que los adultos (mayores de 30 años) tienden a tener relaciones menos equitativas con sus esposas<sup>6</sup> (obligarlas a tener relaciones sexuales, golpearlas a ellas y a sus hijos cuando cuestionan su autoridad, etc.), los jóvenes cuestionan

---

<sup>5</sup> En el año 2000, el Gobierno de la Ciudad de México decretó las leyes de *Las y los jóvenes del Distrito Federal*, ahí ser joven se define como: “Un sujeto de derecho cuya edad comprende el rango entre los 15 y 29 años” (GDF, 2000). Es interesante señalar que este rango de edad también se empalma con las creencias de lo que es ser un joven en Xochimilco y, más específicamente, en los embarcaderos. De hecho, es importante señalar que los jóvenes entrevistados no encajan en el estereotipo de la juventud de clase media, pues no son personas dependientes, solteros, sin hijos y que se encuentren aún estudiando, sino que, como señalé más arriba son jóvenes casados, con hijos y que contribuyen en gran medida al ingreso familiar.

<sup>6</sup> Vale la pena señalar que no se entrevistó a remeros adultos por lo que esto únicamente puede entenderse cómo la manera en que los jóvenes perciben la sexualidad adulta.

estas prácticas (“yo no le pego a mis hijos”, “aunque mi esposa no quiera tener sexo, no la puedo obligar”).

Igualmente, existen diferencias en la manera en que ambos grupos viven la sexualidad. Los primeros solían “practicar” penetrando animales para posteriormente iniciarse sexualmente con trabajadoras sexuales, muchas veces obligados por algún familiar cercano. En estos varones, pervive la idea de que un hombre debe tener relaciones sexuales incluso aunque no quiera. Nuevamente, esta creencia es cuestionada, al menos en el discurso, por los más jóvenes, quienes reconocen que “un hombre no siempre quiere” y que no se debería tener relaciones cuando no se desea pues así “ni los zapatos entran”. Asimismo, en el caso de los varones jóvenes, muchos de ellos se inician con sus amigas o novias, habiendo ya una relación de noviazgo o amistad previa.

He decidido estudiar a los jóvenes porque deseo conocer las transformaciones y continuidades respecto de las formas “tradicionales” de vivir la sexualidad, para desentrañar que es lo que ha cambiado y qué es lo que aún pervive. A pesar de que esta comparación ameritaría entrevistar a los mayores, considero que, al estar los jóvenes relacionándose constantemente con ellos, sus discursos no se pueden entender separados de tal relación, pues son los adultos quienes incentivan a los más jóvenes a que golpeen a sus esposas y las obliguen a realizar ciertas prácticas sexuales. Mientras que algunos remeros refieren que tales sugerencias les parecen grotescas, muchos de ellos se quedan callados ante tales proposiciones o asienten con la cabeza, simulando estar de acuerdo, aunque realmente no compartan lo que los mayores piensan.

## **Capítulo 1: Masculinidades y sexualidad**

Elegí dos conceptos centrales para analizar, comprender y dar cuenta de mi problema de investigación y de mi objeto de estudio. Estos son: masculinidad y sexualidad. A continuación, explico cómo se han discutido estos conceptos desde las ciencias sociales y específicamente la relación entre ellos y las emociones, entendiendo las emociones como una subcategoría de ambos conceptos. Se aborda la masculinidad desde una perspectiva social y constructivista, priorizando la perspectiva relacional que considera que la identidad masculina se construye a través de la oposición y devaluación de las mujeres y otras minorías. Asimismo, considerando que existe un universo de masculinidades, se da cuenta de una masculinidad hegemónica que subordina a las mujeres y a otras masculinidades. Esta hegemonía es móvil y está abierta al cambio y a la transformación. Por último, se hace énfasis en diferenciar las normativas masculinas de la experiencia de los hombres; pues si bien, los hombres son entrenados en ciertas normativas, la manera en cómo ejercen su cotidianidad puede diferir.

Asimismo, se señala que, desde la perspectiva racionalista, la no emocionalidad<sup>7</sup> es un elemento importante para ciertas identidades masculinas centradas en la cultura, la razón y la mente. También se describen algunos procesos de socialización que impactan en la forma en que los varones reconocen y significan sus emociones, así como los efectos que tiene la normativa masculina en la vida emocional de ellos. Por último, en lo que respecta a la sexualidad, se enumeran diez características comunes encontradas en la literatura e investigaciones sobre varones, entre ellas la sexualidad que se aleja de la emocionalidad y la sexualidad en contra de los propios deseos.

### **1.1 Masculinidades**

La masculinidad, desde la perspectiva de la construcción social del género, es considerada como un conjunto de atributos, valores, funciones y prácticas que se suponen esenciales para los varones en una cultura determinada. Para Kimmel (1997) la masculinidad se define como un conjunto de significados siempre cambiantes que se construyen a través de la relación

---

<sup>7</sup> Esto será matizado más adelante; pues como veremos, algunos autores consideran que, más allá de que los hombres no expresen emociones o que las reprimen, se manifiestan de acuerdo con ciertas normativas masculinas.

con el sí mismo y con los otros, por lo que la virilidad no es estática ni atemporal, sino histórica.

Para algunos autores, la masculinidad y la feminidad se construyen de forma relacional y antagónica (Kimmel, 1997 & Bourdieu, 2000). Lo que significa ser hombre se construye en oposición a un conjunto de otros (minorías raciales, minorías sexuales; pero, sobre todo, las mujeres) por lo que, desde la perspectiva de Kimmel (1997), lo masculino se define justamente por lo que un hombre no es: “Ser hombre significa no ser una mujer”. Esta noción de anti-feminidad está en el corazón de las concepciones contemporáneas e históricas de la virilidad y es así que, como parte de su proceso de socialización como hombres, ellos deben aprender a devaluar a todas las mujeres en su sociedad, pues ellas representan las encarnaciones vivientes de aquellos rasgos que los hombres han aprendido a despreciar (Kimmel, 1997).

Ajena a una perspectiva naturalista y esencialista que considera que la masculinidad emana de los cuerpos de los hombres de la misma manera, todo el tiempo, en todo el mundo, desde la perspectiva social se considera que la masculinidad varía de acuerdo con el contexto histórico, geográfico y social. Además, es importante analizarla desde su interrelación con otras estructuras clasificatorias como lo es la clase, la raza, la generación y la región (Hernández, 2007). Por esta misma razón, se ha propuesto hablar de masculinidades, más que de masculinidad, para dar cuenta de las múltiples formas de ser hombre que existen, entendiendo que éstas se encuentran vinculadas a contextos específicos. De hecho, se considera que la noción de masculinidad es errónea e invisibiliza la diversidad de identidades masculinas y las experiencias de ser hombre (Gutmann, 2000; Hernández, 2007).

Dentro de este universo de masculinidades, algunos autores dan cuenta de la emergencia de una masculinidad hegemónica por medio de la cual un grupo exige y sostiene una posición de mando en la vida social, que oprime a las mujeres y a otras masculinidades subordinadas. La existencia de masculinidades hegemónicas implica simultáneamente la creación de otras subordinadas. Desde este modelo los hombres son inducidos a buscar poder y a ejercerlo, con las mujeres y con aquellos hombres que están en posiciones jerárquicas menores. Es decir, se establecen relaciones de subordinación, no sólo de la mujer con respecto al hombre, sino también entre los propios hombres (Olavarría, 2000). Del mismo

modo, Connell (2015) ha llamado la atención sobre la existencia de una jerarquía de masculinidades: un modelo hegemónico y normativo que establece lo masculino como símbolo de poder y que se expresa en demandas sociales de éxito, autonomía, heterosexualidad, potencia sexual, dominio de los espacios públicos y fortaleza, quedando excluidos y subordinados aquellos varones que no cumplen con las expectativas que se derivan social y culturalmente del modelo masculino hegemónico (Monteagudo & Treviño, 2014). En concordancia con Connell (2015), Kimmel (1997) considera que, si bien pueden existir diversos modelos de hombría, es solo una definición la que sigue siendo la norma en relación con la cual se miden y evalúan otras formas de virilidad. Esta definición de virilidad es la de un hombre en el poder, con poder y de poder.

Sin embargo, señala Connell (2015) que la hegemonía sólo puede establecerse cuando existe un consenso colectivo en el que una cultura prefiere una forma de masculinidad sobre otras. La principal característica de la hegemonía no es la violencia, sino el éxito que se obtiene de este consenso para ejercer autoridad. Asimismo, señala que la hegemonía es una relación históricamente móvil y que diversos grupos pueden cuestionar la masculinidad hegemónica actual, erosionarla y construir una nueva hegemonía.

Por otra parte, las definiciones normativas de la masculinidad y la masculinidad hegemónica se enfrentan al hecho de que no todos los varones se adecúan a sus mandatos, por lo que algunos análisis se han empeñado en distinguir las normativas de la masculinidad de las experiencias de los hombres. Es por esto por lo que se ha considerado a la masculinidad como un proceso social, y no sólo como un conjunto de atributos. Para Amuchástegui (2001), por ejemplo, es mejor hablar de “la construcción social de la masculinidad”. Este término designa “los discursos sociales que pretenden definir el término masculino de género dentro de configuraciones históricas particulares, diferenciándolo de las propias experiencias de los hombres que no están reducidos a someterse a tal construcción y que manifiestan innumerables formas de resistencia” (Amuchástegui, 2001: 120). Existen muchas otras voces que dan cuenta de formas alternativas de “ser hombre” y es importante dar cuenta de esa diversidad ya que muchas prácticas y vivencias quedan excluidas bajo el discurso imperante de la masculinidad (Rocha & Lozano, 2014).

## **Masculinidad y emociones**

### **La identidad masculina desde la perspectiva racionalista**

Según Seidler (1995), en la cultura moderna se ha vinculado a la masculinidad con la cultura, la razón, la mente y la independencia; mientras que la feminidad se ha asociado con la naturaleza, el cuerpo, la emocionalidad, la dependencia y la irracionalidad. De acuerdo con la masculinidad dominante, los hombres son los legítimos propietarios de la razón. Es por esto por lo que deben controlar su cuerpo y sus emociones (sinónimos de naturaleza) a través de la razón. Desde la perspectiva racionalista, los hombres han aprendido a negar sus sentimientos y a no demostrar ninguna clase de necesidad emocional, ya que hacerlo los posicionaría en el campo semántico de la naturaleza y la feminidad. Sobrellevar su vida sin sentimientos y emociones es un signo de fuerza, independencia y un elemento esencial de su identidad masculina. Desde esta postura se piensa que solamente las mujeres y los afeminados tienen necesidades emocionales y al hacerlas visibles demuestran que son inferiores. Así, la razón es aquello de lo que las mujeres carecen y en lo que se sustenta la noción de superioridad masculina (Seidler, 1995). En este aspecto coincide también la corriente feminista que adopta la vertiente psicoanalítica de las relaciones objetales (Szasz, 1998), que observa que lo masculino se define en torno a valores como la agresividad, la independencia, la capacidad de proveer y trabajar, atributos que llevan implícita la negación de los afectos y la represión de sentimientos de pasividad y afectividad (Szasz, 1998).

En contraste, Lonngi (2017) considera que la masculinidad organiza la afectividad para que el mayor despliegue afectivo de los hombres esté relacionado a objetos públicos ligados al éxito, metas y logros socialmente valorados. Es decir que, las emociones lejos de estar reprimidas se direccionan y delimitan según las normativas masculinas. La afectividad se pone al servicio de una identidad de género masculina estructurada en torno a un yo orientados por el reconocimiento social. Así, mientras los hombres desplazan sus emociones hacia objetos del ámbito público, ellos responsabilizan a las mujeres de los escenarios afectivos íntimos, por lo que ellas se convierten en las “traductoras emocionales” de las propias emociones de los varones. Esto implica un beneficio para el varón, pues al deshacerse de aquellas experiencias emocionales que podrían minar su camino al éxito, permite que



emerja un ser libre y cercano de alcanzar sus metas. Al mismo tiempo que mantiene una ficción de estabilidad y un ideal de sí mismo sin interferencia.

### **Procesos de socialización e imperativos de represión emocional**

Para Herrera (1999), desde el nacimiento, los cuerpos de los hombres se ven inmersos en escenarios de socialización que van asignando significados a los fenómenos corporales y que impactan en ciertos procesos tales como la incapacidad de llorar, la dificultad de comunicarse a través de la piel y la imposibilidad de identificar y expresar emociones como el miedo y la ternura. Para él, la experiencia de crecer como hombre en la cultura moderna conlleva un proceso de alienación y distanciamiento con el cuerpo.

Mientras que autores (Strikwerda & May, 1992) consideran que estos procesos de socialización impactan en los hombres hasta el punto en que los incapacitan para reconocer sus emociones y las de los demás, otros (Ramírez, 2014; Kaufman, 1997) sostienen que desde infantes los hombres aprenden estrategias para ocultar, negar o disfrazar sus emociones. Sin embargo, en lo que ambas posturas coinciden es en que la expresión de las emociones, constituida como uno de los principales rasgos de la femineidad, es contraria a los rasgos de la masculinidad tradicional (Ramírez, 2014) y se considera inconsistente con el poder masculino (Kaufman, 1997). Por ejemplo, el estudio de Rivera y Yhajaira (2005) documentó que, en un grupo de varones, los principales mensajes recibidos respecto de su proceso de construcción como hombres, se relacionaba con la negación y el control de las emociones.

En lo que respecta a la primera perspectiva, Strikwerda & May (1992) consideran que la incapacidad de los hombres para reconocer sus emociones les impide entablar relaciones más profundas e íntimas con otros. Del mismo modo, Amuchástegui (2003) señala que la distancia que los hombres construyen con respecto a sus propias emociones les impide reconocer a otros como sujetos y entablar relaciones más equitativas con sus compañeras sexuales. Vinculado a la segunda perspectiva, Kaufman (1997) considera que “los hombres llegan a suprimir toda una gama de emociones, necesidades, y posibilidades, tales como el placer de cuidar a otros, la receptividad, la empatía y la compasión, las cuales son experimentadas como inconsistentes con el poder masculino<sup>8</sup>. Kaufman (1997) considera que

---

<sup>8</sup> Si bien, algunas emociones son incoherentes con el poder masculino, en el caso del enojo esta es una respuesta emocional que es alentada y aceptada en los varones frente a situaciones que se perciben como amenazantes,

las normas genéricas que señalan que los hombres no expresan emociones entran en conflicto con las vivencias y comportamientos de éstos, ya que las emociones y los sentimientos, en la vida de los hombres, no desaparecen, sino que, están presentes todo el tiempo. Más bien, lo que ellos aprenden es a ocultar y disfrazar sus emociones, lo que conlleva un proceso contradictorio, doloroso y perjudicial para su salud emocional.

### **Estrategias de encubrimiento emocional y mecanismos de adaptación corporal**

Para dar cuenta de cómo los hombres recurren a ciertas estrategias para frenar o disfrazar sus emociones, algunos autores han planteado ciertas concepciones teóricas. Kurtz & Perestera (1976) y Reich (1990), desde la psicología del cuerpo, han propuesto el concepto de “acorazamiento del cuerpo” para dar cuenta de las estrategias o mecanismos de adaptación corporal que permiten que el individuo aleje de la consciencia necesidades, sentimientos y emociones que no son consistentes con el mandato cultural asimilado. Algunas de esas estrategias son, la de alejar la atención de las sensaciones corporales, la de inhibir la respiración y la tensión muscular y la de transformar emociones en otras que se consideran menos amenazantes. Herrera (1999) propone el concepto de “masculinización”, que implica la inhibición del dolor, la negación de las necesidades y el control de las emociones.

En este sentido, la investigación de Ramírez (2014) realizada con varones de la Ciudad de México, muestra algunas de las estrategias que los hombres utilizan para demostrar sus afectos con sus amigos. Por ejemplo, al ser las expresiones físicas más conflictivas o amenazantes, los deseos de abrazar a sus amigos suelen ser reprimidos y sustituidos por otras maneras más cómodas de demostrarse afecto, como los golpes “afectuosos” o los apoyos económicos. También se señala que existe una especie de permiso social para expresar libremente emociones de cariño, miedo o tristeza con otros hombres bajo los efectos del alcohol y las drogas. Es así como muchos varones pueden abrazar, llorar y

---

por lo que no podría argumentarse que los hombres reprimen todas sus emociones. De hecho, Lonngi (2017) considera que en el contexto de la violencia contra las mujeres el enojo es “un mecanismo de control social al servicio de la meta normativa dominante que está legitimado por el patriarcado para que los varones reaccionen “justificadamente” si los descolocan de su posición central identitaria de dominio. Esta reacción emocional (enojo) activa el recurso de la violencia porque es un continuo de un mismo proceso que busca el cumplimiento de la idea patriarcal de “complementariedad”, donde la mujer quedaría por debajo, cuidadora y al servicio del varón” (Lonngi, 2017: 45-46).

desahogarse sin que se sientan rechazados, acusado de débiles o de afeminados cuando están bajo dichos efectos. La autora denomina formas encubiertas de expresividad a los caminos que los hombres encuentran para lograr expresar de formas socialmente aceptables sus afectos, llevando a cabo actos de agresión y rudeza que implícitamente esconden cariño y afecto.

Por otra parte, mientras algunos varones utilizan formas encubiertas de expresividad, otros encuentran en sus relaciones interpersonales y en espacios significados como íntimos, lugares donde se pueden permitir ser vulnerables. Por ejemplo, la investigación de Jiménez (2007) documentó que los hombres participantes, en ciertos contextos y con ciertas personas, tales como los amigos, hermanas, novias y madres, eran capaces de expresar emociones, sentimientos y deseos de analizar y verbalizar sus problemas personales. Por su parte, la investigación de Ramírez (2014) documentó que la intimidad era significada como un espacio en el que los hombres se permitían ser vulnerables y emotivos (Ramírez, 2014).

#### **Los efectos de la masculinidad dominante en la vida emocional de los hombres**

Para algunos autores (Kaufman, 1997; De Keijzer, 2003) los privilegios y la posición de poder que los hombres detentan reviste una paradoja intrínseca, pues ellos, al exigirse y mostrarse como sujetos proveedores, protectores y poderosos suprimen toda una gama de reconocimiento y expresión de emociones, lo que los inserta en un blindaje emocional y en un repliegue de sus sensaciones (Faur, 2005). De hecho, Kaufman (1997) ha sostenido que, desde la masculinidad dominante, se les exige a los varones el control sobre otros y también sobre sus propias emociones. Esto implica que la emocionalidad es subordinada frente al imperativo de dominar. Esta dominación de doble vía resulta contradictoria y en ocasiones dolorosa para muchos hombres.

Asimismo, el modelo de varón dominante centrado en el poder y la violencia expone a los hombres a situaciones de dolor y padecimiento físico o emocional, en ocasiones, sin posibilidades de exteriorización. Aunado a esto, las presiones a las que son sometidos para lograr ciertas características de la masculinidad dominante son experimentadas por los varones como fuente de incomodidad, frustración y dolor, “dificultando el dialogo entre varones, para no mostrar lo distantes que están de esos requerimientos, y reprimiendo la demostración de sus afectos hacia sus parejas e hijos y llevándolos a simular

comportamientos diferentes de sus reales sentires” (Olavarría, 2000: 13). Para algunos hombres, la normativa dominante es tan fuerte en sus vidas que incluso tienden a rechazar lo que sienten a nivel corporal, racionalizándolo hasta que consiguen negarlo. Es decir, las emociones se subordinan a los imperativos racionales masculinos.

Por otra parte, Kimmel (1997) considera que la vergüenza y el miedo son algunos de los efectos emocionales que las normativas masculinas tienen sobre los hombres. El autor considera que, debido a que la masculinidad es una validación homosocial, el verdadero temor de los hombres es a ser avergonzados o humillados por hombres más fuertes delante de otros varones, y temen ser desenmascarados como afeminados y poco viriles. Para este autor, los miedos son la fuente de los silencios de los hombres y esos silencios permiten creer a otras personas que realmente ellos aprueban los actos de violencia y sometimiento que se cometen contra las mujeres, las minorías, los homosexuales y las lesbianas. Es tal vez porque la violencia es el indicador más evidente de la virilidad, que los varones, temerosos de ser señalados como afeminados, recurren más comúnmente a ella o la toleran. De hecho, el autor sostiene que ser vistos como poco-hombres es un miedo que impulsa a los hombres a negar la hombría a los otros. La homofobia, el miedo a ser percibidos como gays, y no como verdaderos hombres, mantiene a muchos varones exagerando las reglas tradicionales de la masculinidad, incluyendo la explotación sexual de las mujeres y las prácticas homofóbicas.

Por último, esta perspectiva considera al mundo del poder y del privilegio de los hombres como uno intrínsecamente relacionado con el dolor (De Keijzer, 2003). Incluso se considera que la combinación de poder y dolor es la historia secreta de muchos hombres y que “las recompensas de la masculinidad hegemónica son insuficientes para recompensar el dolor que provoca en los hombres” (Kauffman, 1997: 81). Para finalizar, los autores coinciden en que estos “dolores masculinos” pueden llevar a algunos hombres a cuestionar la masculinidad dominante e implicarse en procesos de cambio.

## **1.2 Sexualidad masculina**

La sexualidad es un campo central en la comprensión de las identidades masculinas. Diversos estudios cualitativos demuestran que el desempeño sexual tiene un papel central en la afirmación de las identidades masculinas, ya que es una forma de representación y reafirmación de la masculinidad y está diseñada para crear, componer y restaurar un sentido

de masculinidad e ideal varonil. Es por medio de la sexualidad que se expresa y se mide el poder masculino (Szasz, 1998). Para Monteagudo y Treviño (2014) la sexualidad masculina es uno de los ejes centrales a partir de los cuales se expresa la masculinidad hegemónica y se asocia con ciertos estereotipos: la creencia de que los hombres están compelidos a mostrar dominio y conocimiento sobre esta área de manera espontánea, regirse por el deseo y no por los afectos, y afirmar su masculinidad mediante la erección del pene, la penetración y las conquistas o proezas sexuales.

Algunos autores (Seidler: 1995, Monteagudo y Treviño: 2014, Hernández: 1995, Szasz: 1998 y Figueroa: 2013), basados en investigaciones teóricas y empíricas, han tratado de identificar características comunes en las experiencias sexuales de los hombres. A continuación, se enlistan las diez características comunes encontradas:

1) Obligatoriedad de la práctica sexual: es el mandato de la obligatoriedad de la práctica sexual para definirse y ser reconocido como hombre. La necesidad permanente de demostrar y afirmar que se es un hombre puede generar en muchos varones una presión interna para iniciarse y mantener relaciones sexuales, independientemente de un reconocimiento íntimo del deseo. De hecho, muchos hombres son presionados por sus familiares a iniciarse sexualmente con trabajadoras sexuales o con mujeres expresamente contratadas, bajo la creencia de que así mostrarán su virilidad ante su familia o su grupo de pares. Por su parte, la investigación de Jiménez (2007) documentó que los varones participantes señalaron haber sentido cierta presión al momento de iniciarse sexualmente, por la falta de experiencia y por el temor a no saber complacer a la pareja. Este estudio señala que las experiencias sexuales suelen ser más placenteras para los varones que se iniciaron con amigas que las que fueron presionadas o bajo un trato comercial.

2) Relatos sexuales: otra característica de la sexualidad masculina que ha sido documentada se refiere a la necesidad de compartir relatos sexuales entre varones, es decir, no basta con ejercer la sexualidad; hace falta demostrar a través de narraciones que esto ha sucedido. Esas narraciones pueden hacerse frente al padre, familiares, amigos o pares. Contar dichas experiencias se convierte en algo importante que les permite definirse como “verdaderos hombres” frente a otros, por lo que pueden narrar experiencias que se acerquen a lo que consideran que cumple con lo esperado, más allá de que haya sucedido o no. En este

aspecto, la investigación cualitativa de Ayús (2007) documentó que las narraciones de experiencias sexuales entre pares funcionaban como un método de presión social para que los varones iniciaran su vida sexual coital, al mismo tiempo que socializar dichas experiencias constituía la confirmación social de un rito de paso. Se trata de un proceso social que configura una práctica privada, y la socialización de dichas experiencias les permitía a estos varones posicionarse adecuadamente en los complejos rituales de su constitución como como hombres, e imaginarse como tales.

3) Sexualidad competitiva: desde estas investigaciones, se ha vislumbrado la idea de que la sexualidad masculina es competitiva, porque conlleva relatos de exageración de potencialidades y hazañas sexuales ante los demás, para obtener cierto lugar jerárquico en el grupo de varones. Esto también conlleva algunas expresiones de descalificación hacia aquellos que no hayan transitado por ciertos pasajes o rituales sexuales.

4) Sexualidad irresponsable: la sexualidad masculina también se considera como una sexualidad irresponsable, pues muchos varones piensan que las experiencias sexuales deben vivirse con el mayor goce y placer posible, sin límite y sin importar las consecuencias. El embarazo, muchas veces se considera un efecto no deseado de la práctica sexual y una responsabilidad exclusiva de las mujeres<sup>9</sup>. En este sentido, la investigación de Amuchástegui (2007) documentó que algunos hombres utilizaban la promesa de paternidad como una estrategia para mantener relaciones sexuales con mujeres, aunque no se pensara realmente llevar a cabo esa promesa. El desinterés de algunos varones por la utilización de preservativos para evitar un embarazo puede explicarse debido a que, al acontecer el embarazo en ellas, no compromete el cuerpo de ellos. Sin embargo, esto ha ido modificándose, en gran parte por el surgimiento del VIH/Sida; ahora ha cambiado la percepción de las relaciones sexuales desprotegidas pues actualmente existen también consecuencias en el cuerpo de los hombres (Arias & Rodríguez, 1998).

---

<sup>9</sup> Esta también ha sido una creencia establecida y reproducida por ciertas corrientes e investigaciones demográficas, que al considerar que los asuntos relacionados a la reproducción eran de exclusiva competencia femenina, no se tomaba en cuenta el comportamiento reproductivo de los varones. Recientemente, la demografía y la microdemografía han comenzado a incorporar a nuevos actores y ámbitos de estudio (Lorena, 2006).

5) Sexualidad violenta: las experiencias sexuales de muchos hombres son relatadas en términos de dominio, sometimiento y posesión del otro. Es por esto por lo que también se ha representado como una sexualidad violenta. En este sentido, se espera del varón un comportamiento activo frente a mujeres sexualmente pasivas, en donde él debe apropiarse del cuerpo de la mujer y también de su deseo y actividad. Algunos autores han llamado la atención sobre este punto y señalan que las normativas imperantes de la masculinidad exigen a los varones ser parte activa de un proceso de cosificación sexual o reducción de las mujeres a objetos de deseo sexual masculino<sup>10</sup> (Szasz: 1998 y Figueroa 2013).

6) Sexualidad silenciada: la competencia en el ámbito sexual entre los varones y la creencia de que los hombres deben ser expertos en este campo ocasiona que, si algunos tienen dudas, deben aparentar que no las tienen o que saben al respecto. Esto hace que las costumbres sexuales de muchos hombres se basen en mitos y temores que no pueden ser expresados abiertamente, por lo que también se considera una sexualidad silenciada y solitaria (Szasz, 1998).

7) Sexualidad mutilada: otro de los aspectos documentados por las investigaciones sobre sexualidad masculina la señalan también como una sexualidad o eroticidad mutilada, porque se centra en los órganos genitales y en la penetración como principales fuentes de satisfacción y placer, des-erotizando otras zonas del cuerpo y limitando las prácticas sexuales al coito. De hecho, los genitales masculinos son de gran importancia para muchos varones, en el sentido en el que representan orgullo y fuerza y pueden ser concebidos como entes separados del cuerpo (Szasz, 1998). Al preponderar la erección y la penetración, para muchos varones, las caricias y las expresiones eróticas sin penetración, no se encuentran dentro del ámbito de lo sexual.

8) Sexualidad homofóbica: la creencia de que la “heterosexualidad es lo propio de los hombres” ocasiona que se rechace otro tipo de sexualidades. Además, el miedo a ser percibidos como homosexuales y no como “verdaderos hombres” mantiene a algunos varones exagerando las reglas tradicionales de la masculinidad y ejecutando conductas y

---

<sup>10</sup> En contraste, la investigación de Amuchástegui (2007) documentó que algunos varones consideraban a las mujeres como sujetos sexualmente deseantes, pero sólo antes del matrimonio o el embarazo, ya que una vez ocurridos éstos, se sucedía la división sexual del trabajo en el hogar y con ello emergía la idea de que las mujeres eran carentes de subjetividad en todos los aspectos, incluido el deseo sexual.

actitudes masculinas para estar exentos de ser percibidos como femeninos u homosexuales (Kimmel, 1997). Esto hace que, desde la literatura, la sexualidad masculina sea caracterizada como una sexualidad homofóbica. Por otra parte, otras investigaciones han dado cuenta de que para muchos varones las relaciones sexuales con otros hombres no cuestionan su masculinidad, en tanto sean ellos quienes penetren anal u oralmente. La penetración es concebida como una práctica de dominación que confirma el poder sobre el penetrado y reafirma la virilidad, que se construye a través de la negación de la masculinidad de otros. Otro de estos ejemplos es el albur, que se basa en la identificación viril a través de la capacidad de penetrar a otro varón verbalmente<sup>11</sup>.

9) Sexualidad en contra de los propios deseos: Amuchástegui (2003) considera que la construcción de la actividad sexual de los hombres como indicador de masculinidad, los posiciona en la situación de tener que desear lo que es imprescindible en virtud de su género, por lo que, bajo esas circunstancias, se obstaculiza el reconocimiento del propio deseo. Asimismo, la obligatoriedad de la práctica sexual reduce a ésta a un acto mecánico y utilitario. Es por esto que, para muchos varones, la sexualidad puede ser entendida en términos de conquista y rendimiento y como una manera de probar su masculinidad, y no en relación con sus deseos y emociones (Szasz, 1998). Debido a esto, muchos hombres aceptan mantener relaciones sexuales con mujeres, aún sin desearlas, para mantener una imagen que corresponda con este estereotipo de la sexualidad masculina, y evitar así ser condenados o descalificados. La sexualidad se constituye como un espacio de afirmación sexual y un medio para proyectar una imagen de poderío ante el grupo de pares, y no en términos de placer.

10) Sexualidad distante emocionalmente: Figueroa (2013) considera que la competencia aprendida en el ámbito sexual tiene como consecuencia que muchos varones sean obligados o se sientan obligados en diferentes momentos de sus vidas a iniciarse sexualmente y a aprender que es necesario separar afectividad de coitalidad, ya que la experiencia que se debe acumular como hombre, obliga a distanciarse de los sentimientos que pudieran enraizar alguna relación específica con una mujer. Esa experiencia, podría ser vista como un momento más en el proceso continuo de aprender y reafirmarse como hombre.

---

<sup>11</sup> O en el caso de esta investigación las “llevadas”.



Asimismo, Seidler (1995) señala que puede ser mucho más seguro para los hombres “coger por coger” y distanciar los afectos de las prácticas sexuales, porque esto es mucho menos amenazante para cierta identidad masculina. De esta forma, los varones se sienten acosados por el temor a la intimidad y tienden a separar la sexualidad del contacto y de las emociones.

### **1.3 Aspectos Metodológicos: ¿Desde dónde se investiga?**

Esta investigación tiene un enfoque interpretativo y construccionista social que considera a los seres humanos como agentes significativos y pone la mirada en la volición humana (Della & Keatings, 2013). Desde esta perspectiva, se concibe a los fenómenos sociales (y a los objetos de estudio) anclados en un tiempo y espacio determinado, por lo que no son estáticos, y su descripción varía según el momento y la perspectiva con que se abordan, es decir, las teorías desde este enfoque no reflejan totalmente la realidad, sino formas de interpretarla. Es por ello por lo que el conocimiento que se produce sobre ellos no es nunca total, ni permite la predicción. Más aun, los fenómenos sociales son constituidos por fuertes tramas de significación a las cuales no es posible acceder de forma directa, sino a través de la interpretación. Es decir, los procesos en estudio no se descubren para describirse, sino que se construyen y se interpretan. Desde este punto de vista, los fenómenos sociales no son análogos a los objetos naturales, sino que son significados socialmente, es decir, no representan esencias a descubrir. Así, el objetivo de esta investigación no es revelar una realidad, sino producir un conocimiento limitado por su contexto, por lo tanto, no se busca difundir una verdad respecto a la sexualidad de esta población, sino construir una aproximación a ésta que tome en cuenta las determinaciones del contexto en el que es estudiada.

Asimismo, se considera el trabajo de campo como instancia reflexiva del conocimiento. La investigación desde este enfoque implica un acto interpretativo como resultado de la relación con los sujetos estudiados. Esto nos permite comprender el carácter construido del conocimiento, que se genera a través de las decisiones y las interacciones en el proceso mismo de la investigación, y la necesidad de reflexionar sobre el efecto del investigador e informantes en la construcción del conocimiento. Específicamente en el trabajo de campo señala Guber que: “El conocimiento de lo real está mediatizado por la reflexividad del sujeto cognoscente y de los sujetos a conocer en la situación de encuentro de

campo” (Guber, 2004: 91), esto nos permite reconocer el carácter relacional en la construcción del conocimiento, así como también los supuestos teóricos y de sentido común con los que nos acercamos al campo.

Acorde a la perspectiva de esta investigación y enmarcadas dentro de una reflexividad, las técnicas que he elegido (entrevista a profundidad y observación participante) son una serie de procedimientos que permiten obtener información en una situación de encuentro, dentro de una relación social. Asimismo, es importante que el empleo reflexivo de estas técnicas antropológicas dé lugar al reconocimiento del mundo del investigador y de los informantes y a las elucidaciones de los contenidos de ese vínculo (Guber, 2004).

#### **1.4 Problema y pregunta de investigación**

Aquí, donde los varones carecen de otros recursos educativos y económicos, la sexualidad y el cuerpo pueden ser lo único que se tiene para demostrar hombría. Es tal vez por esto que muchos remeros tratan de acercarse a los modelos de hombría y de sexualidad imperantes, para ser aceptados y no molestados por los demás remeros (lo que incluye también no ser golpeados, estigmatizados ni movidos<sup>12</sup>). Aquellos hombres que no cumplen estas prescripciones pueden ser tachados de volteados o maricones y son molestados y amenazados. La presión es tal que muchos varones refieren tener prácticas sexuales, incluso aunque no quieran, para legitimarse frente al grupo. O incluso constriñen a sus parejas a tenerlas. En una ocasión, un remero obligó a su esposa a practicar sexo anal. Sus compañeros lo convencieron diciéndole que un verdadero hombre practica el sexo anal: “¿Qué? ¿No eres hombre?”, le preguntaban desafiándolo. La mujer se había negado anteriormente, y ellos le contestaron: “Pues no le tienes que preguntar<sup>13</sup>”, al final la obligó, la desgarró y ella estuvo en el hospital<sup>14</sup>.

---

<sup>12</sup> Esta palabra es utilizada por los remeros para dar cuenta de una relación entre varones que implica dominación y jerarquización, el que “mueve” ejerce poder sobre el “movido”, lo cual le permite golpearlo, ordenarle, gritarle y humillarlo.

<sup>13</sup> Diversos relatos de los entrevistados dieron cuenta de la violencia sexual que ciertos remeros ejercen contra sus parejas. Entre ellos, el caso de un varón que presionó a una mujer para que él le hiciera sexo oral, ella se había negado en diversas ocasiones anteriormente, pero él siguió insistiendo. Después el hombre adquirió herpes bucal (“se llenó de granos, usaba tapabocas, pero aun así se le veía, nunca había visto algo así”, me cuenta sorprendido el informante), culpó a la mujer y le dio una tremenda paliza (“casi la mata”), y por esta razón se encuentra en la cárcel de Xochimilco.

<sup>14</sup> Alerta que no estoy leyendo la violencia contra las mujeres como una relación unilateral de causa-efecto, sin embargo, considero que es importante comprender el contexto en que estas acciones suceden.

En este espacio tan sexualizado<sup>15</sup> puede parecernos trivial preguntar por las emociones que emergen en las prácticas sexuales de estos varones, ¿qué importancia tendría estudiarlas y para qué? La hipótesis que sostengo es que estudiar las emociones puede ayudarnos a comprender los costos subjetivos que tiene para los hombres seguir ciertas normativas de género, específicamente en el ámbito sexual. Y que, aunque en la práctica parecen sentirse cómodos siguiendo tales prescripciones pues les permite gozar de los privilegios que les son otorgados por seguirlas (no ser molestado, ser admirados por otros hombres, obtener cierta dosis de virilidad y hombría, etc.), por otro lado, sugieren consecuencias negativas a nivel subjetivo, por ejemplo: invisibilizando agresiones vividas y experiencias traumáticas, silenciando temores y dudas, o bien, tensionando la forma de nombrar y procesar sus emociones. Esto implica reconocer que los aprendizajes de género son a su vez ambivalentes y complejos para los hombres. Es tal vez por esto que encuentro resistencias por parte de estos sujetos a ser entrevistados y a hablar de su sexualidad; pero al mismo tiempo una especie de desahogo cuando ellos señalan: “Es bueno contarle estas cosas a alguien”.

Como señalaba anteriormente, si bien algunos hombres parecen sentirse públicamente cómodos siguiendo ciertas normativas de género, algunos autores (Cruz y Ortega: 2007, Figueroa: 2009) han llamado la atención sobre una masculinidad de closet que refiere a las formas en que los varones transgreden de manera privada y silenciada las normas de género. “Estar en el closet”, frase utilizada generalmente para hablar de las disidencias sexuales, implica que ciertas prácticas ocurren en la clandestinidad. Es tal vez en la privacidad y lejos de la mirada pública que los malestares referentes a las normativas de género emerjan y que esto conlleve a una crítica sobre los modelos dominantes de hombría.

La segunda hipótesis que sostengo, implica que las resistencias<sup>16</sup> de muchos varones (aunque no necesariamente impliquen prácticas transgresoras, sino discursos que den cuenta

---

<sup>15</sup> Considero el embarcadero un espacio sexualizado debido al acercamiento corporal que conlleva las “llevadas” y a la exposición constante de los remeros a los relatos y prácticas sexuales de sus compañeros.

<sup>16</sup> Inspirada en la propuesta de Petchesky (2006), esto se referiría al grupo de estrategias que representan la manera en que los malestares se manifiestan en el discurso y en la conducta, lo que ella llama “nexo adaptación-resistencia”. Su propuesta es particularmente interesante porque no señala una dicotomía entre la conformidad pasiva con las normas dominantes y una oposición activa; por el contrario, implica que existen estrategias complicadas y sutiles que se adoptan para alcanzar un grado de autonomía y mantener al mismo tiempo un lugar

de malestares o críticas hacia ciertos modelos de hombría que se espera cambien en el futuro, aunque ellos en este momento no estén dispuestos a iniciar tal cambio), emergen desde la clandestinidad, la privacidad y la intimidad, debido al temor de ser agredidos o excluidos, y al estar ocultas de la mirada de los otros, no permiten que los varones cuestionen de manera tajante ni pública las normas de género. Las experiencias de muchos hombres difícilmente se adecúan a las normas de género. Estas tienen múltiples matices y es importante investigarlas para reconocerlas y así desarmar la idea de una masculinidad única y fija. No existen los hombres de manera generalizada, sino existen múltiples formas de ser hombre y de posicionarse frente al ideal.

Por lo tanto, el objetivo de esta investigación es adentrarnos en las experiencias sexuales de los hombres jóvenes remeros, poniendo especial énfasis en las emociones que emergen en ellas. Esto implica conocer cuál es la experiencia de estos hombres en el ámbito de la sexualidad, lo que ciertamente puede ser estudiado desde cualquier perspectiva, pero lo que me interesa particularmente es cuál es la experiencia de los hombres viéndola desde unos lentes de género, es decir, cómo sus experiencias están permeadas por el género. Esto implica comprender los discursos en los que han sido socializados respecto al uso apropiado de su sexualidad y, a su vez, conocer los recursos y estrategias que los varones de este grupo social despliegan para lidiar y hacer frente a estos discursos y sus consecuencias.

Para dar cuenta de su experiencia, el entrevistado debe contarnos partes de su vida que se reconstruyen y se resignifican al ser relatadas. Los significados que los remeros otorgan a su sexualidad no están dados; cambian, se modifican y se transforman también con sus nuevas experiencias en el campo sexual y en otros espacios. Es por esto por lo que me interesa estudiar la experiencia, pues implica reconocer que llegar a ser hombre conlleva un proceso de construcción permanente, continuo, complejo y muchas veces ambivalente.

### **1.5 Contexto y presentación de los informantes**

Xochimilco es un lugar híbrido y sumamente contrastante. En primer lugar, es híbrido en tanto que existen zonas netamente rurales que conviven con otras sumamente conurbadas.

---

en la comunidad. El nexo adaptación-resistencia es un modelo continuo donde los actos de adaptación y resistencia están ligados entre sí. Así, comprender desde el contexto subjetivo y cultural las acciones de los informantes, se torna un elemento importante.

Híbrido también por la mezcla de sus tradiciones y rituales religiosos sincréticos que mezclan la cultura milenaria Xochimilca y el catolicismo. Los embarcaderos específicamente son uno de los espacios más tradicionales de Xochimilco, donde confluyen diversos simbolismos que remiten a la cultura precolombina y que han sido retomados para conformar y reafirmar la identidad de los pobladores a través de sus fiestas. Los embarcaderos de la zona, los canales y las canoas, nos remiten al pasado y a la historia de Xochimilco, en la que, en un primer momento fueron utilizados para comunicar Xochimilco con distintas poblaciones y que posteriormente se convirtieron en símbolos de la cultura y la identidad Xochimilca actual. Muchos de los trabajadores de este embarcadero señalan el orgullo que representa ser Xochimilca. Entre los trabajos tradicionales de este lugar se encuentra la floricultura, el cultivo en las chinampas y la remería.

En el caso de los remeros, la mayoría son jóvenes de entre 15 y 30 años. Muchos de ellos tienen dobles jornadas de trabajo. Se dedican a la remería y a otras profesiones: son payasos, plateros y comerciantes, y realizan estos trabajos por las tardes o los fines de semana. Procedentes de estratos económicos bajos, en un primer momento se dedican a la remería para apoyar económicamente a sus familias y pagarse sus estudios de secundaria y preparatoria. La mayoría de ellos desiste de estudiar la universidad para dedicarse de lleno a la remería y obtener así un mayor ingreso. Los varones en Xochimilco suelen casarse a los 15 años, por lo que muchos remeros a su edad actual ya son esposos y padres. Una de las razones principales para juntarse<sup>17</sup> es un embarazo no planeado. Los varones ya casados suelen vivir en la casa de los padres de la esposa o se llevan a vivir a sus novias a sus hogares. Construyen cuartos en el jardín del terreno familiar o encima de la casa de los padres, lo que les permite vivir con cierta privacidad; pero a la vez, mantener una comunicación cercana y una dependencia económica de los padres.

Filiberto tiene 30 años, comenzó a trabajar desde los seis años vendiendo huevos con confeti en el embarcadero y a los diez años comenzó a remar. Para aumentar su ingreso

---

<sup>17</sup> Sinónimo de cohabitar, esta palabra es utilizada por los remeros para designar la relación que tienen con sus parejas. Esto implica, generalmente, que la novia abandona la casa paterna y se va a vivir a la casa de los padres del novio. En esa misma casa vivirán los padres y los hermanos del novio con sus respectivas esposas e hijos. Algunos podrán construir cuartos encima de la casa paterna o en los patios para obtener cierta privacidad, pero continuarán compartiendo la vivienda con los padres.

también vende joyería de plata. Señala que en un primer momento lo vio como un juego, pero después este trabajo le permitió contribuir al gasto familiar y pagarse sus estudios. Después de la secundaria, sus padres dejaron de apoyarlo y él prácticamente se pagó la preparatoria y la universidad. Estudió la carrera de nutrición en el Instituto Politécnico Nacional. Sin embargo, al no realizar los términos administrativos debidos no se tituló, y su seminario de tesis caducó. Para titularse necesitaría volver a estudiar ese seminario; pero, aunque quiere titularse, no lo ha hecho por desidia. Se casó a los 26 años con una mujer que tenía 20 años, con quien procreó una hija. Actualmente su esposa tiene 24 años y su hija cinco. Señala que su caso es poco común, pues en Xochimilco los jóvenes suelen casarse desde los 17 años. Se inició sexualmente a los 16 años con una amiga, pues refiere que, aunque tenía pareja en ese entonces, su novia era “una niña de casa” y no “aflojaba”, así que lo hizo con su amiga porque ella sí estaba en la disposición. A Filiberto se le realizaron tres entrevistas con una duración de una hora aproximadamente.

Ramón es hermano de Filiberto, a su vez, el padre de ambos trabaja aquí. Tiene 33 años, está casado y tiene tres hijos. Se inició en la remería a los diez años, por lo que actualmente lleva trabajando 23 años en el embarcadero. Señala que se inició por necesidad, esto con el objetivo de contribuir al gasto familiar y disminuir las precariedades en su hogar. Se casó a los 20 años a raíz de un embarazo no planeado. A Ramón se le realizaron tres entrevistas de una hora aproximadamente.

Samuel tiene veinte años, comenzó a remar desde los 15. Dice que, aunque terminó la secundaria, ya no quiso estudiar porque le gustó el “despapaye”. Se juntó con su novia a raíz de un embarazo no planeado, aunque después señaló: “Bueno, la embaracé a propósito”. Me cuenta que no pidió la opinión de su esposa porque sabía que ella no quería tener hijos, pero a él le parecía que ya estaban en edad, así que simplemente tuvo relaciones sexuales sin condón y ella no cuestionó esto. A Samuel se le realizaron dos entrevistas de una hora aproximadamente.

Emanuel tiene 23 años, está juntado y tiene dos hijos (una niña de un año y medio y un niño de ocho meses). Se inició en la remería desde los 15 años. Sin embargo, desde el embarazo de su primer hijo comenzó a trabajar de manera más continua y constante en el

embarcadero para poder sufragar los gastos de su bebé. A Emanuel se le realizó una entrevista de una hora aproximadamente.

Jorge tiene 21 años, es soltero y tiene un hijo. Actualmente estudia la prepa abierta. Se juntó con su novia a raíz de un embarazo no planeado, pero señala que no se entendió con ella y actualmente están separados. Vive con su madre. Inició su vida coital a los 17 años con una compañera de la escuela. A Jorge se le realizó una entrevista de una hora aproximadamente.

Juan tiene 18 años, está casado y tiene una hija de un año y cinco meses. Terminó la secundaria, pero señala que no quiso seguir estudiando porque se casó. Se inició en la remería a los quince años para apoyar y contribuir al gasto familiar. Señala que tener un hijo fue decisión suya y que realmente nunca pidió la opinión de su esposa. Se juntó a los 15 años. Comenta que desea estudiar la prepa, y tal vez la universidad, para ayudar a su hija con sus estudios y trabajar en otro lugar que le aporte mayores ingresos. A Juan se le realizaron dos entrevistas de una hora aproximadamente.

Guillermo tiene 27 años, tenía veintiún años cuando se juntó con su esposa a raíz de un embarazo no planeado, es por esto mismo que dejó de estudiar (estudió hasta el cuarto semestre del bachillerato) para dedicarse de lleno a trabajar y así poder sufragar los gastos de su bebé y de su esposa. Tiene tres hijos, todos varones, de 5, 4 y 2 años. Señala que él mantiene el hogar, ya que su esposa no trabaja y que lo que gana (2500 pesos a la semana) no le alcanza para mantenerlos. Se inició sexualmente a los catorce años con una novia con la que duró diez años. A Guillermo se le realizaron tres entrevistas de una hora aproximadamente.

Fernando tiene 26 años y vive en unión libre con su novia con la que procreó un hijo. Comenzó a trabajar como remero cuando tenía 21 años. Este trabajo le permite mantener a su esposa y a su hijo. Estudió la preparatoria, aunque no la terminó porque señala “me ganó el relajo”. Se inició sexualmente con una novia cuando tenía trece años. A Fernando se le realizó una entrevista de una hora aproximadamente.

José tiene veinte años, se juntó con su exnovia a raíz de un embarazo no planeado, señala que tuvo muchos problemas con ella porque no cuidaba bien de su hijo, y esa fue la razón por la que decidieron separarse. Él se quedó con la custodia del bebé por lo que él se

considera “padre soltero”. Lleva dos años y medio trabajando como remero, esto le permite contribuir al gasto familiar en su casa, apoyar a sus papás y mantener a su hijo. Mientras él trabaja, su madre cuida de su bebé. Estudió la preparatoria, pero no la terminó. Como pasatiempo canta y produce canciones de hip-hop y espera algún día hacerse famoso en el medio hip-hopero de la Ciudad de México. Se inició sexualmente a los 14 años con su novia. A José se le realizaron dos entrevistas de una hora aproximadamente.

Luis Carlos tiene 18 años, tiene un hijo y está casado. Estudió la preparatoria, pero no la terminó. Se inició sexualmente a los 14 años con una novia. Lleva tres meses trabajando como remero para contribuir al gasto familiar en su casa. A Luis Carlos se le realizó una entrevista de una hora aproximadamente.

A continuación, se presenta un cuadro que condensa la información antes relatada, para hacerla gráfica:

Tabla 1. Perfil de los entrevistados

<b>Nombre</b>	<b>Edad</b>	<b>Estado civil</b>	<b>Número de hijos</b>	<b>Escolaridad</b>
Filiberto	30	Casado	1	Universidad trunca
Ramón	33	Casado	3	Prepa trunca
Samuel	20	Juntado	1	Secundaria terminada
Emanuel	23	Juntado	2	Prepa terminada
Jorge	21	Soltero	1	Preparatoria
Juan	18	Casado	1	Secundaria terminada
Guillermo	27	Juntado	3	Prepa trunca
Fernando	26	Unión libre	1	Prepa trunca
José	21	Soltero	1	Prepa trunca
Luis Carlos	18	Casado	1	Prepa trunca

Fuente: elaboración propia.



## **1.6 Los instrumentos**

### **1.6.1 Observación participante**

La observación participante consiste en dos actividades principales: observar metódicamente aquello que sucede alrededor del investigador y participar, tomando parte en actividades que realizan los sujetos estudiados. El objetivo de esta técnica de investigación es reconstruir los contextos y las situaciones que expresan los universos culturales y sociales estudiados. Para Malinowski (1986), el objetivo de la etnografía es comprender el punto de vista del nativo, lo que sólo se logra viviendo con las personas que se estudian y privilegiando la experiencia directa del antropólogo. Así, la participación del investigador, su experiencia y testificación constituye un elemento fundamental para conocer y comprender un sistema cultural (Guber, 2004). Por consiguiente, el investigador debe proceder a la inmersión subjetiva: “Entender desde adentro a los sujetos que estudia” (Guber, 2004).

La observación participante fue efectuada en los embarcaderos de Xochimilco. Las primeras observaciones fueron realizadas a principios de agosto de 2016 y tenían por finalidad intentar comprender el escenario y recabar datos de manera general sobre los remeros y el embarcadero. Aunque había reflexionado previamente sobre algunas cuestiones importantes a las cuales prestar atención, la observación continuaba siendo en gran medida general, buscando principalmente conocer las actividades cotidianas en el embarcadero.

### **1.6.2 Diario y notas de campo**

Hammersley y Atkinson (1994), señalan que, en un principio, es adecuado que la mirada se encuentre centrada en cuestiones generales, así también las notas de campo. Sin embargo, conforme las ideas teóricas se desarrollan, también cambia lo que es significativo y lo que debe ser incluido en éstas. Hammersley & Atkinson (1994) y O'Reilly (2009) coinciden en que, en las primeras inmersiones en el campo, es importante anotar todo aquello que parezca incomprensible, pues las notas de campo adquieren significado posteriormente. Así, durante mis primeras inmersiones en el campo, realicé anotaciones generalmente descriptivas vinculadas a la observación del embarcadero. Posteriormente, al desarrollarse algunas ideas metodológicas, las anotaciones se centraron en los vínculos que establecían los hombres entre sí. También presté especial atención al vocabulario local de los remeros, ya que, como señalan Hammersley y Atkinson (1994), éste puede decirnos cómo los miembros de esa

comunidad perciben el mundo. Traté de anotar incluso las palabras que no conocía, como se verá posteriormente en este trabajo. Muchas de esas palabras -tales como “llevada”, “motel-trajinera” o “movido”- adquirieron significado durante mi estancia allí, y revelaron prácticas cotidianas de relación y ejercicios específicos de la sexualidad.

Por otra parte, O’Reilly (2009) señala que un diario de campo sirve como un registro útil de los propios sentimientos, pensamientos y reflexiones conforme el investigador se va adaptando al trabajo de campo. También puede ayudar a mantener una perspectiva “outsider”, protegiendo de la fusión con los informantes. Además, tiene una función analítica: alertar de sentimientos y emociones que los participantes en el campo pueden compartir. Así, aquellas situaciones o relatos que me causaban sorpresa, miedo o incluso ansiedad eran escritas en el diario de campo para ser analizadas después. Por ejemplo, la primera vez que observé una “llevada<sup>18</sup>” me causó cierta molestia, pues interpreté dicha práctica como un acto de abuso sexual<sup>19</sup>, ya que al ser mujer y haber sido socializada en la idea de que cualquier tocamiento de personas mayores sin consentimiento es concebido como tal, la primera interpretación fue ésta. Fue así como en mi siguiente visita al embarcadero tomé la decisión de preguntarles a los remeros cómo significaban esa práctica. Al ser presentada la hipótesis anterior, ellos disintieron y señalaron: “Tampoco exageres, es sólo un juego”. Esto nos permite entrever que los varones, al ser socializados en contextos en los que este tipo de prácticas es considerado algo normal y común, pero al mismo tiempo lúdico, difícilmente pueden interpretar esos tocamientos como un abuso sexual. Las emociones que emergen ante ciertas situaciones sociales nos permiten entrever cómo la investigadora y los interlocutores son socializados de forma diferencial, lo que ocasiona que interpreten el mundo de forma distinta.

---

<sup>18</sup> Bromas pesadas con connotación sexual. También se le dice “llevado” a una persona que abusa de otra, o que incluso se toma demasiadas libertades para hacer bromas de mal gusto.

<sup>19</sup> Para ejemplificar este aspecto retomo un fragmento de mi diario de campo: “En el canal puedo ver a Juan, un muchacho de 17 años que he entrevistado anteriormente. Él se encuentra limpiando una canoa, se agacha para levantar algo del piso y un hombre mayor (aproximadamente de cuarenta años) acerca su pelvis a los glúteos de Juan. Hace un movimiento con su pelvis, simulando penetrarlo y lo empuja fuertemente haciendo que Juan se caiga. El hombre adulto le avienta una franela y le ordena altivamente: “Limpia la canoa”. Juan hace una mueca de enojo y frustración, por esta frase supongo que puede ser su patrón. Cuando llego a la zona de plateros, dos remeros juegan a hacerse calzón chino, posteriormente uno de estos remeros introduce su mano en el pantalón del otro remero, simula que lo penetra con los dedos. Le pregunto a Filiberto por estas prácticas y él me cuenta que se le denominan “llevadas”.

Fue a través de esta técnica como me di cuenta de las *llevadas* y de la relación jerárquica que los varones establecían con otros hombres y con las mujeres que se encuentran en el embarcadero. También fue a través de la observación participante que logré establecer lazos de intimidad y confianza con mis interlocutores, lo que me permitió profundizar en aspectos privados de su experiencia sexual. Asimismo, acompañé a mi entrevistador clave al funeral de su abuela, el cual fue realizado a escasas cuerdas del embarcadero, lo que me permitió conocer otro lado de Xochimilco. Utilicé un diario de campo para relatar mis observaciones. Éstas se referían tanto a las conversaciones que escuchaba, como a los relatos esporádicos que no eran propios de una entrevista, y que por lo tanto no estaban siendo grabados, pero que consideré fundamentales para esta investigación. Muchos de los entrevistados relataron eventos y experiencias sexuales sólo después de que se apagó la grabadora, por lo que me pareció fundamental escribirlos en el diario de campo.

### **1.6.3 La entrevista antropológica**

Por otro lado, también utilicé la entrevista antropológica o etnográfica como instrumento de recopilación de información. El objetivo de esta entrevista fue invitar a los remeros a que relataran ciertos aspectos de su experiencia sexual. Cabe señalar que en esta investigación se entiende a la experiencia como una vivencia existencial y personal, pero a la vez construida socialmente. Sin embargo, es importante señalar que no se puede tener acceso a ella de manera directa; es sólo mediante otras expresiones que se tiene acceso a la experiencia de los otros. En este sentido, y desde los escritos de los antropólogos de la experiencia como Turner & Bruner (1986), el discurso narrativo es uno de los medios para que los sujetos construyan su experiencia y al mismo tiempo que la relatan la reestructuren. Bajo esta hipótesis, se consideró como objetivo central de las entrevistas incentivar a los entrevistados a que narraran relatos e historias de su vida sexual. Para evitar el etnocentrismo y para acceder a la diversidad, en la entrevista antropológica es fundamental la no directividad. Si bien se realizó una guía de entrevista, en muchas ocasiones los relatos de los entrevistados rebasaban los parámetros antes propuestos, lo que implicó, en algunas ocasiones, dejar de lado la guía de preguntas para introducirnos en las experiencias y en los indicios de su lógica, revelando nudos problemáticos de su realidad.

### **1.7 Elaboración de la Guía de Preguntas y realización de las entrevistas**

En un primer momento se realizaron 10 entrevistas a profundidad utilizando como pauta una guía de entrevista. Esta última fue elaborada inspirándome en la propuesta de Juan Carlos Hernández (1995)<sup>20</sup>. Para este autor, la sexualidad hegemónica masculina se caracteriza por ser competitiva, violenta y vivida como una fuente de poder, homofóbica, vivida como obligación, mutilada (centrada en los genitales y en el coito), y, por último, irresponsable. Por cada característica fueron pensadas algunas preguntas que permitieran conocer cómo vivían la sexualidad, intentando investigar si su experiencia se acercaba a esta propuesta o no, así como también si existían matices y contradicciones en sus relatos.

La guía de entrevista invitaba a los participantes a relatar su primera experiencia sexual: quién fue su pareja sexual, si existía algún vínculo emocional, si había sido o no placentera, cuál fue la principal razón por la que inició la vida sexual, por qué con esa pareja y no con otra, etc. También se investigaba si habían sido presionados por un familiar, amigo o compañero de trabajo y cómo la convivencia con otros remeros había precipitado o no ese evento sexual. Asimismo, también se indagaban experiencias de violencia y de agresiones sexuales (sea como víctimas o victimarios).

Después de transcribir las primeras diez entrevistas, se buscó en ellas algunas temáticas que no habían sido suficientemente desarrolladas, sea por la falta de confianza o porque habían sido pasadas por alto, por lo que se realizó una segunda guía de preguntas retomando estos tópicos, con el objetivo de profundizar en las experiencias sexuales de estos jóvenes. También, al finalizar la primera ronda de entrevistas, la relación con los interlocutores se había fortalecido a tal punto que los compañeros relataban experiencias íntimas de manera espontánea. Asimismo, preguntaban sobre mi próxima visita al embarcadero porque “tenían muchas cosas que contarme”. Aprovechando la apertura que los compañeros remeros mostraban, se diseñó una segunda guía de entrevistas que se centraba en investigar aspectos de su vida conyugal. Se profundizaba también en cuestiones como: en qué momento de sus vidas habían sentido que ya habían aprendido lo que tenían que hacer en una relación sexual,

---

<sup>20</sup> Cabe señalar que Gila Monteagudo y Treviño Sandra (2014) replicaron este enfoque con hombres mayores en Cuba.

cómo sabían si su pareja disfrutaba el acto y si se arrepentían de alguna experiencia sexual. Con esta guía de preguntas se realizó una segunda ronda de entrevistas con los mismos sujetos previamente entrevistados, por lo que en total se realizaron 20 entrevistas.

Acordé las citas con los entrevistados a través de WhatsApp<sup>21</sup>. Las entrevistas se llevaron a cabo en las bancas del mercado de artesanías que se encuentran enfrente del embarcadero. Generalmente fueron realizadas entre las 10 am y las 12 pm, horario en que los remeros se encuentran menos ocupados. Se les pidió permiso a los sujetos para grabar las entrevistas; 9 de ellos aceptaron. En general, las entrevistas fueron realizadas siguiendo el orden de la guía de preguntas. Sin embargo, en ocasiones algunos entrevistados hicieron referencia a otros aspectos que no estaban contemplados y que resultaron ser interesantes para este estudio. Al realizar las entrevistas en espacios públicos, las interrupciones fueron constantes: sea porque el compañero remero necesitaba usar su remo, preguntar sobre la canoa o porque su jefe lo llamaba para remar una trajinera; en este último caso las entrevistas no eran concluidas. La duración de éstas fue de entre 40 minutos y una hora aproximadamente.

## **1.8 El trabajo de campo**

### **1.8.1 El primer encuentro y el primer obstáculo**

Los primeros acercamientos a campo los realicé a principios de agosto de 2016. En mi primera visita conversé con algunos remeros para presentarme como una estudiante de maestría que deseaba realizar una investigación sobre ellos. El objetivo de esta visita era conocer si algunos remeros querían participar en ella. Considerando que podría ser percibido como intrusivo e incluso irrespetuoso plantear a personas que no me conocían que me encontraba interesada en sus experiencias sexuales, y habiéndome anticipado que algunos remeros se encontrarían indispuestos a hablar sobre sus emociones con una desconocida, la forma de presentar la investigación a mis interlocutores fue todo un reto.

Para sortearlo, decidí presentar mi investigación como una pesquisa interesada en comprender las experiencias cotidianas de los remeros, así como su relación con otros

---

<sup>21</sup> WhatsApp es una aplicación de mensajería instantánea para teléfonos inteligentes, que envía y recibe mensajes mediante Internet. A comparación del correo electrónico, esta aplicación es fundamentalmente utilizada para mensajería corta.

hombres y sus parejas<sup>22</sup>. Ninguno de los remeros que aceptó participar en la investigación hizo más preguntas, y algunos asumieron, que al ser Xochimilco un lugar histórico y cultural, me encontraba interesada en su labor por ser éste un trabajo tradicional. No faltó el guía o remero que me sugirió ir a museos o hablar con ancianos de la comunidad para comprender la cultura del lugar. Asumo entonces que la aprobación de algunos remeros para participar en esta investigación estuvo ligada al orgullo que les produce ser Xochimilca.

Por otra parte, considero que al ser una persona de pequeña estatura y que aparenta menor edad, fácilmente podría considerárseme como una adolescente<sup>23</sup> que buscaba los servicios sexuales de los remeros y mi trabajo podría ser percibido como la excusa perfecta para acercarme e intimar con ellos. Al darse cuenta de que mi invitación a conversar no formaba parte de un cortejo, y al negarme a salir con ellos fuera del marco de la investigación, algunos se negaron a participar argumentando que no estaban interesados.

Con los remeros que aceptaron colaborar compartimos números telefónicos, esto con el objetivo de organizar mis visitas cuando ellos se encontraran desocupados. Uno de los varones que mostró entusiasmo en participar fue Filiberto, que aceptó gustoso trabajar en mi investigación; sintió una especie de empatía cuando me señaló: “Yo estuve haciendo proyectos con el gobierno y sé lo que se siente andar tocando de puerta en puerta y que no te quieran abrir”. Me ofreció conseguir un espacio para hacer las entrevistas e incluso presentarme a otros compañeros remeros. Él fungió como mi *portero*. Se convirtió en mi entrevistador clave y me permitió el acceso a diversas zonas no públicas o casi públicas del embarcadero: el espacio donde los remeros esperan su “turno” y el lugar donde comen. En mi segunda visita, gustoso de mostrarme el embarcadero, me permitió acompañarlo en un viaje en trajinera por el canal en donde fue el remero.

Filiberto me recomendó visitar el embarcadero antes de las dos de la tarde y no ir los viernes, sábados o domingos porque esos días y después de esa hora la afluencia de los turistas era mayor y los remeros solían estar ocupados y ajetreados. Me dijo francamente: “Si

---

<sup>22</sup> Taylor & Bodgan (1987) consideran que respecto a los objetivos de la investigación en términos éticos se debe ser sincero y honesto frente a los informantes; pero a la vez, al ser cuestiones teóricas, muchas veces desconocidas por nuestros informantes, se puede ser vago e impreciso evitando tergiversar información o engañar al entrevistado.

<sup>23</sup> Después de ese encuentro, me enteraré posteriormente de que algunas mujeres jóvenes y adolescentes de la comunidad buscan iniciarse sexualmente con los remeros y que yo estaba siendo leída de esa forma.

llegas después de esa hora, nadie te va a hacer caso; vente, pero vente muy temprano”. Asimismo, también me recomendó no visitarlos los días en los que se celebran las festividades de Xochimilco, pues muchos remeros participan en ellas y no asisten al embarcadero. Así que mis visitas las realicé mayoritariamente entre semana. A través de mi propia observación y las recomendaciones de mis interlocutores fui conociendo los días y las horas adecuadas para realizar entrevistas. Si bien, al ser el embarcadero un espacio turístico, en las horas laborales suele ser un lugar tranquilo y seguro, los mismos remeros me recomendaron no permanecer después de las 5 de la tarde pues podría ser víctima de la delincuencia. El 27 de noviembre de 2017, al descender de una trajinera, cuatro turistas nacionales fueron atacadas a balazos por un hombre a bordo de una motocicleta (Flores, 2017). A raíz de ese acontecimiento, tomé algunas medidas de seguridad, tales como retirarme del lugar al terminar las entrevistas y no permanecer en el embarcadero hasta el anochecer.

### **1.8.2 Tejiendo relaciones**

Utilizando como procedimiento de muestreo la técnica de la “bola de nieve”, que consiste en entablar una relación de confianza con una persona para que nos presente a otras (Taylor & Bodgan: 1987), mi reciente vínculo con Filiberto me ayudó a que me presentara con otros miembros del embarcadero: guías, patrones y remeros, con quienes pude entablar conversaciones fructíferas que me permitieron obtener una mejor recolección de datos sobre la dinámica del embarcadero. Desde agosto de 2016 comencé a visitar asiduamente el embarcadero (dos veces al mes), teniendo en un primer momento conversaciones informales con ellos. En noviembre realicé mi primera entrevista con Filiberto.

La “zona de plateros” se convirtió en un lugar de suma importancia para mí. Es un espacio pequeño que forma parte del embarcadero donde se encuentra una banca, piedras que simulan ser sillas y un barandal donde ellos se recargan. Dos grandes árboles producen sombra, lo que permite estar ahí gozando del clima fresco. Es en esta zona donde los remeros y los plateros se sientan a esperar su turno, a conversar y a comer. Estar acompañada de Filiberto y ser presentada como su amiga, permitió que mi presencia fuera en alguna medida aceptada en ese lugar, aunque al ser todos los presentes hombres y al girar sus conversaciones en temas referentes a sus prácticas sexuales, algunos de ellos se mostraban reticentes a

realizar estas conversaciones enfrente de mí. Por otro lado, había varones a los que mi presencia les parecía intrascendente, lo que me permitió exponerme a sus relatos cotidianos con otros compañeros.

Integrarme a las prácticas cotidianas e incluso íntimas de los remeros, tales como comer, o en el caso de Filiberto, acompañarlo al funeral de su abuela, me permitió crear lazos de camaradería que fortalecieron la confianza y la apertura durante las entrevistas, de tal manera que, aunque algunos remeros desconocían mi nombre era conocida como “la niña”. Asimismo, los entrevistados encontraron en las entrevistas una manera de despejar sus dudas y preguntas en el ámbito sexual. Por ejemplo, al finalizar la primera entrevista con Ramón, y habiendo apagado ya la grabadora, me confesó que después de tener una relación sexual con su esposa, no podía mantener otra erección y su deseo sexual disminuía, a tal punto que tenía que esperar exactamente un día para tener otro encuentro sexual. Es por esto por lo que, a pesar de los pedidos de su esposa, él se negaba a tener nuevamente relaciones sexuales aludiendo al cansancio producto del trabajo, disfrazando una incapacidad con pereza y desidia. Esto le causaba una gran preocupación, pues lo hacía sentir, según sus palabras, como un “impotente sexual”. Al relatarme tal suceso buscaba conocer mi opinión, pues al ser leída como psicóloga suponía que era especialista en sexualidad. Le mencioné que tal fenómeno era conocido como “periodo refractario” y que era muy común entre hombres. Le prometí que leería sobre eso y que en mi próxima visita traería más información.

Relato esto porque en distintas ocasiones fui interpelada por mis interlocutores para proveer algún tipo de comentario o sugerencia sobre su vida sexual. Si bien, intenté mantener una postura neutral para así evitar que los entrevistados se sintieran juzgados, cuando se me pedía información sobre algún aspecto sexual o sobre la utilización de anticonceptivos, la proveía. Así, con algunos compañeros remeros mantuve relaciones de cooperación y retroalimentación. Considero que esto ayudó a crear un clima de confianza que permitió que los entrevistados relataran aspectos íntimos de su vida, reconociendo durante su experiencia en la entrevista que se encontraban en un espacio de confianza y donde el temor a ser juzgado lograba disiparse, y que incluso podían externar dudas y preguntas que por vergüenza o miedo no habían sido resueltas.



### 1.9 Algunos aspectos éticos sobre el trabajo de campo

¿Cuál debe ser el actuar de la persona que investiga cuando escucha relatos sobre violencia física y sexual o incluso cuando presencia dichos actos? Esta es una cuestión muy debatida dentro de la antropología. Existen antropólogos que, posicionados en el relativismo cultural<sup>24</sup>, consideran que el investigador, para evitar el etnocentrismo, debe permanecer ecuánime. Por otro lado, existen otros investigadores que, desde una antropología militante y comprometida políticamente, creen que el investigador debe involucrarse directamente e intervenir con procesos concretos de acción social. Estos argumentan que el relativismo cultural lleva a aceptar diversas injusticias por el hecho mismo de que son emanaciones culturales y ha conducido a una postura reticente en lo que respecta a los derechos humanos universales (Fluehr-Lobban, 1995; Farmer, 2001). He reflexionado sobre esto porque durante el proceso de investigación he sido cuestionada por colegas que critican mi posición pasiva y abierta ante tales relatos. Considero que la posición que tome cada investigador ante esta disyuntiva depende de su contexto y de su perspectiva subjetiva y ética. Sin embargo, debe ser siempre reflexionada y verbalizada.

Creo que cuando se trabaja con grupos de personas que ejercen violencia sobre otras, en mi caso hombres que ejercen violencia y dominación sobre otros hombres y mujeres, pero a la vez, la reciben, se debe mantener una actitud empática y sensible, para comprender cómo el ejercicio de la violencia se relaciona con sus propias experiencias personales como víctimas. Pero también, para conocer la lógica que sustenta la violencia ejercida. Actitudes inversas o incluso, rostros de sorpresa, pueden encubrir un colonialismo moral que intimide al entrevistado y limite nuestro acceso a su mundo subjetivo. Sin embargo, esto no significa que se acepte sin cuestionar la palabra del entrevistado, pues esto nuevamente podría limitar nuestra comprensión. Cuando se notan contradicciones en sus relatos, es preciso cuestionarlas, pero siempre con una actitud respetuosa, mostrando que no es nuestro deseo juzgarlo sino comprender a profundidad su relato.

---

<sup>24</sup> Esta corriente considera que todas las culturas tienen igual valor y que deben ser analizadas con sus normas y parámetros propios, critica el universalismo cultural y el etnocentrismo, y es una respuesta a prácticas colonialistas que consideran que el grupo propio es moral y éticamente superior.

### **1.10 ¿Qué implica que una mujer les pregunte a los hombres sobre su sexualidad?**

Invitar a los remeros a que me hablaran sobre su sexualidad implicó todo un reto. La primera vez que conocí a Fernando, un joven remero, me advirtió que el embarcadero era un espacio muy machista, pues cuando una mujer llega a vender algún producto, y no lo hace acompañada de un varón, y tampoco es identificada como una turista, no falta el remero que la *aborde*, lo cual implica seducirla y persuadirla hasta que acepte mantener encuentros sexuales. Es por esto por lo que en un primer momento fui leída como una mujer “abordable” o susceptible de tener relaciones sexuales con ellos. Ciertos remeros me invitaron a salir, “te llevo a donde tú quieras preciosa” me dijo una vez Javier, o en ocasiones, condicionaban la entrevista a cambio de “besos”, me preguntaban entre risas “¿Qué me vas a dar a cambio de la entrevista?”. Además, pedir a hombres que me hablaran sobre su sexualidad, podía ser interpretado como un mensaje implícito en el que yo los invitaba a mantener encuentros sexuales. Respecto a esto Filiberto me sugirió: “Es que tú como mujer tienes que saber abordar a los hombres para que no piensen que los estás invitando a coger, sobre todo si quieres que te hablen de sexualidad”.

“Cuando las mujeres hablan de sexualidad se escucha chistoso, no se escucha bien”, me dijo Juan. Al inicio de la intervención hubo remeros renuentes a hablar de sexualidad con una mujer entrevistadora, pues ellos consideran que ésta sólo puede ser compartida si se está únicamente entre hombres. Desde la perspectiva de los remeros, el hecho de que los temas relacionados con la sexualidad deban ser hablados casi exclusivamente entre hombres permea hasta el punto en el que cuando accedieron a hablar sobre estos temas conmigo, sus relatos sexuales debían ser traducidos a un lenguaje de fácil comprensión para mí (supuestamente menos grotesco y explícito), pues refieren que en un entorno de puros varones la descripción de experiencias relacionadas íntimamente con la sexualidad contiene una alta carga de lenguaje coloquial y picaresco, que supuestamente podría ofender a cualquier mujer al escucharla.

Por otra parte, para estos sujetos existe cierta dificultad para relatar la sexualidad en términos emocionales, pues existe un riesgo inminente de ser juzgados y criticados por otros varones como “jotos” o “niñas” si expresan sus necesidades afectivas, por lo que externar experiencias relacionadas con su sexualidad con una mujer es una oportunidad de desahogo

sin estar expuesto a los riesgos a los que estarían de hacerlo entre sus congéneres, es entonces que, al terminar la entrevista, señalaban sorprendidos: “Nunca había contado esto”, aunque a su vez mencionaban: “Es bueno desahogarse y contarle estas cosas a alguien”.

Por otra parte, los remeros identifican cierto riesgo al externar sus ideas relacionadas con la sexualidad o sobre sus relaciones extramatrimoniales, pues en algún punto de la charla podrían estar externando algunos detalles pertenecientes a su intimidad o a la de otra persona, y esta información ser utilizada en su contra, incluso sin importar si la persona con la que se discute es hombre o mujer. De alguna manera temían que yo ventilara sus secretos o que incluso fuera una amiga de sus esposas disfrazada de estudiante. Sin embargo, con el tiempo estos miedos se fueron disipando.

Durante las últimas entrevistas realizadas, Filiberto me confesó: “Los remeros piensan que eres mi amante, yo no lo confirmo por respeto a ti, pero tampoco lo niego por respeto a mí”, por un lado Filiberto señaló que no lo desmentía porque le permitía obtener cierto status; al mismo tiempo que yo era leída como una mujer “no abordable” por otros remeros pues supuestamente ya había sido seducida por él, asimismo, me permitió mandar un mensaje implícito: “No busco los servicios sexuales de mis demás entrevistados”, lo que a su vez implicó que cesaran las invitaciones y propuestas sexuales de los remeros. Si bien, esto significó en cierto aspecto una ventaja, también pudo afectar la manera en cómo me relacioné con otros remeros y las respuestas otorgadas, pues se podía asumir que al ser pareja de Filiberto podría relatarle a él aspectos íntimos de la vida sexual de sus compañeros.

Para finalizar, recalco que mi condición de mujer permeó la forma en cómo me relacioné con los remeros. En este sentido me suscribo a la opinión de Bellato (2006), ella considera que el sexo del entrevistador afecta lo narrado por el informante, pero esto no implica que la información recopilada sea mejor o peor si el sexo del entrevistador y entrevistado coincide o no, aunque es probable que sea diferente, por lo que el trabajo de investigadores e investigadoras resulta complementario.

### **1.11 Análisis del material empírico**

Para codificar la información obtenida se retomaron las técnicas y procedimientos que Strauss et al. (2002) proponen para desarrollar la teoría fundamentada. Se realizaron veinte entrevistas a profundidad, 19 de ellas fueron grabadas y una fue escrita en el momento (con

las limitantes que esto implica, por lo que fue reconstruida posteriormente). Con el objetivo de tener un material visual que pudiera revisarse continuamente, las diecinueve entrevistas fueron transcritas.

Para Strauss et al. (2002) codificar implica un proceso analítico y sistematizado por medio del cual se fragmentan, conceptualizan y se integran datos para formar una teoría. Teorizar implica construir un sistema explicativo que de manera sistemática integre varios de los conceptos por medio de oraciones que indiquen relaciones. Desde esta perspectiva, se crean eslabones que, en un primer momento, no estarán relacionados pero que posteriormente lo estarán. Para lograr esto, se realizó primeramente lo que estos autores han denominado microanálisis, esto es un análisis detallado párrafo por párrafo, línea por línea y frase por frase para clasificar las palabras de los entrevistados y generar lo que serán las categorías iniciales, las cuales se encontrarán en el primer piso del diagrama teórico. Posteriormente se procedió a la codificación abierta. Lo que implicó definir las categorías y desarrollarlas en términos de sus propiedades y dimensiones, es decir, conceptualizarlas, y fue así como se integraron las primeras categorías en conceptos.

Enseguida se realizó la codificación axial, lo que implica relacionar las categorías con sus subcategorías, esto es codificar alrededor de un eje una categoría para añadirle profundidad y estructuración. Por consiguiente, se realizó una codificación selectiva y se definieron las categorías principales, las cuales se integraron finalmente al esquema teórico. El último paso de la codificación implicó descubrir la categoría medular o principal. Por último, se analizaron teóricamente las categorías halladas desde dos ejes analíticos: las teorías en torno a la masculinidad y la sexualidad revisadas en el capítulo teórico.

## **Capítulo 2: “En este trabajo hay un chingo de historias”. El contexto sexual de los remeros, introducción a los capítulos analíticos**

“En este trabajo hay un chingo de historias” me dice Ramón, un joven remero que ha trabajado en el embarcadero desde hace 15 años, y ese tiempo le ha permitido conocer infinidad de experiencias sexuales provenientes de sus demás compañeros. No sólo lo que ellos le cuentan, sino lo que él mismo presencia cotidianamente, “prácticamente he visto de todo”, reafirma. Entre risas, caras de asco y estupefacción los informantes me relataron diversas anécdotas que permiten dar cuenta de los relatos sexuales a los que se encuentran expuestos. El objetivo de este apartado es proporcionarle al lector el contexto en el que se sitúa la experiencia sexual de estos varones.

### **2.1 El contexto Familiar: Adicciones y violencia intrafamiliar**

“Yo soy como los de la mayoría de aquí, vengo de una familia disfuncional donde el padre era borracho y desobligado”, señala Filiberto, otro joven informante. Los progenitores de los remeros tienden a divorciarse o separarse cuando ellos son unos niños. “Todos nuestros padres son divorciados”, me dice Juan. Es la madre la que generalmente toma la decisión de separarse, sea porque su marido es toxicómano, no apoya económicamente al gasto familiar, o porque él la golpea. Los remeros viven esta separación como una especie de abandono por parte de su padre, lo que dificulta la relación padre-hijo entre ellos. Por ejemplo, Filiberto señala: “Yo odiaba a mi papá, tenía ganas de enterrarlo muchas veces, me llevaba bien *culero* con él, no lo podía ni ver”. De hecho, en algunos casos, aunque sus padres también trabajan en el embarcadero no mantienen comunicación con ellos. Respecto a la relación que los remeros tienen con sus padres, Ramón me dice: “Todos los compañeros de acá no han tenido buena relación con sus papás, los abandonaron de pequeños, eran unos golpeadores, borrachos o drogadictos”. Algunos remeros señalan haber sufrido golpes y torturas de parte de sus padres, mientras que pocos refieren que mantienen relaciones cariñosas y amables con los mismos, aunque matizan que esto no es común en estos contextos.

Después de la separación de los progenitores, el padre se va de la casa y la madre se queda con el total cuidado de los hijos y se convierte además en la única proveedora

económica<sup>25</sup>. La dificultad para mantener a los hijos, a la vez que se hacen cargo del trabajo doméstico y de cuidado, hace que las madres presionen a sus hijos adolescentes a abandonar la escuela y que, en lugar de estudiar, comiencen a trabajar y aporten al gasto familiar. Es por esto por lo que muchos varones se inician en la remería desde muy jóvenes y tienden a abandonar la secundaria o la preparatoria. Este fue el caso de Filiberto, quien cuenta con enojo como su madre y su padre no lo apoyaron económicamente para estudiar la secundaria. “¿Qué gano yo con que estudies?” Lo cuestionó su padre, negándose a ayudarlo económicamente. Su madre se negó igualmente: “Discúlpame, pero ya eres autosuficiente, échale ganas”, me dice Filiberto simulando la voz de su madre. Debido a la negativa de ambos progenitores, refiere que tuvo que introducirse en un ámbito agresivo y pesado (lo señala así por el consumo cotidiano de los remeros de marihuana, cocaína y alcohol y la relación agresiva entre los mismos) como lo es el embarcadero para sufragar sus gastos escolares, y recalca: “Son las madres las que vuelven desobligados a los hijos” debido a que no los apoyan para estudiar. Sin embargo, gracias a este trabajo, Filiberto pudo sufragarse la secundaria, la preparatoria y la universidad, estudió la licenciatura en nutrición, aunque aún no se ha titulado.

La experiencia dolorosa de la separación de los padres hace que Filiberto denomine a su familia como una familia *disfuncional*, y el hecho de trabajar desde muy joven en un ambiente laboral pesado, ocasiona que se denomine a sí mismo y a los remeros que han vivido experiencias similares como *desviados*. En cuanto a la familia que los remeros han formado, pues cabe recordar que son varones que se casan y son padres a muy temprana edad, algunos jóvenes señalaron que sus compañeros, como los padres de éstos, también son adictos y golpean a sus esposas:

Aquí la mayoría de los remeros son jóvenes, hay muchos jóvenes que igual tienen familia y son los que más hacen ese tipo de cosas como que le pegan a su esposa o que llegan *pedos* y así. Porque de hecho yo me junto con algunos de ellos y luego llegan todos rasguñados, de que se pegaron, igual por lo mismo. Más que nada siento que los problemas son más porque se alcoholizan, no saben controlar la bebida y se pelean con su mujer y le pegan. Sí, son muy violentos con sus esposas, y no me refiero solamente a violentarlas físicamente sino también psicológicamente. Muchas veces no les llevan de comer o se gastan el dinero en drogas y alcohol.

---

<sup>25</sup> Esta dinámica acontece en la experiencia familiar de la mayoría de los remeros, aunque existen excepciones.

La investigación de Juárez & Herrera (2014) documentó que existe una relación entre vivir una infancia presenciando la violencia entre los padres y la reproducción de ésta siendo adultos: “La violencia transmitida de generación en generación edifica una cultura de violencia familiar que es transmitida de padres a hijos y de éstos a sus hijos” (Juárez & Herrera, 2014: 167). Por otra parte, si bien, la violencia física fue una constante durante su infancia, sólo un remero refirió haber sufrido violencia sexual en esta misma etapa de su vida. Según Jorge, cuando tenía 6 años, un vecino lo invitó a jugar a su casa (el vecino era un adolescente, que según refiere el entrevistado sufría violencia física, y tal vez sexual, por parte de sus padres, y que ejercía actos de violencia y dominación sobre los vecinos más pequeños). Al ir a su casa, lo penetró analmente por la fuerza, recuerda que lloró por el dolor que esto le produjo. En ese momento lo significó como un juego doloroso. Días después se lo contó a su madre quien le prohibió volver a jugar con él. Jorge recuerda ese evento con dolor, pero comprende que las personas que viven abusos físicos y sexuales pueden reproducir esas conductas con personas más vulnerables que ellos, convirtiéndose a la vez en víctimas y perpetradores.

## **2.2 “Este es un trabajo de hombres (adultos)”**

En el embarcadero los trabajos están estructurados diferencialmente por sexo. Aquí los remeros, los vendedores de plata, los patronos, los guías y los músicos son todos hombres. En el caso de los remeros, se considera que éste es un trabajo exclusivamente masculino, ya que para realizarlo se necesita fuerza física y es esto es, supuestamente, de lo que las mujeres carecen o la tienen en menor medida. “Vamos ¿qué haría una mujer aquí? Sólo estorbar”, me dice Jorge, otro joven remero.

Aquí las mujeres básicamente se dedican a preparar comida, o se encuentran en el mercado vendiendo ropa y artesanías. Es por esto por lo que, específicamente en este empleo, los hombres se encuentran constantemente rodeados de otros hombres. Tanto sus jefes como sus compañeros de trabajo son varones, lo que ha creado una forma particular de relacionarse y comunicarse entre ellos. Las necesidades apremiantes en el hogar hacen que estos jóvenes se inicien en la remería desde muy temprana edad, algunos desde los diez años. Los remeros señalaron constantemente que el hecho de trabajar desde muy pequeños en un espacio predominantemente adulto los hizo madurar tempranamente. Respecto a esto Ramón me

cuenta: “Desde que eres niño andas dentro de un círculo donde hay muchos adultos y empiezas a madurar rápidamente”. Asimismo, los remeros señalan que tuvieron que acostumbrarse a los relatos sexuales de los mayores, a la relación agresiva entre varones y a la relación erótica con las clientas<sup>26</sup>: “Aquí en el embarcadero a muy temprana edad ves ese tipo de cosas (sexuales), desde muy pequeño yo observaba, sí está muy latente en este tipo de trabajos, ya sea por las clientas o por la gente que trabaja en el medio”.

Le pregunto a Saúl, otro joven remero: “¿Qué fue lo que viste y viviste aquí?” Señala dos aspectos: la relación que establecen con las clientas mujeres y los relatos de los varones que trabajan en el medio. Es común que las clientas mujeres nacionales y extranjeras inviten a los remeros a tomar y a divertirse con ellas. Señala Saúl que en su caso “no ha pasado de unos besos”, aunque “hay personas (remeros) que sí te platican que tienen cosas que ver con las chavas”. Respecto a las personas que trabajan en el medio, Saúl señala que remeros, guías y patrones suelen contar sus experiencias sexuales, lo cual puede despertar cierto interés por iniciarse con el objetivo de realizar las mismas prácticas. Saúl se queda un momento callado y comenta: “Pero, aun así, en mí no se dio el caso” (haciendo referencia a su supuesta tardía iniciación sexual).

En conversaciones espontáneas con los remeros, éstos refirieron con disgusto y pesar que, el hecho de insertarse en un espacio adulto cuando apenas eran unos niños hizo que experimentaran situaciones que ellos mismos consideraron no “propias de su edad”, como iniciarse sexualmente, casarse y tener hijos cuando eran adolescentes y, por último, drogarse y alcoholizarse. Al mismo tiempo que identifican lo antes mencionado como un factor determinante en su madurez, concebida como la serie de eventos propios de la edad adulta, también admiten que esto les enseña, de alguna manera, a reflexionar sobre lo que desean en el futuro: “Muchos remeros son adictos, ver a mis compañeros en estas condiciones hizo que pensara en la vida que quería. Crecimos aquí y es difícil caminar entre todo esto, ves el panorama y dices: ¡Ni pa donde jalar! Yo ya me estaba *desviando*, pero por mi familia, decidí cambiar”.

---

<sup>26</sup> Todas estas temáticas serán trabajadas a profundidad en los capítulos posteriores.



## **2.3 Dominación y poder: las llevadas y la relación entre hombres en el embarcadero**

### **2.3.1 La relación entre varones en el embarcadero**

“¿Cómo te llevas con los remeros?” Le pregunto a José Luis. Contesta riendo: “Muy pesado, de groserías y golpes con ellos”. El caso de José Luis es bastante aclarador respecto a la relación que mantienen los remeros con otros varones. José Luis creció en una familia en la que el padre y la madre mantenían relaciones equitativas, pues ambos aportaban al salario familiar y se repartían las tareas domésticas. Refiere que su padre nunca lo golpeó, y que incluso la relación con él era bastante cariñosa: “Siempre fue muy tranquilo, nos consentía mucho, si queríamos algo nos abrazaba, nos hablaba con cariño”, me cuenta. En su casa estaba prohibido decir groserías y no se podía gritar. Sin embargo, cuando comienza a trabajar en el embarcadero, atisba la relación que existe entre varones, lo cual lo confronta con la educación recibida en casa y lo conduce a sentir miedo y a preferir no relacionarse con ellos:

Llegue acá (al embarcadero), como que me daban miedo las personas, porque como te comento, son muy agresivas y con groserías y yo no hablaba groserías. No tenía permitido hablar groserías antes de llegar aquí. Y cuando los señores grandes me decían algo, a mí nadie me había gritado, y aquí me hablaban así y yo casi quería llorar porque aquí te gritan: “¡Órale cabrón!” Y pues yo no estaba acostumbrado a las groserías y entonces venía a hacer lo que tenía que hacer y me iba. Y poco a poco me fui acostumbrando a eso, pero por ese aspecto yo casi no hablaba con nadie, porque aquí digamos que los jóvenes están más avanzados y maleados, y yo llegué todo tontito y no le hablaba a nadie.

Es interesante que José Luis describa a sus compañeros como jóvenes avanzados y maleados. La palabra “*maleado*” forma parte del argot de los remeros e implica que una persona que ha vivido experiencias traumáticas, dolorosas, impactantes y desagradables, como lo es en este caso la violencia intrafamiliar, ha adquirido cierta malicia (por eso la relación entre maleado-malicia) lo que le permite abusar de otros. Esto pone de manifiesto que el entorno familiar de los demás remeros puede influir en la relación que tienen entre ellos. En relación con esto, Corsi (2003) señala que existe un amplio consenso, tanto en los estudiosos del tema como en las instituciones que trabajan con menores, de que “es altísima la probabilidad de que los menores maltratados o testigos de violencia hacia sus madres sean a su vez adultos maltratadores en el hogar o violentos en el medio social, ya que es el comportamiento que han interiorizado como natural en su proceso de socialización primaria” (Corsi, 2003: 29).

En coincidencia con Corsi (2003), José Luis considera que el hecho de que algunos remeros sean “agresivos y groseros” en el embarcadero (en el medio social) confirma la creencia de que estos varones fueron golpeados por sus papás y que tuvieron “algunos problemas en la infancia” vinculados con la violencia y el abuso. En el caso de José Luis, quien no proviene de un entorno familiar violento, los vínculos entre varones son concebidos de manera distinta, aunque inevitablemente, termina “acostumbrándose” a que las relaciones entre varones en este espacio se determinen a través de la dominación y la violencia.

### **2.3.2 Las llevadas**

Las llevadas son prácticas muy comunes entre los remeros, e implican presionar los genitales, simular que se penetra analmente con los dedos (esto puede ser encima de la ropa o debajo, introduciendo la mano en los pantalones del compañero) o acercar la pelvis a los glúteos de otro aparentando una penetración. Esta práctica tiene por objetivo, haciendo un símil con el albur, molestar, ridiculizar y dominar al otro feminizándolo, diciéndole: “Yo te domino como vieja<sup>27</sup>”, como ejemplifica Filiberto. Es una especie de juego y el que pierde termina, inevitablemente, siendo una mujer. Para evitar esto uno debe estar alerta todo el tiempo, imaginando las intenciones de los otros cuando se acercan, y cuando uno está seguro de sus intenciones, proteger los genitales o los glúteos con las manos.

Por otro lado, cuando uno ha sido víctima ya, lo único que puede hacer para recuperar su hombría es esperar a que el remero esté distraído para hacerle lo mismo, y decirle triunfantemente “ahora tú eres el penetrado, tú eres la mujer”. En este sentido, según Boswell (1990) si la penetración y el poder forman parte de los privilegios masculinos, ceder a la penetración es una supresión simbólica del poder y la autoridad. Desde esta perspectiva que vincula sexualidad y poder, la peor humillación de un hombre consiste en verse convertido en una mujer. Es así como las llevadas pueden conformar un juego lúdico entre varones que tiene como finalidad suprimir simbólicamente el poder, la autoridad y la virilidad de otro varón para “reducirlo” a una mujer.

Por otra parte, estas prácticas no son exclusivas de esta población pues, de hecho, y como lo señalan los jóvenes, en otros ámbitos generalmente masculinos también suceden:

---

<sup>27</sup> “Vieja” es una forma despectiva de llamar a las mujeres. Asimismo, otras formas despectivas que utilizan algunos remeros para referirse a las mujeres son “un culo” o “una nalga”.

“Es parte de la llevada entre hombres, cuando juegan futbol y meten gol se andan metiendo los dedos entre ellos”, dice Filiberto. Algunos jóvenes señalaron que consideran las relaciones sexuales entre hombres como algo malo, perverso o pecaminoso, y que, el hecho de que ellos mismos practiquen las llevadas, no los identifica como homosexuales; pues éstas no tienen relación con obtener placer sexual, sino que más bien se vinculan con el instinto entendido como deseo de dominar a otro: “La mayoría tiene puntos homofóbicos, pero a veces te comportas de esa manera, lo haces por instinto como los animales, que entre perros se están montando, creo que es más por instinto”.

Es decir que las llevadas, al ser entendidas como ejercicios de dominación y poder (y no en términos de placer y erotismo), se configuran como prácticas socialmente aceptables de relación entre hombres heterosexuales. Sin embargo, por otra parte, las llevadas permiten una aproximación y tocamiento legítimo al cuerpo del otro masculino. En este sentido, algunos hombres podrían estar obteniendo cierto placer sexual en esta práctica, con el beneficio de no ser tachados como homosexuales, pues son consideradas formas aceptables de relación entre hombres heterosexuales. Desde la perspectiva de Ramírez (2014), las llevadas podrían ser una forma encubierta de expresividad que arguye los caminos que los hombres encuentran para lograr expresar de formas socialmente aceptables sus afectos, llevando a cabo actos de agresión, dominación y rudeza que implícitamente esconden cariño, afecto, erotismo o atracción sexual:

Muchos lo hacen por jugar, muchos lo hacen por... yo creo que... por placer. Yo creo que hay algunos que sí les gusta. Luego se agarran, pero un poquito ya más feo, se meten el dedo en el ano... se ve bien asqueroso, ¿no?... ¿para qué te digo?... se andan agarrando las nalgas, besando el cuello, pero *supuestamente* de juego. Y se les ve que cuando hacen eso se les ve la cara medio loca, pervertida, los dos lo disfrutan, se ven muy contentos, así como: “Ya me agarraste tú, ahora voy yo”.

Por otro lado, ciertos hombres pueden vivirlas como agresiones y sentirse “raros”, considerando las llevadas como algo “desagradable”. En ocasiones, esta práctica ha llevado a varios hombres a pelearse a golpes. Aquí en el embarcadero hay una regla entre hombres: “El que se lleva, se aguanta”. Esto implica que quien pone en práctica las llevadas, terminará inevitablemente siendo víctima de una. En este aspecto, Filiberto reflexiona:

Es raro, porque yo creo que hay algunos que sí les gusta y hay otros que se enojan y hasta se van a los golpes. Hay de todo en la villa del señor, tienes que decidir qué te gusta y qué no te gusta. ¿En qué momento pasas a ser la víctima o el victimario? Yo creo que los trastornos

vienen desde la niñez, cada comportamiento es distinto, por ejemplo, yo no me llevo así, no lo hago o me quito, si no te gusta que te lo hagan pues no lo hagas, porque aquí, si te llevas te aguantas.

Mientras, los recursos que tienen los varones a los que no les gustan las llevadas, van desde golpear a quien se ha atrevido a mancillarlos, hasta no practicarlas. Algunos sencillamente se voltean para evitar verlas, se alejan de las personas que las practican o simulan que no existen. Este es el caso de Emanuel quien refiere: “A mí nunca me ha gustado, es que aquí sí se pasan. Yo sí he visto que unos de veras sí se pasan y yo mejor me volteo”.

#### **2.4 Homofobia, fragilidad no asumida y sensibilidad inhibida**

Si bien, en este espacio existe cierto respeto hacia los y las turistas homosexuales debido al beneficio económico que proveen sus visitas, en el caso de pobladores o remeros, éstos son fuertemente agredidos e insultados por los mismos compañeros. Guillermo ha presenciado estas agresiones. Relata: “Sí, he visto a compañeros que se pasan y les dicen: “¿Qué puto?”, o sea ¿qué ganas con insultar? Si es una persona homosexual no le quita nada”. Él se muestra bastante tolerante, de hecho, señala que tiene amigos homosexuales con los cuales mantiene relaciones agradables. Respecto a las razones que tienen los remeros para tratar de manera despectiva a estos sujetos, Guillermo señala: “Es homofobia, es miedo a los *gays* más que nada”. Para Kimmel (1997) la homofobia puede ser entendida como el miedo a ser percibido como homosexual. Por lo tanto, la cercanía física hacia sujetos que son identificados como homosexuales puede hacer que la hombría del sujeto en cuestión pueda ser debatida por el grupo de pares. El caso de Josué es sumamente aclarador:

Un día antes hubo marcha gay y vino mucha gente y luego los que aquí trabajamos dicen: "Pues báilale" y ahí estamos bailando con ellos y todo. Y luego llegas aquí y dicen, como hablamos aquí, que somos casi puros hombres y hablamos majaderamente, y te dicen: "¡Te los chingaste!" y te empiezan a hacer burla y te llaman *gay*. Bueno eso te lo digo, así como de la forma más educada. Y pues aquí hay... compañeros remeros que sí son *gays* y sí son como que muy acosados y muy discriminados, como aquí son puros hombres, así como que: “Niñita” o “maricón”, en cierta forma hay personas que hasta se han ido de aquí por lo mismo que no aguantan el bullying.

Figuroa (2013) señala que una de las características aprendidas en diferentes modelos de socialización es la homofobia, como un filtro de relación entre los sujetos masculinos que genera un distanciamiento físico y emocional entre ellos. En este espacio, la homosexualidad se vincula con la fragilidad física y la vulnerabilidad emocional. “Aquí aprendes a esconder tus debilidades”, me dice Filiberto. El miedo a ser percibidos como

“jotos” hace que algunos remeros eviten hablar de su vida íntima, entendida la intimidad como aquellos episodios de la vida que denotan debilidad física y/o fragilidad emocional. Aquellos varones que se atreven a hacerlo sufren la burla y sus secretos son ventilados entre los remeros:

Como son puros hombres nunca te hablan de... (¿De qué?) De cosas más íntimas como: “Mi papá me pegaba”. Yo siento que... por pena, porque si hablas algo que es íntimo, algunas personas te empiezan a ver más como niña, que es joto y así y en vez de que... no sé... te entiendan, pues mejor les dicen a otras personas y se burlan y así, yo siento que es por eso. Y pues yo más o menos me voy dando cuenta de que uno se embriaga y se pone a contar sus cosas y al otro día ya le están haciendo burla: “Es que yo la amaba (repetiendo burlesco)” lo que el remero dijo cuando estaba borracho”.

Respecto a esto, Ramírez (2014) señala que puede existir una especie de permiso social que habilita a expresar emociones de miedo, cariño o tristeza con otros hombres siempre y cuando se encuentren bajo los efectos del alcohol y las drogas y no se les pueda acusar de ser plenamente responsable de sus hechos o palabras. Es así como muchos varones pueden abrazar, llorar y desahogarse sin que se sientan rechazados, acusados de débiles o de afeminados. Es tal vez por esto que Guillermo se da cuenta que “uno se embriaga y se pone a contar sus cosas”. Asimismo, Ramírez (2014) señala que, para cierto grupo de hombres, las expresiones físicas suelen ser las más conflictivas o amenazantes. El siguiente relato de Josué es particularmente aclarador respecto a esto: “Una vez llevé a un grupo de *gays* y ahí sí me incomodé porque el chavo se me acercaba mucho y me abrazaba. Me decía que soy muy chido y que tomara. No es homofobia, pero sí te sientes incómodo, porque no es lo mismo que un hombre llegue y te abrace así. Sí, te quedas, así como de ¡cálmate!”.

Las expresiones afectivas y los acercamientos físicos entre hombres no son aprobados en este espacio e incluso son más sancionados si se acepta el acercamiento físico de un varón que es reconocido como homosexual. Respecto a esto, Ramírez (2014) señala que los varones tienden a utilizar otras maneras más cómodas y menos sancionables de demostrarse afecto, por ejemplo, a través de golpes, manotazos o abrazos rudos. Haciendo un símil con lo antes mencionado, es tal vez por esta razón que a algunos varones les resulta complicado sensibilizarse, “entender” o “apoyar” a los compañeros que se encuentran en situaciones de vulnerabilidad, por lo que una manera más cómoda y menos amenazante para su hombría es enfrentarlas a través de la risa y la burla. La falta de empatía que los remeros demuestran ante los relatos dolorosos de sus compañeros es el efecto de la masculinidad dominante que niega

para los hombres rutas y experiencias fuera de esta órbita. Lonngi (2017) considera que esto influye para que a un varón se le dificulte reconocer cómo otras personas elaboran y viven sus experiencias, sus temores y sufrimientos de manera diferente a la propia. Experiencias que son, muchas veces, irreconocibles para él. Esto se resuelve haciendo uso de un recurso social legitimado por la normativa dominante: devaluar y ridiculizar aquello en lo que no se está implicado y que no se logra comprender.

### **2.5 Sexo y dinero. La relación con las turistas y las mujeres de la comunidad**

Al ser éste un lugar turístico, la afluencia de visitantes es constante. En este espacio es común que tanto los turistas como los remeros consuman drogas y se emborrachen. Es por esto por lo que muchos, en forma burlesca, han dejado de llamar a este espacio el embarcadero para bautizarlo como “el embriagadero”. Ya entrada la tarde y tras varias copas, los turistas, hombres y mujeres, suelen hacerles proposiciones sexuales a los remeros a cambio de dinero, que van desde tocamientos hasta invitarlos a hoteles, como ejemplifica Armando: “Una vez un hombre guapo, bien vestido me invitó a salir, me dijo que fuéramos a un hotel, que me compraría cosas y me daría 500 pesos”.

Algunas veces ellos aceptan, sea por gusto, o a cambio de dinero, ropa o zapatos, como si fuera una especie de trabajo sexual, aunque ellos no lo consideran así. Mientras que estos jóvenes refieren aceptar tales propuestas cuando es una mujer la que la realiza, en el caso de los hombres se niegan rotundamente. Sin embargo, han logrado atisbar cómo otros remeros acceden a estas proposiciones, y cuando se les interroga acerca de las razones por las cuales consienten, refieren una mezcla entre el deseo homoerótico y el contexto de pobreza:

Andaba un grupo de homosexuales de aquí para allá regalando dinero para que les dieran placer y este tipo andaba ahí y se apuntó, aquí debajo de las canoas y todos lo vimos, pues se siente macho, tiene a su familia, a sus hijos y esposa y se siente todo un varón (¿por qué crees que lo hizo?) El dinero ¿no?, la necesidad más que nada, aunque yo siento que en verdad lo quiso, porque yo ni por mil pesos lo haría.

“En las noches aquí se agarran como motel, para tener sexo desenfrenado y uno se da cuenta porque se mueve la canoa”, refiere Ramón. Muchos turistas, clientes asiduos, remeros y pobladores del lugar vienen exclusivamente a tener relaciones sexuales al embarcadero. Para los turistas existe un servicio, proporcionado por los mismos dueños, denominado “la privada” que incluye velas, pétalos de rosa en las mesas y cortinas alrededor

de las canoas para asegurar la privacidad de los clientes: “Hoy es viernes, llegan chicos más noche, piden la privada (¿qué es la privada?) entre ellos, quieren que pongamos cortinas totalmente cerrada y que el remero no se asome para nada, se ponen cortinas en estos lados. Como motel-trajinera, también se pueden colocar pétalos de rosas, depende de cómo lo pida el cliente.” Los remeros, entre risas picarescas, suelen espiar a los turistas y a los remeros cuando tienen relaciones sexuales, “es como mirar una película porno en 3D” me dice riendo Ramón, “En la noche estamos allá arriba (en el recorrido) o estamos acá (en donde las canoas se estacionan) y se ve cómo se mueve la canoa y ya bajamos a ver”, señala. Mientras que algunos remeros espían a los turistas y a otros remeros, a veces son los mismos clientes quienes los invitan a verlos. Este es el caso de José, quien en una ocasión un cliente, en forma de propina, le permitió admirar a sus dos acompañantes:

También esa vez me llevé a un señor que traía dos chicas muy buenas, con excelente cuerpo, las desnudó y nada más se puso a bailar, no las tocó ni las besó, nada, nada. Recorrimos la mesa, una bailando de un lado y otra del otro, y él me dijo: “Tu propina nada más va a ser ver”. Y sí, me senté a ver; pero ellas viendo al señor y el señor sólo las veía como se tocaban. Estuvieron como media hora bailando y ya después les dijo que se vistieran para irse. ¡Y sin tocarlas! y me quedé, así como: “¡Qué pendejo yo me las hubiera cogido a las dos!”, la verdad. Llegando le pedí propina y me dijo que no porque mi propina fue haberlas visto y se salió el ruco con las dos chicas.

Asimismo, las mujeres adolescentes que estudian en las secundarias y preparatorias cercanas al embarcadero vienen a flirtear con los remeros, con el objetivo de iniciarse sexualmente con alguno de ellos. Las mujeres que se acercan con estos fines (e incluso las que no) son identificadas y rápidamente abordadas por los remeros quienes se disputan, como presea, su virginidad. “Yo fui el primero que me la comí”, me dice con actitud triunfante Filiberto. Estas experiencias permiten que se aumente el respeto, la admiración e incluso la envidia de los compañeros remeros. Y a su vez, causa el enojo de otros, quienes no fueron elegidos por ellas, o quienes parecían que lo estaban siendo hasta que otro les robó el triunfo.

Cuando se tiene dinero se paga un hotel, pero cuando no, esas relaciones sexuales se dan aquí mismo, en el embarcadero, puede ser en las trajineras, debajo de los árboles o entre los matorrales, “si te quedas hasta la noche puedes ver como las trajineras se mueven de un lado a otro, así es como sabemos que alguien está ahí teniendo relaciones”, me cuenta Jorge. Cuando sucede así los demás remeros espían entre risas, esto tiene sus beneficios pues los

demás quedan como testigos y uno puede presumir abiertamente de esto con la seguridad de que los demás lo confirmarán.

## **2.6 ¿A qué relatos están expuestos los remeros?: zoofilia, pedofilia y violencia sexual**

Los hombres que trabajan en los embarcaderos escuchan y comparten sus propios relatos sexuales, muchas veces esas anécdotas demuestran una diversidad de prácticas sexuales que denotan un grado profundo de tortura y violencia sexual. Por ejemplo, Jorge comenta que uno de los remeros adultos abusó y violó a su nieto, si bien esto no fue expresado abiertamente por él, refiere que tiene una denuncia interpuesta por su propia hija y toda la comunidad conoce este hecho. Otro de los remeros señala que uno de sus compañeros mantiene relaciones sexuales con su perro. Los remeros se han dado cuenta de esto porque durante las noches el perro llora, y porque han notado que tiene expandido el ano y presenta dolor al defecar. Según Ramón, el hombre considera a su perro su pareja y no permite que nadie se le acerque ni que su perro se aleje de él:

No sé si viste al chavo que estaba aquí sacando el agua, uno calvito, que traía a su perro que dices que se parece a tu perro, pues ese chavo penetra a su perro. Sí, es macho, lo han visto, yo no lo he visto pero sí lo han visto, el perro se llama borrego, es un indigente, pero tener relaciones con el perro, dijéramos es una hembra no hay pedo, pero es un perrito. El perrito sí se nota su ano cuando hace popo, pobrecito, luego el perro se le quiere ir, entonces lo sigue y lo carga y se lo trae a huevo.

Asimismo, los entrevistados refirieron que otro remero gusta de oler papeles higiénicos usados:

En la noche cierran los baños y bajan a orinar las chicas, y tuve un compañero que iba y agarra el papel y lo olía, ¡por Dios, nos daba un asco!, ya era grande, bien cochino, al final nos quedamos a tomar unas chelas, platicamos entre compañeros y sí bajaba a oler los orines. Y otro compañero más gusta de tocarle los senos y los glúteos a las turistas cuando éstas están borrachas. De alguna manera los remeros se encuentran acostumbrados a este tipo de relatos sexuales y los consideran, sino normales al menos cotidianos, lo que puede redundar en la aceptación de la violencia que sus compañeros ejercen contra otros (o al menos produce indiferencia) y en la reproducción de éstas. También refieren que muchos remeros tienen un pasado criminal, algunos han estado en la cárcel por robo, asesinato o violación.



## 2.7 Síntesis

En este capítulo se dio cuenta del contexto sexual, laboral y familiar en el que estos varones se encuentran inmersos, con el objetivo de comprender cómo ese contexto influye en sus experiencias sexuales. En primer lugar, se señaló que los remeros habían experimentado la violencia de sus padres, con los cuales, en ocasiones, mantenían relaciones de odio y hostilidad. Por otra parte, también señalaron haber atestiguado la violencia que sus compañeros ejercían contra sus esposas, golpeándolas y negándose a proveer a sus hijos y a ellas de alimentos, pues solían gastar su sueldo en alcohol y drogas.

También se señaló que ellos se insertaron en la remería desde muy jóvenes con el objetivo de apoyar al ingreso familiar, y consideraban a este espacio como un lugar adulto que los hizo madurar tempranamente, pues desde pequeños estuvieron expuestos al consumo de alcohol y drogas, a la relación agresiva entre remeros y a la relación erótica con las y los clientes (con los que en ocasiones se intercambia sexo por dinero). En lo que respecta a la relación de agresividad entre remeros, los jóvenes entrevistados señalaron que el vínculo que se establecía entre varones en este espacio era de violencia y dominación, que se veía reflejado, por ejemplo, en las llevadas, las cuales tienen por objetivo la simulación de una penetración que busca feminizar al otro, y que se convierten en un ejercicio de dominación configurado como una práctica aceptable socialmente de relación entre hombres heterosexuales.

Así, para algunos remeros, la agresividad de muchos varones y su insistencia en dominar a otros es el efecto de una infancia dolorosa, en la que la violencia familiar fue una constante. Aunque algunos varones provienen de familias en las que las relaciones entre hombres se conciben de otra manera, terminan acostumbrándose a que éstas en el embarcadero se determinan a través de la dominación y la violencia. Asimismo, también se señaló que los varones se encuentran expuestos a los relatos sobre las prácticas sexuales de sus compañeros, en los que se destacó la zoofilia, la pedofilia y la violencia sexual, entre otras, y a la exhibición de éstas, pues los remeros y turistas suelen tener relaciones sexuales en las canoas (en el caso de los turistas en el motel-trajinera), o entre los matorrales.

### **Capítulo 3: “Sentí como si mi ego hubiera crecido. Quería salir corriendo y platicarles a todos mis amigos: “¡Yo ya cogí!”, te sientes más grande que los demás”. La iniciación sexual**

En este capítulo se analizan los relatos, prácticas y expresiones relativos a la primera relación sexual coital. Es cierto que en la vida de estos sujetos el placer sexual no se inicia necesariamente con este primer coito, sino que comienza tiempo antes con el autoerotismo. Durante la adolescencia, es común ver películas o revistas eróticas en presencia de amigos y compañeros de la escuela, a la par que esto se acompaña con el onanismo, práctica realizada en solitario pero que después es socializada en el grupo de amigos.

Sin embargo, los jóvenes le otorgan mayor importancia a la primera relación coital, pues la consideran una especie de rito de pasaje a la edad adulta y un abandono de la niñez. Además, al joven principiante le permite reafirmar su identidad masculina, pues según señalan les hace sentir “más hombres”, a su vez que les admite en el círculo de las pláticas entre los hombres adultos. Según refieren, en estas pláticas el principal tema de conversación son las experiencias sexuales de los presentes, por lo que en este sentido dota a los jóvenes de un tema de conversación que es su propia experiencia sexual.

Por otra parte, se señala que la principal motivación para iniciarse sexualmente fue “la curiosidad”, nutrida principalmente por las conversaciones entre compañeros. En este caso, la pareja sexual suele ser cualquier mujer que esté a la *disposición*, es decir, cualquier mujer que no se resista a tener relaciones sexuales (esto puede implicar que la mujer explicita su deseo de mantener relaciones sexuales o que no se oponga a tenerlas, aunque no se sepa a ciencia cierta si lo desea).

Contrario a los hombres mayores, que según refieren los jóvenes, solían iniciarse sexualmente, primeramente, con gallinas (como una especie de masturbación) y posteriormente con trabajadoras sexuales obligados por algún familiar varón<sup>28</sup>, en el caso de los más jóvenes lo hacen con novias, amigas, vecinas o compañeras de la escuela, y la práctica sexual es consensuada por ambas partes. Si bien ninguno de los varones refirió haber

---

<sup>28</sup> Vale la pena señalar que no fueron entrevistados remeros adultos. Sin embargo, en el relato de los entrevistados, éstos hacen constantes contrastes respecto a la manera de vivir la sexualidad de los jóvenes y la de los adultos.

sido obligado por algún amigo o familiar a iniciarse sexualmente, (como refieren es una tendencia en sus antecesores), sí señalan sentir cierta presión producto de las pláticas con otros compañeros, quienes refieren constantemente y demuestran en sus conversaciones que en la vida de los hombres las experiencias sexuales son trascendentales. Esta creencia contrasta muchas veces con sus propias experiencias, y principalmente con el primer coito, pues refieren sentir una especie de frustración, decepción o desilusión al percatarse que el placer que sienten en una relación sexual es similar al onanismo.

El placer sexual también se ve mermado cuando enfrentan la eyaculación precoz, la disfunción eréctil o consideran que su pene no es lo suficientemente grande para satisfacer a una mujer. Todas estas problemáticas las enfrentan en solitario, no acuden con ningún especialista de la salud ni con ningún compañero por temor a ser juzgados, y utilizan elementos tales como publicar de manera anónima sus preguntas en foros de internet o poner especial atención cuando se trata estos temas de manera impersonal en la escuela.

Por otra parte, también en este capítulo se tratarán las creencias que giran en torno a la virginidad de las mujeres en la primera relación sexual. En el caso de los varones que se inician sexualmente con sus novias, algunos entrevistados señalaron que los hombres: “Creen en los cuentos de hadas” y sueñan que sus novias compartan la virginidad y la pierdan conjuntamente, entendiendo esto como una forma máxima de demostración de amor y afecto. Sin embargo, en el caso de los varones que se inician con vecinas o amigas, la virginidad es irrelevante. En ambos casos se vislumbran cambios importantes en la manera en que se negocian las relaciones sexuales, pues según describen, parecen ser acuerdos igualitarios entre las dos partes.

### **3.1 El autoerotismo**

La masturbación fue señalada como la primera forma de obtención de placer sexual en la vida de estos sujetos. Sitúan la primacía de esta práctica sexual en la adolescencia, aunque después, posterior a la primera relación sexual y durante la edad adulta, ésta será sustituida por el sexo ocasional y pocas veces utilizada como herramienta de desfogue sexual. Se considera que, anterior a la primera relación sexual, es una práctica normal, pero si se mantiene en la vida del sujeto posterior a la adolescencia, podría ser síntoma de inmadurez o perturbación mental. Por ejemplo, en el caso de Guillermo, señala haber practicado la

masturbación durante su adolescencia. Aunque ahora no la realiza más pues ya no la considera placentera, cuando tenía 12 años era algo “sumamente satisfactorio”.

Por otra parte, Ricardo considera que cualquier adolescente varón realiza esta práctica tres o cuatro veces al día porque es “algo que tu cuerpo necesita”. Según él, en la adolescencia “los instintos sexuales se despiertan” y el cuerpo te exige que lo realices: “El cuerpo te lo pide”, por eso considera la masturbación como algo “fisiológico”. Según Fuller (2001), estas creencias entrarían en el discurso naturalista<sup>29</sup> de la masturbación que la considera como una necesidad corporal y encuentra su lógica en las creencias que giran alrededor del cuerpo masculino. Se piensa que en el caso de los varones<sup>30</sup>, la acumulación de semen en los testículos conduce a una tensión en el cuerpo que hace necesario expulsarlo a través de la eyaculación utilizando como instrumento la masturbación. La masturbación es una forma de des-tensionar el cuerpo. Si no se practicara, éste podría enfermar o intoxicarse. Por lo tanto, se le considera un mecanismo de equilibrio y una forma de aliviar las tensiones sexuales nacientes en el adolescente.

### **3.2 La masturbación y el consumo de cine erótico como práctica social**

Aunado a esto, Filiberto refiere que “en la secundaria estaba de moda la masturbación, entonces hablábamos de nuestras masturbaciones”, además de esto señala que cuando era adolescente sus compañeros solían hablar de las películas eróticas que veían y de lo que éstas les producían, a la vez que se negaban a ver películas pornográficas pues les hacían sentir asco:

No, no veíamos porno. En ese tiempo el porno era muy asqueroso para nosotros. Te incitaba más el cine erótico, como la prohibición familiar era: "No lo veas" pues daba más curiosidad nuevamente. La curiosidad te incita más, tener más dudas, qué es o qué no es una relación sexual, y de repente ver ese tipo de películas que no eran porno que eran como clasificación D, estas películas eran las que te generaban mucho.

---

<sup>29</sup> Fuller (2001) considera tres tipos de discurso en torno a la masturbación: religioso, higiénico y natural. Mientras que el discurso natural considera la masturbación como una actividad necesaria para el cuerpo, en el higiénico la actividad autoerótica es asociada con la locura y el exceso, e infatúa la necesidad de control para preservar la salud mental. Por último, el discurso religioso sostiene la necesidad de control como una forma de superar la animalidad humana, y el autoerotismo es considerado una práctica que expone a los jóvenes a la degradación moral.

<sup>30</sup> Bajo este conjunto de creencias, todo cuerpo debe descargar sus fluidos acumulados. Sin embargo, los cuerpos de hombres y de mujeres lo hacen de manera diferente. Mientras el hombre lo realiza a través de la eyaculación, el cuerpo de las mujeres se descarga mediante la menstruación, por lo tanto, no necesita tener actividad sexual de desfogue (Fuller, 2001).

Durante la adolescencia se señala una división entre lo erótico que denota placer y lo pornográfico que produce asco. Mientras en los filmes eróticos la sexualidad es expresada de una manera oculta con el fin de explotar la curiosidad del espectador, la pornografía se muestra demasiado gráfica. En lo que refiere a lo erótico, la pregunta sobre qué es o qué no es una relación sexual sigue estando velada y la curiosidad que impulsa a descifrarla, aunada a las prohibiciones familiares, alimenta el placer que produce ver este tipo de películas. Según Fuller (2001), las prohibiciones familiares en lo que respecta al cine erótico y la pornografía categorizan este material como transgresor, opuesto al hogar y estrictamente masculino. Esto difunde una versión de la sexualidad que la define como afirmación viril e inversión del orden doméstico, es decir, como aquel tipo de sexualidad que no debe mezclarse con la sexualidad amorosa y conyugal. Existe un doble juego: a la vez que se transgrede el límite que padres y demás familiares establecen, no se desea del todo conocer qué es una relación sexual, o no al menos en los términos que la pornografía establece<sup>31</sup>.

Ambos, la masturbación y la visualización de películas eróticas, aunque se realicen en solitario, tienden a ser relatos que son compartidos con los compañeros, por lo que las dos se configuran como prácticas sociales y el placer que éstas producen es compartido con los compañeros varones, por lo que podemos hablar de un aprendizaje erógeno conjunto y una eroticidad compartida y dirigida hacia el grupo de varones. Para Fuller (2001) en la adolescencia se desarrolla un mundo alrededor del sexo que es estrictamente homosocial, pues el significado de las primeras sensaciones sexuales es transmitido por el grupo de pares. Ellos guían, con sus códigos e instrucciones, a los neófitos en la práctica autoerótica: “Las conversaciones entre varones permiten que los varones anclen a su propia vivencia a las representaciones sobre el sexo y el erotismo de su medio social” (Fuller, 2001: 8). No sabemos a ciencia cierta el objetivo de tales relatos, pero podemos sugerir que pueden tener como fin exponer la potencia sexual del sujeto, o tal vez, dar o recibir sugerencia sobre cómo

---

<sup>31</sup> Esto puede ser así porque la pornografía establece una relación mecánica entre los protagonistas, y según lo que algunos remeros esperan de sus relaciones coitales es que éstas estén guiadas por el placer y la interacción cariñosa. Según Filiberto, los varones “creen en cuentos de hadas” y esperan perder la virginidad con mujeres a las que amen.

maximizar el placer sexual. Sin embargo, sí podemos afirmar que tienen un papel importante como iniciadoras del placer sexual masculino.

En el caso de los filmes eróticos, el estudio de Jones (2008) refiere que es algo frecuente entre hombres de 12 a 14 años ver pornografía grupalmente, y que algunos adolescentes justifican esta práctica debido a que se configura como una forma fácil y sencilla de aprender aspectos de la sexualidad que no son relatados en la familia ni en la escuela. Por lo que otra de las hipótesis es que la visualización de películas eróticas tiene un objetivo pedagógico. En este sentido según Figari (2008) la pornografía cumple un papel educativo, sobre todo en varones adolescentes, modulando las prácticas eróticas de los distintos géneros, regulando el gusto y fijando determinados modelos eróticos. Por lo que para Figari (2008) los varones aprenden muchas prácticas sexuales viéndolas en las representaciones gráficas (como lo es el cine erótico y la pornografía principalmente) y construyen su sexualidad en gran parte a partir de lo que allí aprenden. Esto se demuestra cuando los remeros señalan que ven pornografía para aprender nuevas posturas sexuales o para comparar su miembro con el de las estrellas porno.

Así, los relatos entre pares acerca del placer que les produce tanto la visualización de películas eróticas como la masturbación que acompaña esta práctica, tienen por objetivo aprender aspectos prácticos de la sexualidad, a su vez que fijar ciertos modelos eróticos, anclando a sus vivencias los significados sobre el sexo y el erotismo de su medio social (un medio social encarnado en sus pares, que es estrictamente masculino y opuesto al hogar y a la sexualidad conyugal).

### **3.3 Los relatos sexuales de los pares y mayores como una forma de presión implícita y explícita**

En lo que respecta a la presión que algunos remeros refirieron vivir para iniciarse sexualmente podemos determinar tres tipos: en primer lugar, aquella que ejercen los relatos sexuales de los adultos<sup>32</sup>, en segundo, aquella presión producida por enterarse que los amigos y hermanos se han iniciado ya sexualmente, y, por último, aquella que el sujeto ejerce contra

---

<sup>32</sup> Es importante señalar que en esta población se considera adultos a los jóvenes que se han casado, cohabitado o ya son padres (esto implica que ya han iniciado su vida sexual) por lo que un adolescente de 13 años puede categorizar a un compañero de 15 años como adulto.

sí mismo. En la primera, el elemento fundamental es la curiosidad que producen tales relatos. Según Filiberto, los adultos nunca le dijeron nada de forma directa, pero él escuchaba las pláticas que tenían entre ellos: “Cuando los grandes platicaban: "Me llevé una vieja, la puse así, le di así, le di acá" va abriendo tu mente, te mete dudas y las dudas te generan curiosidad y la curiosidad te genera hacerlo, porque te da curiosidad lo que ellos te dijeron”.

En lo que respecta al segundo tipo de presión, el elemento relevante y que obtiene su explicación en la competencia masculina es el miedo a ser el último varón del grupo de pares que se inicia sexualmente. Cuando un hombre sabe que sus amigos se han iniciado sexualmente “él debe seguirles el paso”. Según Juan, cuando él le contó a su hermano mayor que había tenido relaciones sexuales, su hermano decidió iniciarse sexualmente también. “¿Cómo tú sí y yo no? ¿Cómo tú siendo menor ya lo hiciste?” es lo que imagina que su hermano pensó y esta competencia masculina lo impulsó a tener su primera relación coital. Del mismo modo, cuando Juan le relató a su mejor amigo su primera experiencia sexual, él considera que su relato influyó para que su amigo se iniciara sexualmente también<sup>33</sup>.

Esto es así porque Filiberto considera que hay una competencia intrínseca entre los varones, que los hace desear nunca ser los últimos o ser siempre los primeros en el ámbito sexual. Esto se demuestra cuando al relatarles a sus amigos que ya han tenido relaciones sexuales, éstos los felicitan y adquieren la admiración de sus compañeros y familiares varones. Por ejemplo, a Samuel su primo lo felicitó y a Emanuel le dijeron: “Eres cabrón”. En el caso de Samuel esta experiencia lo dotó de un sentimiento de superioridad frente a los demás varones. “Me sentí más hombre”, señala. Aunado a esto, se sentía satisfecho por haber comenzado una nueva etapa en su vida: la madurez. Del mismo modo, después de su primera relación sexual Filiberto sintió como si su “ego” hubiera crecido, según relata él: “Quería salir corriendo y platicarles a todos mis amigos: “Yo ya cogí”. Te sientes más grande que los demás”, lo que sugiere una relación entre la competencia masculina y la presión sexual que ésta ejerce<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> Un estudio (Murray et al, 1998) realizado entre estudiantes chilenos de entre 11 y 19 años señaló que el hecho de creer que los pares ya habían tenido relaciones era uno de los factores asociados a la iniciación sexual temprana en adolescentes.

<sup>34</sup> En el capítulo posterior se analizará más a detalle la competencia sexual a la que Filiberto hace referencia.

Finalmente, la última coacción se refiere a la que el varón ejerce contra sí mismo y está relacionada con la primera en lo que respecta a la curiosidad, y con la segunda en lo relacionado con la competencia sexual. Según Juan, nadie lo presionó a iniciarse sexualmente más que él mismo; nadie le dijo “va porque eres joto o puto”, pero cuando sus amigos le decían “yo ya”, se alimentaba dentro de él una profunda curiosidad. El desconocimiento acerca de cómo se realizaba una práctica sexual y el miedo que esto le producía hizo que él rechazara algunas oportunidades. Se decía a sí mismo “ya tienes que hacerlo, de este año no pasa”. Para él su primera relación sexual fue una meta lograda; había vencido su miedo y satisfecho su curiosidad. Por otra parte, en el caso de Filiberto lo atormentaba la idea “ya estás en edad”, como si a cierta edad los hombres debieran tener relaciones sexuales. Aunque en ese tiempo él tenía una novia, esta se negaba a tener relaciones sexuales con él. Se culpabilizaba a sí mismo diciéndose: “No has cogido, no te afloja las nalgas porque eres muy pendejo”. Igual que Juan, su primera relación sexual fue una meta lograda, pero en su caso fue la comprobación ante sí mismo de que “no era un pendejo” pues una mujer le “había dado las nalgas”.

### **3.4 La pareja sexual**

La mayoría de los remeros señaló que la curiosidad, las ganas y/o la presión por iniciarse sexualmente tuvieron por efecto que eligieran a su pareja sexual teniendo en cuenta la disponibilidad de las mujeres a mantener relaciones sexuales. Es decir, la vida sexual coital se inicia con cualquier mujer que “esté a la disposición”. Éstas generalmente son amigas, vecinas o compañeras de la secundaria. En el caso de Samuel, él se inició con una compañera de la escuela porque al presentarse tal oportunidad no pudo negarse; fue algo tan rápido que no lo pudo pensar a detalle, aunque considera que, si hubiese tenido la oportunidad con cualquier otra mujer, también hubiera aceptado. Juan también se inició con una mujer que estaba a la disposición. Aunque señala que esa chica le gustaba, reconoce que no tenía confianza con otras mujeres, lo que ocasionó que no tuviera otra elección.

Según Filiberto su primera relación sexual fue producto de dos elementos: la creencia de que a su edad tenía que iniciarse sexualmente y la disponibilidad de una amiga para tener relaciones sexuales con él. Aunque Filiberto tenía novia y le había insistido previamente para que se iniciaran conjuntamente, ella se rehusaba o como dice Filiberto “no aflojaba”. En esa



misma época, una amiga suya lo invitó a tomarse unas cervezas con él. Ya alcoholizados comenzaron a besarse y acariciarse y posteriormente terminaron teniendo relaciones sexuales. En ningún momento hablaron de “coger”, tampoco lo negociaron; pero el hecho de que la mujer no opusiera resistencia para que aquello sucediera demostraba su disponibilidad. Estar o no a disposición no implica desear de manera explícita tener relaciones sexuales, sino más bien no resistirse o negarse.

Por otra parte, aunque refieren que las trabajadoras sexuales también son mujeres disponibles, y que solían ser las parejas sexuales con las que se iniciaban sus antecesores, el miedo a las enfermedades de transmisión sexual (principalmente el VIH/Sida) a pesar de que se conozcan métodos de protección, ha tenido por efecto que cada vez sea menos los jóvenes que se inician sexualmente con esta población.

### **3.5 “¿Qué tal si se te descompensa el pene?”: Desesperación, decepción y miedo en las primeras experiencias sexuales coitales**

Dice Filiberto que desconoce cómo fue la primera relación coital de los demás hombres, debido a que la mayoría lo relata en términos de dominio y proeza sexual, pero que la suya fue decepcionante y desesperante. El hecho de que su amiga se encontrara en la disposición de mantener relaciones sexuales con él fue una oportunidad que no pudo desaprovechar. Esa relación sexual la define como algo fugaz, incómodo y difícil porque él no estaba preparado. Tenía miedo de que se le “descompensara” el pene, es decir, que no mantuviera la erección. Deseaba “sentir” un placer sexual extremo, pues eso era lo que le habían comentado los pares, pero eso contrastó con su propia vivencia, al percatarse que el placer sexual que esta experiencia le proveyó fue similar a una masturbación: “Lo único que querías era sentir y al final de cuentas lo que sientes es nada más eso, sientes como si te masturbaras”. El relato de Filiberto condensa los dos elementos principales que enfrentaron los remeros en su primera relación sexual: el miedo a no demostrar suficiente potencia sexual. Esto implica no mantener la erección o eyacular demasiado rápido, y la frustración respecto al poco placer sexual que esa interacción les proveyó, muy similar a lo que se siente en una masturbación.

Por otra parte, previo a la primera relación sexual los compañeros, amigos y hermanos suelen instruir a los jóvenes para iniciarse en el mundo coital. A Juan, cuando terminó la primaria su hermano le sugirió: “Ya vas a entrar a la secundaria, se va a poner chido, te pones

condón, tú no te espantes”. En el caso de Roberto, su primera relación sexual fue ocasionada por las indicaciones de su amigo:

Con ella no me llevaba muy bien, era muy peleonera, muy gandalla y yo no me llevaba muy bien; pero ese día yo me fui con mi amigo, y ella como vio que yo me fui ella fue también a la fiesta, estábamos tomando y en serio que no estaba en mis planes y mi amigo me dijo: “Toma” y vi y era un condón y me dijo: “Córrele métete a mi cuarto” y dije: “¿Para qué?” Y yo no sabía qué hacer con eso y tenía muchas dudas y la chava se quedó viendo y le dije: “Pues no sé cómo veas tú, ya ni modo” y pues entramos a su cuarto y así.

En el caso de Guillermo, aunque su novia le insistía en que quería que su “primera vez” fuese con él, aunado a que lo invitaba a su casa, con el sugerente mensaje de “no hay nadie”. El temor a “no saber qué hacer” y no poder demostrar potencia sexual hizo que utilizara algunas estrategias para evitar tener relaciones sexuales: “Luego no llegaba o llegaba tarde con tal de no verla, porque pensaba: ¿y si no puedo?”.

Las sugerencias de amigos y familiares, acompañadas también de los relatos entre adultos que colocan la coitalidad y el placer masculino de manera conjunta y que se consideran como uno de los pilares esenciales del ser hombre, tiene por efecto que los varones depositen muchas expectativas en el ámbito sexual, entre ellas la idea de que la penetración basta para sentir placer y que se considere al coito como algo trascendental y complejo (realizado únicamente por los hombres que tienen la pericia para hacerlo). Estas creencias contrastan con su primera relación sexual. Por ejemplo, en el caso de Roberto, posterior a ésta se preguntó: “¿A poco así se siente? Pensé que estaba más chido. Tanto lo pensé ¿y era esto? No es tan complicado”. A Ramón sus amigos le habían comentado previamente qué era lo que tenía que hacer: “Lámele las chichis y métele el dedo”, cuando se lo comentaron todo le pareció muy complejo, pero cuando se encontró en esa situación, lo único que hizo fue penetrarla. Estaba tan concentrado en no perder la erección, que no pudo sentir placer. Al final me comenta decepcionado: “Yo quería hacer todo y no hice nada”.

Sin embargo, la frustración respecto a su pobre desempeño sexual no merma el prestigio que sienten cuando les cuentan a sus amigos que ya no son vírgenes. Por ejemplo, a Samuel su primo lo felicitó y a Emanuel le dijeron: “Eres cabrón”. De hecho, señalan haberse sentido más hombres y superiores a sus compañeros. Esto es así porque en el ámbito de la sexualidad masculina el coito es visto, no como medio de obtención de placer, sino como un método de demostración de virilidad y hombría y esto se obtiene a través de la

penetración. En lo que respecta a la potencia sexual masculina, esta se demuestra a través de una erección total que se mantenga más de cuarenta minutos, un pene de grandes dimensiones, y, por último, puede ir acompañada o no del disfrute de la pareja sexual expresado en gemidos y gritos. El miedo a no demostrar potencia sexual se encuentra vinculado a la primacía de la penetración, ya que si no se logra mantener el pene erecto o se eyacula tempranamente no hay penetración, y por lo tanto no hay exhibición de la virilidad.

### **3.6 El ingreso al orden de la penetración**

Retomando algunas formas de categorizar la sexualidad masculina propuestas por Fuller (2001), propongo llamar a la etapa que inaugura la primera relación sexual como “el ingreso al orden de la penetración<sup>35</sup>”. El cuerpo de la mujer se construye como un objeto penetrable y la virilidad de un hombre se demuestra introduciendo el pene en la vagina de una mujer. Aunque en la edad adulta las concepciones sobre la sexualidad cambiarán, y se inaugurará un espacio para el placer y el disfrute tanto masculino como femenino, en la adolescencia y en la primera relación sexual se demuestra la virilidad con la penetración, sin que tenga un lugar relevante el placer propio o el de la pareja. Para Fuller (2001), el objetivo de iniciarse sexualmente es el de demostrar ante los amigos que se es capaz de penetrar a una mujer y por lo tanto se es viril, lo que lo hace adquirir el estatus masculino. Es un evento que está teatralizado para los compañeros hombres, y es por esto por lo que comúnmente este umbral se cruza a través de un evento público que corre a cargo de los amigos, o que cuando se realiza los jóvenes sienten la imperiosa necesidad de relatárselo a sus pares.

La primacía de la penetración en la sexualidad masculina hace que consideren a su pene como su órgano más valioso, “yo lo amo” me dice Filiberto. A su vez, esto hace que durante su adolescencia se cuestionen sobre el tamaño de su pene. Cuando Roberto era un adolescente y solía ver a escondidas pornografía en la casa de sus padres, veía el pene de los

---

<sup>35</sup> Aunque ella denomina este periodo como “el ingreso al orden heterosexual” porque en la población que estudió, los varones, previo a la edad adulta, tenían relaciones homoeróticas que después, posterior a la primera relación sexual heterosexual, quedaban relegadas y cargadas de sentimientos de asco y rechazo, con lo que se inaugura una etapa homofóbica que durará toda su vida (aunque de igual manera tendrán relaciones ocultas con otros varones, siempre y cuando sea en la posición activa). En el caso de la población que estudié, después de su inicio sexual, la penetración obtiene un papel importantísimo en la vida sexual de los remeros. Así, durante la edad adulta el sexo ocasional con amantes de planta, amigas o desconocidas es común, aunque muchas veces estas relaciones sexuales no se desean. Cuando se les pregunta las razones por las cuales las realizan señalan: “Una manía”, “una justificación absurda” o “un impulso inconsciente”.

actores porno y se preguntaba: “¿Y a mí cuándo me va a crecer<sup>36</sup>?”. Después señala que, en la secundaria, en una de sus clases, uno de sus profesores tocó el tema de la pornografía y le explicó a su grupo que los actores eran estrellas porno y que un pene normal era menor, lo que lo ayudó a disipar esas dudas. Ahora piensa que tiene un pene “normal”. Lo considera así porque ninguna de sus parejas sexuales se ha quejado del tamaño de su miembro:

Fíjate que los hombres tenemos ese complejo del tamaño, por ejemplo yo te puedo decir que sí me he acomplejado porque cuando veía las películas porno, decía: “¡Pinche madresísima!” y yo tenía 14 años y decía: “No pues este güey ¿cuándo va crecer de ese tamaño?” o sea vas creciendo con esa idea y cuando entras a la escuela te da el aliviane porque te empiezan a decir que esos güeyes son artistas y es cuando te dicen qué es lo normal. Yo de todas mis parejas sexuales y nunca nadie se ha quejado del tamaño, yo no lo considero grande ni lo considero pequeñito, yo creo que es normal, pero a final de cuenta les agrada, quieren repetir. Por otra parte, Ramón confiesa que cuando inició su vida sexual era “precoz”, me

cuenta que en ocasiones al apenas introducir su pene en el cuerpo de su compañera él eyaculaba:

Cuando era mi primera penetración, entré, lo saqué y terminé prácticamente en su ombligo y luego lo volvimos a meter y volví a terminar y ella me decía: “¿Qué tal si quedo embarazada porque terminas bien rápido?”. Sí me preocupaba, bueno a mí no me preocupaba porque pensaba: “Bueno, así me hizo Dios”; pero sí me daba pena cuando platicaba entre hombres y decían: “No pues yo me la cogí una hora” ni modo decir “yo tres minutos o 1 minuto y termino” pero bueno es parte de la anatomía de mi cuerpo, bueno al principio porque ya después eso fue cambiando. Piensas que como macho alfa tienes que coger media hora y sin eyacular, terminar y seguir otra media hora y luego entre pláticas de amigos dicen: “Me la aventé 15 o 20 minutos” y yo pensaba: “¿Por qué yo sólo 3 minutos?” obviamente no contaba, mentía y decía que me aventaba un palo de 20 minutos, pero ya después cambió ese aspecto de mi vida sexual.

En otra ocasión, una de sus parejas le cuestionó su desempeño sexual: “De tamaño estás bien, pero te hace falta moverte”. “¿Qué le costaba callarse, por qué tuvo que decírmelo?”, se pregunta aún enojado Ramón. El último caso lo resolvió viendo desesperadamente películas pornográficas, “me volví un adicto”, señala, intentando aprender nuevas posturas sexuales. En el primero lo hizo publicando su problema en foros de internet, le sugirieron que pensara en “otras cosas”, y así lo hizo, mientras tenía relaciones sexuales solía pensar en las noticias más macabras a las que se había expuesto ese día: “Murieron tantos muertos, etc.”, me dice simulando la voz de un reportero de televisión. No se lo contó

---

<sup>36</sup> La obsesión por el tamaño del pene (y la ansiedad que esto provoca) es denominada médicamente como “síndrome del vestuario”. A su vez, esto se acompaña de un temor exacerbado a mostrar el pene frente a otros varones o mujeres. Fue llamado así porque es en los vestuarios, baños, duchas, etc. donde los hombres se muestran desnudos, lo que permite la comparación del propio miembro con los otros.

a nadie en persona, y según relata no lo había externalizado antes. Como vemos, los conflictos que sus experiencias sexuales conllevan suelen vivirse en soledad, el miedo y la vergüenza son algunos de los efectos emocionales más comunes en estos casos, producto de no cumplir con la expectativa sexual masculina. Asimismo, el miedo a ser desenmascarado como poco viril (Kimmel, 1997) y a ser avergonzado o humillado delante de sus compañeros, hace que estos problemas no puedan ser resueltos abiertamente y dificulta el dialogo entre varones para mostrar lo distantes que están de esos requerimientos (Olavarría, 2000).

Del mismo modo, Roberto considera que la eyaculación temprana es algo común en los varones: “Un hombre eyacula más rápido y la mujer tarda más tiempo, entonces para un hombre eso es una desventaja”. Para aquellos varones preocupados por el placer de sus parejas sexuales, la eyaculación anterior al orgasmo de ellas es una tragedia. Para evitarla hay que “controlarlo”, “chambear más”, “esforzarse un poquito más”, “hacerlo mejor”, “mantenerlo”, “ir viendo”, utilizando como estrategia “medir los tiempos para no quedarte a medias”, “relajarse”, “pensar en otras cosas”, aunque esto merma el placer sexual de los varones: “Hay veces que estás pensando para tu pareja y a veces no disfrutas bien”.

### **3.7 “Si el pene pudiera hablar, le diría a su amo que está harto de asumir tantas responsabilidades”. Disfunciones sexuales y el modelo sexual masculino**

Según el sexólogo Villadangos (2003), el modelo sexual masculino hace que los hombres experimenten niveles de ansiedad importantes en sus relaciones sexuales, lo que provoca problemas en sus respuestas sexuales como anorgasmia, disfunción eréctil o eyaculación precoz. Este modelo considera al coito como la única y más placentera forma de expresión, a la penetración como una forma de demostrar virilidad masculina y al placer sexual de las mujeres como efecto de la pericia del hombre, del tamaño de su miembro y de su rendimiento sexual. Para este autor, los aprendizajes sexuales y la excesiva genitalización del cuerpo masculino son los principales causantes de estas problemáticas.

En lo que respecta al aprendizaje sexual, Villadangos (2003) señala que las experiencias de masturbación durante la adolescencia, y previo a la primera relación sexual, se suelen realizar a escondidas, con incomodidad y principalmente de forma rápida. Lo que hace que un hombre adulto eyacule precozmente durante el coito es la repetición, a lo largo de toda su vida, del patrón de la masturbación donde la rapidez es una ventaja. Del mismo

modo, las primeras relaciones sexuales suelen ser a escondidas, disimuladas, en un lugar intranquilo y muchas veces no adecuado para su práctica (parques, autos, fiestas, etc.), aunado a la desinformación y miedo que experimentan los adolescentes, lo que ocasiona nuevamente que estas se realicen de forma impaciente y vertiginosa para no ser sorprendidos. Así, el cuerpo se acostumbra a esta secuencia, y cuando el varón desea durar más tiempo durante el coito, el cuerpo repite esta pauta y ocasiona la eyaculación precoz.

Otra de las causas es la excesiva genitalización del cuerpo masculino, lo que implica la creencia de que las relaciones sexuales se desarrollan tras un fugaz preámbulo y que la excitación se centra en lo genital, en la penetración y en la consecución del orgasmo durante el mismo, lo que tiene por efecto que cualquier roce, abrazo o beso se traduzca en una excitación genital. Así, previo al coito, los órganos genitales acumulan tensión y cuando llega el momento de iniciar la relación sexual es difícil evitar la eyaculación. Según este autor, esto es así porque los varones no han desarrollado la capacidad erótica corporal y sólo enfocan su vida sexual en la zona genital, lo que la ha sobre estimulado. Villadangos (2003) refiere que este modelo de sexualidad genera ansiedad, obligación y una preocupación por el rendimiento, lo que se traduce en un descontrol sobre el proceso de excitación.

### **3.8 Síntesis**

En este capítulo se analizaron los relatos sobre la iniciación sexual de los jóvenes. Se señaló que el placer sexual se inicia durante la adolescencia con la masturbación y la visualización de filmes eróticos, las cuales se constituyen como prácticas sociales que implican un aprendizaje erótico conjunto y una eroticidad compartida y dirigida al grupo de varones, cumpliendo a la vez un papel educativo que fija determinados modelos eróticos. Respecto de las presiones que los remeros refirieron para iniciarse sexualmente se señalaron tres: las presiones implícitas que ejercen los relatos sexuales de los adultos, saber que hermanos y amigos ya se han iniciado sexualmente y la presión que ellos ejercen contra sí mismo. En estos relatos emerge la culpa y el reproche, pues consideraban que no se habían iniciado por su poco potencial de seducción, al mismo tiempo que emerge el miedo y la desesperación que les provoca pensar en ser el último varón que se inicia en su grupo de pares.

En sus relatos sobre sus primeras relaciones sexuales, también se atisbó que emerge la desesperación por no haber demostrado suficiente potencia sexual y la frustración por el

poco placer sexual que esa interacción les proveyó, muy similar a lo que se siente en una masturbación. Se señaló que los varones depositan muchas expectativas de placer en esa relación sexual debido a las sugerencias de amigos y familiares, que, acompañados de los relatos entre remeros, colocan la penetración y el placer masculino de manera conjunta y hacen que sean considerados como pilares necesarios del ser hombre. Sin embargo, tales relatos contrastaron con sus propias experiencias pues señalaron que el placer sentido fue similar a una masturbación. Pero esta frustración no merma el orgullo que sienten por ya no ser vírgenes, pues después de esa experiencia señalan “sentirse más hombres”. Esto es así porque en el ámbito de la sexualidad masculina el coito es visto, no como medio de obtención de placer, sino como un método de demostración de virilidad y hombría. Así, en la adolescencia y en la primera relación sexual se demuestra la virilidad con la penetración, sin que tenga un lugar relevante el placer propio o el de la pareja.

## **Capítulo 4: “Los hombres somos como animales, territoriales”. La competencia sexual**

La competencia se configura como una forma específica de relación entre varones que tiene como finalidad categorizar a los hombres en una escala de hombría, de honor y de valor. Este “masculímetro” es dictado en base a ciertos códigos y prácticas específicas que, al ser aceptadas y realizadas por los varones, les permiten obtener el derecho de ejercer dominación sobre los demás compañeros y evitarla sobre sí mismos. Además de adquirir reconocimiento y admiración, lo que concede un sentido de honor y virilidad. Al conseguirlo uno encarna así la norma y la escala con la que los demás se medirán. “Te mirarán y dirán: “Yo quiero ser como tú, necesito ser como tú””, es la promesa que se les da a cada hombre y fallar ante eso implica la pérdida de la hombría y la relación íntima con la feminidad. Quienes fallan son considerados unas *mariquitas* o unas *mariposas* y ante los demás hombres sólo inspiran asco, desprecio y lástima. Estos varones se convierten en los objetos de la burla y de la violencia que los demás varones ejercen y su masculinidad queda puesta en duda. En este sentido, uno de mis interlocutores señaló que un hombre debe ser posesivo, competitivo y territorial por naturaleza porque cuando un hombre es dominado por otro, sea una mujer o un varón, ya no es un hombre. Por lo que competitividad y hombría se mantienen como ideas relacionadas.

En este sentido, para Monteagudo y Treviño (2014) la sexualidad masculina es considerada competitiva, pues conlleva relatos de exageración de potencialidades y hazañas sexuales frente a los demás varones para obtener cierto lugar jerárquico, y esto, a su vez, conlleva algunas expresiones de descalificación hacia aquellos que no hayan transitado por ciertos rituales sexuales. Así, la sexualidad es uno de los ámbitos en donde esa competencia toma lugar, y las mujeres se convierten en los objetos preciosos que les permiten a los varones afirmar su identidad masculina y obtener un mayor estatus.

En este capítulo me doy a la tarea de analizar aquellos aspectos que se consideran esenciales en una mujer, fundamentales para proveer a los varones de ese valor simbólico y para crear, componer o restaurar un sentido de virilidad. Entre ellos destaco la castidad de la pareja, el deseo sexual que esas mujeres le inspiran a los pares, así como también la práctica sexual que se realiza, siempre y cuando esta práctica sea una actividad de dominación y posesión del deseo sexual y del cuerpo de la pareja femenina. Retomo la teoría de la economía



de los bienes simbólicos (Bourdieu, 2000) y la teoría homosocial de la masculinidad para sugerir una interpretación de la competencia sexual. Asimismo, resalto los costos subjetivos que tiene para los varones seguir estas normativas, pues hace de la sexualidad una vivencia violenta, dolorosa y traumatizante para ellos mismos y sus parejas. Pero al mismo tiempo, esto encuentra su contrapartida en aquellos varones que de manera implícita o explícita se niegan a seguir tales normativas.

#### **4.1 “¿Entonces debe ser con alguien que los demás acepten?”. La pareja sexual como aprobación homosocial**

Me encuentro en una trajinera acompañada de Filiberto, a quien le he realizado ya algunas entrevistas. Me dice que le gusta hablar conmigo porque me cuenta cosas que nunca había dicho. Me relata cómo inició su vida sexual y la importancia que le dio a la estética de su primera pareja. Sucedió en la secundaria, era una mujer hermosa, “la más bonita del salón”, relata aún ilusionado. Los demás compañeros intentaban seducirla; pero desconoce cuál fue su suerte que hizo que ella se fijara en él. Ya de novios, Filiberto intentó convencer a su novia para que tuvieran relaciones sexuales, pero ella se negó rotundamente. Así siguió su relación durante tres años, hasta que Filiberto se desesperó y decidió terminar con ella. Para él, era muy importante iniciarse con ella. A sus amigos les mintió, les dijo que desde que la conoció había tenido relaciones sexuales con ella. La obligatoriedad de la práctica sexual para identificarse como un hombre y la necesidad de compartir relatos sexuales entre sus pares llevó a Filiberto a una presión interna por iniciarse sexualmente. Al no conseguirlo por la negativa de su pareja, resolvió tal presión narrando experiencias ficticias que pensaba cumplían con lo esperado. “¿Por qué tanta importancia en que fuera con ella?”, le cuestiono. Ríe por un momento, y me dice textualmente:

Los hombres somos como animales, territoriales. Queremos llenar el ego. (¿Crees que obtenías cierto estatus porque varios querían con ella?) Sí, ya te dije. Mira, te puedes coger a cualquiera, a cualquier vieja fea, gorda, como lo quieras ver. Todo hombre lo puede hacer; pero el detalle aquí es el bullying que te van a hacer, por eso muchos hombres se frenan porque te pueden hacer bullying y decir: “Ah no mames, ¡te fuiste a coger a la gorda!” Y eso te genera represión. (¿Entonces tiene que ser con alguien que los demás acepten?) ¡Por supuesto! ¡Sí! Es el ego, ya te dije. El ego que todos los humanos tenemos.

El deseo por obtener reconocimiento y admiración de otros varones y el miedo a ser juzgado o molestado por los pares hace que ciertos varones elijan a sus parejas sexuales dependiendo de la estética o belleza de éstas. Esto no es nada nuevo, pero lo relevante que

surge en este relato es que la belleza de la mujer no es determinada por el varón que se relaciona con ella sino por los pares. Y son ellos quienes aceptan o juzgan las parejas sexuales de otros. Por lo que, en este sentido, la pareja no se elige en términos de los propios deseos, sino de los deseos sexuales que éstas les pueden inspirar a los otros compañeros. Este tipo de elecciones también conlleva un objetivo semiótico, es un mensaje para los demás, que, en términos simples, sería así: “Yo tengo algo que tú quieres y que no puedes tener porque soy mejor que tú”. Lo que Filiberto llama “ego”, no es más que el deseo de posicionarse por encima de otros para obtener sentido de virilidad y honorabilidad. Son los hombres quienes los otorgan, y la belleza de las mujeres es el vehículo o el medio para que esto suceda.

Según señalan varios remeros, se le concede mayor peso a los comentarios de los pares cuando se es adolescente, pues en esa edad quieres “demostrarle a todo el mundo que cogiste, quieres a anunciar a todos que eres un cogelón”. Sin embargo, esto cambia cuando se es adulto, pues según refiere Ramón: “Empiezas a pisar parejo”, esto es, mantienen relaciones con quien sea, aunque no necesariamente con quien se desea; pues como veremos en los capítulos siguientes, los mandatos sobre la obligatoriedad sexual se introyectan en la edad adulta a tal punto que se mantiene relaciones justamente con cualquier mujer que esté a la disposición, a veces muy a pesar de sus propios deseos. Asimismo, también señalan que ya en la edad adulta no se desea anunciar las prácticas sexuales, principalmente las extramatrimoniales, pues el temor a que los compañeros los acusen con sus esposas hace que eviten relatarlas. “Hay que vivir con la bandera de yo nunca lo haría”, señala Filiberto para dar cuenta de cómo él niega todo tipo de relaciones sexuales extramatrimoniales frente a sus compañeros. Así, durante la edad adulta la competencia sexual se enfrenta con el deseo de mantener una familia estable.

#### **4.2 El sexo anal y otras prácticas sexuales consideradas preponderantes para ser un hombre y su relación con la violencia sexual**

Como se ha señalado ya antes, las conversaciones entre remeros giran, principalmente, alrededor de sus prácticas sexuales. Aunque algunos de ellos ficticios, estos relatos se configuran como una forma sutil de presión sexual. Es como si se debiesen tener las mismas prácticas sexuales que los demás refieren. En este sentido, muchos entrevistados señalaron que los principales relatos y recomendaciones en estas pláticas son: mantener relaciones

sexuales anales, las felaciones, el cunnilingus, ciertas posiciones y, en ocasiones, hasta la asfixia: “Los compañeros generalmente te recomiendan cosas como de sexo anal, por ejemplo, no sé, posiciones raras. No falta el maldito loco que te pregunta que, si no la ahorcaste tantito, eso sería como asfixia, es algo complicado, hay que saber antes de matarla y no matarla, cosas raras que ellos te van platicando”.

El caso de la relación sexual anal o como ellos le llaman “darle por el culo”, obtiene su primacía al ser considerada la forma más clara de ejercer dominio y poder sobre una mujer, lo que hace de ésta una expresión de hombría y virilidad. Esto es así porque, según refieren algunos remeros, gran parte de las compañeras sexuales se niegan a realizar el sexo anal, por lo que si han logrado tenerlas es porque se ha impuesto la decisión del varón por encima de la de ellas. En este sentido, Saez & Carrascosa (2011) señala que existe un enorme desequilibrio en la percepción social de la sexualidad anal en lo que respecta a hombres y a mujeres: “Ser activo o pasivo se asocia históricamente a una relación de poder binaria: dominador-dominado, poderoso-sumiso, propietario-propiedad, sujeto-objeto, penetrador-penetrado, todo ello bajo el esquema subyacente de género: masculino-femenino, hombre-mujer (Saez & Carrascosa, 2011: 9)”. Mientras que el hecho de que un hombre sea penetrado analmente es considerado la mayor agresión posible a su virilidad pues queda rebajado a un sujeto femenino, en el caso de las mujeres, éstas son construidas socialmente como seres penetrables. Las mujeres deben ser así pasivas, humildes y dóciles y su cuerpo un espacio que debe esperar a ser penetrado. Sin embargo, en lo que respecta al sexo anal, los remeros encuentran reticencia de parte de sus esposas para practicarlo; y obligarlas a realizarlo es una forma de establecer su dominio y potencia sobre ellas y restaurar así la pasividad y docilidad de sus cuerpos.

Por otra parte, también los compañeros recomiendan el sexo anal por el placer que éste produce para los varones, supuestamente mayor que el sexo vaginal, pues al ser el orificio anal más pequeño la presión que éste produce en el pene es mayor. Cabe señalar que se explicita el placer que esta práctica le produce a los varones, más no se refiere si se considera el placer de las mujeres. Si bien, algunos refieren sentir asco tan sólo con pensar tenerlas, se niegan a explicitar esto frente al grupo de pares, por el temor de ser rechazados o

excluidos. Basta con reírse, asentir con la cabeza o quedarse callado. Sin embargo, ninguno de ellos cuestiona abiertamente esta práctica:

Los compañeros me han recomendado el sexo oral y anal, me dicen que es muy placentero, pero yo prefiero el sexo vaginal. (¿Cómo reaccionas cuando te dicen eso?) Cuando me dicen eso lo tomo a juego, me río, la verdad es que me parece asqueroso hacerle eso a las mujeres. (¿Alguna vez les has dicho a los compañeros que el sexo anal no te gusta?) No, nada más escucho y me río en el *despapaye*.

Esta normativa anal encuentra su contraparte con el rechazo de la pareja sexual ante estas prácticas, lo que dificulta llevarla a cabo y obtener el reconocimiento buscado. Por ejemplo, aunque Jorge desea realizarla porque le han dicho que se siente “chido”, no lo ha hecho porque su esposa se niega a hacerlo. No fue así con su hermano, quien obligó a su pareja, por no decir que la violó, para realizar sexo anal. Según refiere Jorge, su hermano la desgarró por dentro y tuvo que estar en el hospital. Este no fue el único caso sobre violencia sexual relatado en las entrevistas. Por ejemplo, se señaló anteriormente el caso de un remero que obligó a una mujer a realizarle sexo oral, el varón sufrió herpes bucal, culpó a la mujer por supuestamente haberle contagiado y la golpeó brutalmente, razón por la cual él está en el reclusorio. En ambos casos tenemos dos varones forzando a mujeres a mantener relaciones sexuales que no desean. El primer caso es principalmente aclarador, Jorge refiere que, anterior a esa situación, su hermano explicitó frente al grupo que su esposa se negaba a mantener este tipo de relaciones sexuales, a lo que sus compañeros respondieron: “No le tienes que preguntar, dale unas cuantas bofetadas y que se calle”, y lo cuestionaron retadoramente: “¿Qué? ¿No eres un hombre?”.

Mi hipótesis es que, si bien la violencia sexual no puede considerarse en términos de causa- efecto, en esta población específica es esencial conocer el contexto en el que estas prácticas suceden pues no sólo los demás remeros recomiendan ejercer violencia sexual, sino además la legitiman, por no decir la exigen, aunado a que en esta población se le otorga gran importancia a los comentarios, sugerencias y exigencias de los pares. En coincidencia con esto, Ramírez (2005) considera que es importante reconocer el contexto sociocultural en el que los hombres que están implicados en situaciones de violencia se encuentran, ese contexto condiciona el tipo y las maneras de violencia que cada hombre ejerce, así como su disposición

a reconocerlas y modificarlas<sup>37</sup>. Asimismo, cuando los varones relatan frente a ellos las torturas o vejaciones que ejercen contra sus esposas, ninguno de los varones cuestiona:

No falta el que dice: “- ¿Por qué no te quedaste a remar ayer en la noche?” “-No, es que mi vieja, mi esposa me estaba esperando y teníamos que hacer unas cosas” “- ¿Y por qué no le metiste un cachetadón y ya? Estás trabajando, no vas a hacer otra cosa, vas a ganar dinero”. Normalmente les damos el avión. O simplemente por el teléfono te dicen: “¡Cabrón! estás hable y hable, dile que te deje trabajar”. Incluso con ese tipo de cosas lo que haces es que te pones en manos libres y tratas de evitar que te vean. Aquí los chavos sí te cuentan: “Llegué y le puse unos chingadazos a mi vieja porque se me puso al tiro y llegué bien pedo”. Y yo pienso dentro de mí “no mames, cómo va a estar llegando pedo”. La verdad a mí me asquea escuchar eso, pero para evitar problemas nada más te ríes, les das el avión, no te queda de otra.

Según Bourdieu (2000), la presión de otros varones puede llevar a algunos hombres a ejercer ciertos tipos de violencia. Y este ejercicio se encuentra apoyado en el temor viril de ser excluido de “los hombres fuertes, de los llamados a veces duros, respecto a su propio sufrimiento y, sobre todo, frente al sufrimiento de los demás” (Bourdieu, 2000: 72). Y el silencio de los varones, según Kimmel (1997) encuentra su raíz en el temor al descrédito y a perder el respeto de los pares, lo que conduce a los hombres al silencio. Y esto permite creer a los demás varones que aprueban los actos de violencia y sometimiento que sus compañeros ejercen en detrimento de las mujeres. Nos encontramos frente a dos fenómenos específicos: la violencia sexual que ciertos varones ejercen y el silencio y la colusión de su auditorio. Distintos efectos, pero una misma causa: el miedo a perder la estima del grupo y a ser excluido por los pares.

Por otra parte, para Castro (2004) la violencia sexual es un mecanismo de exhibición o de restauración de la dominación masculina, y aunque no todos los hombres agreden violentamente a las mujeres, de alguna manera todos se benefician de la existencia de este problema, lo que a su vez alimenta la colusión, el silencio y la aprobación de los varones ante estos actos, garantizando así la perpetuación de conductas violentas. Este mecanismo de restauración de poder masculino es ejercido por algunos varones que ven peligrar su parcela de poder ante la independencia económica y autonomía sexual de las mujeres. La violencia sexual entonces se convierte en una forma burda, cruel y brutal de ejercer o de recuperar el

---

<sup>37</sup> Sin embargo, Zamudio (2014) matiza que, si bien el contexto es relevante en lo que respecta a la violencia que los hombres ejercen contra sus parejas, el medio no los empuja a todos en el mismo sentido. Mientras unos imponen una posición de superioridad a través de la violencia, otros se tornan compasivos y tolerantes y asumen una postura flexible ante los demás. Lo cual niega que exista un perfil determinado de hombres violentos.

dominio. Respecto al varón que Ramón refiere, él me cuenta textualmente: “Él le decía que quería un oral y la chava le decía: “No, espérate ¡no!”. A él le valió verga y se lo hizo a huevo. Entonces, dice él y las malas lenguas, que ella le pegó la enfermedad, le dio herpes y se llenó de granos, él fue a buscarla y le pegó, casi la mata, ahora está en el reclusorio”.

La enfermedad transmitida, producto de una relación forzada, es interpretada por este varón, y por ciertos remeros conocidos aquí como “las malas lenguas”, como una forma de resistencia o, más específicamente, de castigo. Un castigo que la mujer le induce al varón con alevosía, ventaja y de manera consciente por obligarla a mantener relaciones sexuales que no desea. Tomando como referencia la propuesta de Castro (2004), si el objetivo de la primera violencia sexual que él ejerce contra ella, cuando la obliga a mantener relaciones sexuales orales, es una forma de demostrar virilidad, está se ve mermada o cuestionada cuando la mujer “lo castiga” transmitiéndole el herpes bucal, por lo que recurre a la violencia física para restaurar ese sentido de virilidad perdido. En este aspecto, se le teme a la mujer pues se le concibe como un ser antagónico que detenta un poder exagerado para perjudicar y dañar<sup>38</sup>, para mermar este poder destructivo él debe controlar y castigar a la mujer valiéndose de cualquier método a su alcance.

#### **4.3 “Ni pedo, yo me la comí primero”: La virginidad y el cuerpo de las mujeres como objetos comprables y coleccionables**

Como ya se mencionó, las mujeres adolescentes, que estudian en las secundarias y preparatorias cercanas al embarcadero, suelen visitar asiduamente a los remeros para iniciarse sexualmente con ellos. Según refieren los entrevistados, ellas ofrecen su virginidad al mejor postor, este es el que “invierta” económicamente más en ellas: el que les invite más tragos, las lleve a un viaje en trajinera o a pasear. Ser el primer hombre que tiene relaciones sexuales con ellas los dota de cierto prestigio ante los demás compañeros. Y la búsqueda incesante de éste hace que “inviertan” constantemente en esta misión. La rutina es la misma:

---

<sup>38</sup> Cabe señalar que esta lógica se encuentra en la base del discurso misógino. Ibarra (2013) considera que el desconocimiento de muchos hombres sobre los procesos corporales de las mujeres tales como la menstruación, el coito, el parto, la desfloración e incluso la transmisión de enfermedades sexuales, genera un sentimiento de extrañeza y un miedo inconsciente y profundo hacia la figura femenina que se resuelve considerándolas seres abyectos, diferentes, inferiores y provocadores. Evitar contacto con el cuerpo femenino o controlarlo de manera exagerado es, según este autor, efecto del terror de encontrarse con lo diferente, lo “castrado” y de reencontrarse con “lo materno”.

salir con ellas, invitarlas a comer o beber y después ir al hotel y desflorarlas. La cantidad de dinero que se invierte en este cometido es proporcional a la belleza, la virginidad, la posibilidad de tener relaciones sexuales con ella y el trato que ella le proporcione al varón. Por ejemplo, mientras hacía trabajo de campo tuve oportunidad de escuchar una conversación en torno a esto: Mario tenía dudas respecto de adónde llevar a una chica que acaba de conocer y le pide consejos a un compañero. Éste le respondió textualmente: “Si se porta chido, la llevas a un Sanborns; y si no a las quesadillas de Doña María”. Lo que implica que la cantidad de dinero que se invierta en ella depende “del trato que ella le provea al varón” y la accesibilidad que demuestre.

Por otra parte, a Emanuel esta rutina le parece imposible debido al gasto económico que conlleva. Señala que prefiere darle ese dinero a su familia. Además, comenta que le parece absurdo invertir tanto dinero en alguien y no saber si “realmente es virgen”. Lo que demuestra la relación entre mantener relaciones sexuales con una mujer virgen y el prestigio que esta relación le provee al varón. Reconoce que ahora es muy difícil encontrar a una “virgen”, y esto ha hecho que la competencia sexual entre varones, que otorgaba prestigio al varón que desvirgara a una de ellas, se ha modificado. Ahora basta con ser el primero en el grupo de varones que ha tenido sexo con una mujer que los pares desean. Guillermo deja un mensaje explícito, que muestra que esta práctica está soportada por una “creencia machista”: “Yo soy hombre y puedo más que tú, yo ya tuve sexo con ella y tú no has podido”.

#### **4.4 Las mujeres como sujetos malvados y potencialmente peligrosos**

Desde la perspectiva de Emanuel, son las mujeres quienes se “mamonean”, lo que implica que son engreídas y arrogantes y tratan a los remeros con menosprecio. “Conmigo tú vas a dar las nalgas”, es lo que cree Filiberto que ellas piensan cuando lo tratan así, es como una manera de decirle que él también estará rogándole a ellas y peleando con otros varones por su virginidad. Es por esto por lo que él considera que son las mujeres las culpables de la competencia sexual entre los hombres, pues los invitan a rivalizar entre ellos cada vez que simulan estar interesadas en varios varones, lo que hace que los compañeros luchen entre ellos para ser los elegidos.

Mientras que en estos casos las mujeres emergen como sujetos sexuales activos y malvados (cabe señalar que esto sólo ocurre durante el cortejo, pues las mujeres vírgenes

emergen como sujetos pasivos durante el coito) que incitan a la competencia a los hombres. Supuestamente éstas reciben su “castigo” cuando los hombres, cansados de mantener relaciones sexuales con ellas, las descartan o las ignoran: “Las mujeres andan viendo quién se las coge primero, y ya después de que se las cogieron todos o se cansaron de cogérselas, son como muertos, nadie les hace caso. Eso generan las mujeres. Si una mujer se diera a respetar, se diera valor, lo que realmente vale se comportaría de otra manera, y los hombres las tratarían de manera diferente”. Se puede percibir que la autonomía sexual de las mujeres emerge, y los papeles tradicionales basados en la pasividad que ellas fungían durante el cortejo va cambiando. Sin embargo, las concepciones de los varones sobre la sexualidad femenina no cambian a la par, en sus patrones de pensamiento continúa considerándose relevante la virginidad y la pasividad sexual. El trato amable y el respeto que los hombres les proveen a las mujeres siguen vinculados a estas dos características, lo que demuestra que ante sus ojos las mujeres no son reconocidas totalmente como sujetos sexuales.

#### **4.5 Una marca perpetua**

Bourdieu (2000) considera que, en los hombres, la relación sexual es pensada en la lógica de la conquista, concebida como una forma de apropiación y dominación. Y en el caso de la desfloración, se considera que el hombre deja una marca permanente de posesión en una mujer, que ningún hombre puede borrar o impregnar nuevamente. Por ejemplo, en el caso de Emanuel, después de mantener una relación sexual con una chica, él nunca se comunicó con ella. Esto provocó la ira de la muchacha quien para vengarse de él comenzó a salir con uno de sus compañeros: “Ya después cuando se enojan ya las ves andando con ellos, ellos las andan paseando aquí en el embarcadero y tú dices: su pedo, yo me la comí primero”. Emanuel consideró que, al ser él la primera persona que había mantenido relaciones sexuales con la mujer, no afectaba o disminuía su virilidad: su marca había quedado establecida. Más bien afectaba la virilidad de su compañero, pues él había succionado ya el valor que esta mujer podría proveer, y quedaba esa marca imaginaria como prueba de ello. El cuerpo de las mujeres se convierte en un terreno en el que el primero que lo profane obtiene una marca perpetua que nunca se desvanecerá y es la prueba de su primacía frente a los demás varones que intentaron conquistar ese terreno, pero no lo lograron.



Entre mayor cantidad de encuentros sexuales se tienen con mujeres vírgenes, es mayor el estatus que se consigue y esto implica de alguna manera una cosificación de ellas, disminuidas como objetos de consumo y deshecho. Es así como emerge la virginidad y el cuerpo de las mujeres como objetos comprables y coleccionables. Algunos autores han llamado la atención sobre esto y señalan que las normativas imperantes de la masculinidad exigen a los varones ser parte activa de un proceso de cosificación sexual o reducción de las mujeres a objetos de deseo sexual masculino (Szasz: 1998 y Figueroa 2013). Tal vez la creencia de que las mujeres son personajes malvados que se benefician de su circulación entre los varones disfraza un reproche dirigido a éstas, que les reclama no ser lo suficientemente pasivas para succionar de ellas, sin mayor trámite y de manera sencilla, su valor.

#### **4.6 La vagina: un recipiente de semen**

Otro de los aspectos por los que se valora la virginidad de las mujeres es la creencia de que quienes son vírgenes están “limpias”, y no son capaces de contagiar ninguna enfermedad de transmisión sexual. En contraste, según refiere Filiberto, las mujeres consideradas “promiscuas” o sencillamente “no vírgenes” sólo crean dentro de sí mismas una “bacinica de mocos<sup>39</sup>”, y los que las penetran exponen sus penes al semen de otros varones. Esto puede estar disfrazando un temor a la homosexualidad, pues imaginariamente mantener relaciones con una mujer no virgen es una forma indirecta de tener relaciones homosexuales, pues el semen y otros fluidos corporales estarían en contacto con los de otro varón, como lo harían en una relación de este tipo. Asimismo, ninguno de los varones entrevistados señaló sentir temor por transmitirle alguna enfermedad venérea a mujeres “promiscuas” o a amantes.

Sin embargo, sí lo señalaron con respecto a sus esposas, pues consideran que éstas no deben “sufrir por algo que no buscaron”. Así que, según relatan, suelen usar condón en sus

---

<sup>39</sup> La creencia de que existe un recipiente dentro de las mujeres en el que se acumula el semen también es compartido por algunos grupos indígenas. Por ejemplo, en lo que respecta a la fecundación, según Ruz (1998), desde la época prehispánica tanto en pueblos mayas como nahuas, consideraban que la procreación era el resultado de la acumulación de semen de repetidas relaciones sexuales durante cierto tiempo. Los antiguos nahuas consideraban que hasta podía conjuntarse el semen de varios hombres, dando origen a “un niño de participación”. Por otro lado, cuando el semen acumulado era insuficiente para procrear, éste corría el riesgo de convertirse en gusanos.

relaciones extramaritales para asegurar la salud de sus esposas, más no la de ellos<sup>40</sup>. El temor a contraer alguna enfermedad durante sus prácticas sexuales extramatrimoniales fue una constante en sus discursos. De hecho, Arias & Rodríguez (1998) señalan que, en su estudio, la principal razón para el uso de preservativo por parte de los varones no era evitar un embarazo, pues éste se sigue considerando como una responsabilidad exclusiva de las mujeres, sino para evitar contraer una enfermedad. Sin embargo, se resalta que los jóvenes estudiados no se consideran focos de infección y se niegan a considerar que sus parejas sexuales tengan el mismo riesgo.

Las mujeres no vírgenes son consideradas potencialmente peligrosas para los varones y sus vaginas son caldos de cultivo dispuestas a transmitir enfermedades a cualquiera que decida penetrarlas. En otro relato, Juan fue el último de los varones de su grupo que tuvo relaciones sexuales con una mujer que ya había transitado sexualmente por sus compañeros. Respecto a este encuentro refiere sentir miedo y asco porque “ya había estado con todos ellos y yo le tengo miedo a las enfermedades”, por lo que emerge la imagen de la mujer promiscua como capaz de transmitir enfermedades e infligir daño a los varones.

Aunado a esto, mantener relaciones sexuales con una mujer virgen le permite al varón asegurarse que el único placer sexual que ella conozca sea el que él le provea, lo que implica que no podrá compararlo con ningún otro varón. Es decir, conlleva una especie de posesión y de restricción de la sexualidad femenina que le permite al varón certificar que su potencial sexual no será comparado ni mermado por otro. Del lado contrario, a Josué le persigue la idea de que su novia puede estar pensando en alguien más: “A veces estoy con mi novia, y le pregunto: “¿Con cuántos has estado?” No puedo parar de pensar si hubo alguien antes de mí, y si mientras *cogemos* ella piensa en otro. Cuando se lo pregunto ella se molesta, trata de tranquilizarme diciéndome que ahora está conmigo; pero a veces no puedo dejar de pensarlo”.

---

<sup>40</sup> Cabe señalar que esto contrasta con otros estudios sobre sexualidad masculina. Por ejemplo, el estudio de Arias & Rodríguez (1998) realizado con hombres mexicanos señaló que algunos varones mantenían relaciones sexuales sin condón cuando se les presentaba la “oportunidad” y no lo llevaban consigo. También señalaron que otras de las motivaciones para no utilizarlo fue la indiferencia de la pareja ante el uso del condón, o, por otra parte, cuando ellas se negaban a utilizarlo.

Respecto a esto, Gallo (2010) señala que la virginidad continúa teniendo un gran valor en la economía psíquica de los varones. Según él, una mujer que no haya copulado previamente con otro hombre se traduce para el elegido en la eliminación de un competidor inmediato en el plano sexual: “La certeza de ser el primero en satisfacer los deseos amorosos de la pareja, no sólo aporta un sentimiento de orgullo y seguridad, sino también le da al hombre la oportunidad de extender su monopolio monogámico hasta el pretérito de la mujer elegida. Ya no solamente tiene propiedad sobre su cuerpo, sino también sobre sus recuerdos” (Gallo, 2010: 1).

#### **4.7 “Si ya te serviste de ella, ¿por qué hablar mal de una persona?”. Proteger la identidad de las mujeres**

La primera frase corresponde a Ramón, y expresa la molestia que siente cuando ciertos compañeros remeros relatan sus prácticas sexuales y delatan la identidad de la compañera sexual. Según él, “si no es tu pareja, y ya tuviste algún contacto sexual es como servirte de algo, como si fuera un objeto”. En este sentido, y como se ha señalado anteriormente, las normativas dominantes de la masculinidad exigen a los hombres ser parte activa de un proceso de cosificación o reducción de las mujeres a objetos de uso y desecho, sobre todo en el caso de las mujeres que no son pensadas como futuras parejas emocionales. Esto es así porque se piensa que en el encuentro sexual los hombres succionan de ellas su valor y obtienen así una cierta dosis de virilidad. Es decir, las mujeres se convierten en un tipo de divisa que los hombres usan para mejorar su ubicación en la escala social de la masculinidad.

La misma molestia la comparte Juan, quien señala que “le encabrona que los hombres piensen mal de las mujeres” pues según él cuando sus compañeros tienen relaciones sexuales con mujeres que no son sus parejas las categorizan como “putas”. Esto a Juan le parece injusto pues “si ya pasó lo que pasó y te metiste con ella pues...” aunque no termina la frase, finaliza explicitando que él por respeto a las mujeres “siempre ha manejado la discreción”. Ante los pares relata el coito, más no proporciona detalles que puedan identificar a sus compañeras. Es decir, aunque Juan obtiene cierto prestigio por relatar sus prácticas sexuales, renuncia al reconocimiento que le proporcionaría relatar la identidad de la pareja sexual.

En este sentido, los encuentros sexuales con parejas ocasionales se considera una forma de abuso, de engaño o uso utilitario de las mujeres. Las mujeres aparecen en el coito

como sujetos pasivos a quienes se les daña su reputación y honorabilidad (que se puede interpretar como el primer “daño” que se le realiza a una mujer). El segundo perjuicio es relatar la cópula a los compañeros varones acompañada de la identidad de la pareja sexual, lo que implica exponerlas socialmente, llamarla “puta” y hacer público que su reputación ha sido manchada. Según Bourdieu (2000) al pensar el acto sexual como una relación de dominación, poseer sexualmente se traduce en dominar en el sentido de someter a su poder; pero también de engañar y de abusar; mientras que resistirse a la seducción es no dejarse timar. Bajo esta lógica, en las relaciones sexuales con parejas ocasionales los hombres abusan de las mujeres, mientras que ellas son víctimas de un timo, incluso con éstas son las que han buscado tener relaciones sexuales con ellos. El hecho de que algunos varones ponen especial énfasis en cuidar la identidad de sus parejas sexuales, mientras relatan frente a los pares sus prácticas sexuales, puede ser interpretado como una compensación, nutrida por la culpa que les produce dañar la reputación de las mujeres.

#### **4.8 La economía de los bienes simbólicos y la teoría homosocial de la masculinidad**

Para tratar de comprender la competencia sexual y algunos de sus efectos en las vivencias sexuales de los entrevistados retomo la teoría de los bienes simbólicos de Bourdieu (2000) y la teoría de la masculinidad como práctica homosocial de Kimmel (1997). Si bien, ambas teorías no se encuentran relacionadas de manera explícita por ninguno de los dos autores, y en el caso de Bourdieu está dirigida a comprender el intercambio de mujeres y el parentesco, retomo algunas de sus suposiciones para tejer ambas teorías de una manera tal que permita proponer una interpretación teórica de la competencia sexual en sus dos facetas: como la adquisición de un bien simbólico y como la búsqueda de la aprobación y el reconocimiento del auditorio de los hombres.

Bourdieu (2000) propone la teoría de la economía de los bienes simbólicos para criticar la teoría Lévi-Straussiana del intercambio de mujeres. Para Lévi-Strauss (1991), el intercambio de mujeres implica que éstas son consideradas bienes preciados, dones o regalos que son ofrendados a otros varones como esposas. Lo que conlleva una relación de parentesco entre el varón que regala y el que la recibe (por ejemplo, en el caso de un padre que regala a su hija a un varón, este hombre pasa a ser su yerno). El objetivo del intercambio de mujeres es el parentesco, por lo que el autor considera que el matrimonio no es una relación erótica

entre un hombre y una mujer, sino una relación de alianza entre dos hombres. Y las mujeres se convierten en la materia prima que permite una relación y comunicación entre ellos.

Por su parte, Bourdieu (2000) considera insuficiente esta teoría que, al concebir el intercambio de mujeres como una forma de comunicación entre hombres, no logra asir que esa misma circulación de mujeres es la expresión institucionalizada de la violencia, mediante la cual, las mujeres son negadas en cuanto sujetos de intercambio y de la alianza que se constituye a través de ellas, reduciéndolas al estatus de objetos simbólicos de la política masculina. Por su parte, propone concebir el tráfico de mujeres a la luz de la economía de los bienes simbólicos. Esta economía está orientada a la acumulación del capital simbólico (que en palabras banales podríamos llamar honor) y transforma a las mujeres, y a cualquier objeto capaz de adquirir una forma intercambiable, en dones. Los hombres se convierten en dueños de la reproducción y las mujeres en productos transformados de ese trabajo, ellas son convertidas en objetos de valor que invertidas en intercambios producen alianzas (capital social) y aliados prestigiosos (capital simbólico).

El beneficio simbólico que la alianza pueda procurar al varón depende del valor simbólico de la mujer disponible, basada principalmente en su reputación y su castidad. Es por esto por lo que los padres y hermanos mantienen un paranoico escrutinio de la vida sexual de sus parientes mujeres, con el fin de asegurar el beneficio simbólico que estas procurarán en el futuro. En el mercado matrimonial, y más exactamente en la construcción social de las relaciones de parentesco, las mujeres están condenadas a circular como un signo fiduciario y a sólo aparecer como objetos de intercambio, como símbolos cuyo sentido se constituye al margen de ellas y cuya función es producir, reproducir y aumentar el capital simbólico de ellos.

#### **4.9 Las mujeres en el embarcadero y la teoría homosocial de la masculinidad**

Cabe aclarar que la circulación o el tráfico de mujeres que Bourdieu y Lévi-Strauss explican se basan en el análisis de sociedades rurales premodernas y se refiere a las reglas del parentesco. El objetivo último del intercambio de mujeres es el matrimonio, y, por ende, el parentesco entre dos hombres. Sin embargo, he elegido esta teoría porque contribuye a pensar cuestiones muy específicas acerca de la relación entre hombres y mujeres en el ámbito sexual. Retomo tres cuestiones que ayudan a pensar la competencia sexual, estas son:

- Las mujeres, su belleza y virginidad, son la materia prima que, en el ámbito de la competencia sexual, permite la creación de jerarquía entre varones.
- Se reduce a las mujeres al estatus de objeto al servicio de la política masculina
- El valor de la virginidad se encuentra vinculado a un valor simbólico que los hombres pueden extraer de ellas.

El objetivo en el embarcadero es ser el primero de los pares (y a la vez, no ser el último) que tiene relaciones con una misma mujer. Las mujeres tienen relaciones sexuales, con los varones de un mismo grupo, y en cada relación sexual van perdiendo su valor. En el caso de los varones, ellos obtienen el valor neto si son los primeros, pero en la medida en que van continuando en la lista va siendo menor el valor que pueden extraer de ellas. Inspirada en la teoría de los bienes simbólicos de Bourdieu (2000), mi propuesta es que lo que se encuentra detrás de la competencia sexual es una economía de los bienes simbólicos que busca aumentar, a través del cuerpo y de la sexualidad de las mujeres, la virilidad de los varones. Esta economía transforma a las mujeres en objetos evaluables y produce ciertas características que las mujeres detentan como la belleza y la virginidad para ser transformadas, por los que se vinculan sexualmente con ellas, en monedas de intercambio que permiten adquirir una cierta dosis de virilidad<sup>41</sup>.

Mientras que la competencia sexual implica adquirir una cierta dosis de virilidad a través de la sexualidad de las mujeres, también es una búsqueda por el reconocimiento y la aceptación de los pares. Para Kimmel (1997) la masculinidad es una forma de validación homosocial ya que los hombres prueban su virilidad a los ojos de otros hombres, y son ellos quienes clasifican y conceden a otros su aceptación en el reino de la virilidad y las mujeres se convierten en un tipo de divisa para mejorar su ubicación en la escala social de la masculinidad. Kimmel (1997) hace referencia a esta búsqueda incesante de algunos por acumular aquellos símbolos culturales que denotan virilidad. También el autor señala que,

---

<sup>41</sup> Cabe señalar que, en esta población, la competencia sexual no es la única fuente de hombría. Aquellos entrevistados que consideran que ser un “verdadero hombre” implica ser un padre cariñoso y compasivo o un prolífico proveedor cuestionan la competencia sexual como fuente de hombría, aunque en la práctica se insertan ella, pues mantienen relaciones sexuales que no desean para mantener o mejorar su estatus en el grupo de pares.

desde adolescentes, los hombres aprenden que sus pares son una especie de policías de género y se sienten constantemente preocupados por ser desenmascarados como afeminados y poco viriles. Es tal vez por esto que la pareja sexual se elige acorde a los deseos de los compañeros, y no en relación con los propios. También es por esto por lo que las prácticas sexuales son realizadas en los términos que los compañeros prescriben y la violencia que ejercen con sus parejas es una de las manifestaciones que utilizan para probar su hombría frente al auditorio de los hombres. Todas estas expresiones implican la exhibición de una cierta potencia sexual para valer frente a ellos como “un verdadero hombre”.

#### **4.10 “¿Por qué te cogí? ¿Nada más por chingarle la vida a este güey?”: Asco, vacío y vergüenza en las experiencias sexuales de los varones**

El título es una frase de Filiberto que ejemplifica de manera asombrosa el objetivo de la competencia sexual: “Chingarle la vida a un *güey*” a través de tener relaciones con una mujer a quien él desea. Las mujeres se configuran como instrumentos utilizados para hacer daño y herir la virilidad de otros. A Filiberto ya lo había entrevistado antes, me habló de su familia y de lo difícil que fue la muerte de su abuela, lo cual generó un ambiente de confianza. Primero titubeó en relatarlo; pero después pensó que era “bueno contarle estas cosas a alguien” pues estas experiencias se mantienen ocultas. Al final me confesó que sintió una especie de culpa cuando mantuvo relaciones sexuales que no quería con una mujer, pero que igual lo hizo por el deseo de “chingarle la vida un *güey*”. El varón a quien estaba dirigida esta ofensa estaba enfrente de nosotros, lo señaló sutilmente y me dijo:

Este chico alto, él es bravucón, habla mucho y se siente ¡puta!, pero cuando él quiere con una chica... ya van dos chicas que él les está insiste e insiste, las está *aborde* y *aborde*, y nada más por ego las invito, les digo: “Vente, vamos”. Y ahí es cuando he sentido culpa. Me las cojo y al final de cuentas digo: “¿Por qué te cogí? ¿Nada más por eso? ¿Nada más por chingarle la vida a este güey?” Te sientes sucio, no sé cómo describirlo. La verdad no me gustaba (la chica), pero ya ves, es el acto territorial. Te das asco a ti mismo. Te dices: “¡No mames!, ¿cómo te la fuiste a coger? Como vergüenza, ¡qué pendejo, mejor le hubiera dicho que no! Al final de cuentas es algo en lo que no quiero caer, lo haces porque te están *chingue* y *chingue* todos los días, te *pican* y te *pican* y dices: “Ya *güey*, aguanta, no mames” no compites para bien. Nada más fue por eso, era una competencia en la que no quiero volver a caer.

Muy a su pesar, Filiberto mantiene relaciones sexuales que no desea, con mujeres que a él no le gustan, para aumentar lo que él denomina ego, pero que ciertamente implica un sentido de honor, de valor y de virilidad frente al otro varón. La competencia sexual tiene por

objetivo entonces aumentar la virilidad de uno y disminuir la virilidad de todos los demás. Si bien su compañero puede obtener cierta dosis de virilidad al simular ser valiente y abusar de otros (ser bravucón), en el terreno sexual Filiberto lleva la delantera al ser él quien tiene relaciones sexuales con estas mujeres, y no su compañero. Filiberto señala la presión social (chingar como sinónimo de molestar y picar como sinónimo de retar) a la que están expuestos los varones por demostrar virilidad en el terreno sexual, lo que implica demostrar deseo sexual todo el tiempo con todas las mujeres y tener la mayor cantidad de encuentros sexuales posibles. “El hombre realmente hombre es el que se siente obligado a estar a la altura de la posibilidad que se le ofrece de incrementar su honor buscando gloria y distinción” (Bourdieu, 2000: 68-69), esto significa que cada oportunidad en el ámbito sexual que conduzca al aumento de la virilidad “debe” ser “aprovechada”, lo que conduce a los varones a vivir una sexualidad en contra de sí mismos y de sus deseos y aspiraciones. Esto cuestiona la idea generalizada de que para ellos la sexualidad constituye experiencias cómodas y ventajosas en todos los sentidos (Tena & Jiménez, 2014).

Si los compañeros varones ejercen un cierto tipo de presión sexual, tampoco pueden resistirse muchas veces a las insistencias de las mujeres, pues el temor a que su hombría sea cuestionada hace que se resignen a tener encuentros sexuales con ellas. Esto se ve ejemplificado en el caso de Juan:

Hace como un año, estaba en una fiesta y tomé mucho, la chava empezó a agarrarme por la fuerza y me dejé. Ya después me empezó a calentar, pues continué. Primero me sentí mal, después sentí placer, y luego asco. Te preguntarán por qué lo hice, digamos que no controlé mis emociones. Me pregunté: “¿Cómo pude hacer esto?” Ella siempre me insistió, en ese momento estábamos solos, nadie me presionó, pero lo hice. Si pudiera volver el tiempo atrás lo cambiaría porque era algo que no quería. Perdí una oportunidad, porque en la misma fiesta estaba otra chica, una que me gustaba. Si no hubiera estado con ella, hubiera estado con la chica que realmente quería.

En este sentido, la competencia sexual entre varones reduce la práctica sexual a un acto mecánico y utilitario, que hace que algunos entiendan la sexualidad en términos de conquista y rendimiento, y no en relación con sus deseos y emociones (Szasz, 1998). Filiberto señala que después de años de haber seguido tal mandato al pie de la letra, de vivir en el exceso, de seguir la rutina para “llevar a alguien a la cama”, esas prácticas sexuales ahora no le proveen más que una sensación de tedio y vacío:



Llega un punto en la vida donde hasta coger te vacía en vez de llenarte. Mira, una vez yo terminé de coger con una vieja y me puse a llorar. Me sentí tan vacío. Literal. Y me dijo: “¿Qué tienes?”, “-Nada”, me bañé, me cambié y vámonos. Sí, es que lo vives algún día en el exceso. No te aseguro que hoy o en un año; pero esa sensación llega. Caemos en la rutina, la rutina de siempre: unas chelas, el hotel y coger. Sólo era sexo ocasional. Lo haces tan común que no lo haces ni por gusto. Pero llega un momento que cuando no compartes nada todo es vacío. A todo mundo nos toca y yo me cansé. Como hombre creemos que nuestras emociones terminan alrededor del sexo; pero no, a veces terminas y te sientes vacío. No sabes ni por qué lo haces o con quién lo haces. Te vacías emocionalmente, sientes el mismo placer físico, pero algo dentro de mí me pedía algo más.

Según refiere Filiberto, al ir interiorizando estos mandatos y hacerlos cotidianos, la relación sexual pierde su valor emocional: “Te vacías en vez de llenarte”. Con los años, termina siendo un acto meramente mecánico en el que “ya no sabes ni por qué lo haces” y tampoco “lo haces por gusto”. Filiberto señala que a los varones se les enseña que sus emociones tienen poco valor en lo que respecta a su vida sexual, o que incluso se satisfacen con el sexo ocasional. Sin embargo, esta creencia pierde su efectividad con los años. Aunque Filiberto realmente no desea estas relaciones, cuando se le pregunta por qué continúa teniéndolas, señala que “es una manía, una justificación absurda, un impulso inconsciente”. Me dice también que no se da cuenta, que cuando abre los ojos “ya hiciste todo un trabajo para convencerla y tener sexo con ella, y la persona ya está ahí, desnuda”. También señala que lo hace “nada más para ver qué gestos hacen” sus parejas, para quitarle el velo de decencia a las mujeres que fingen de puritanas y descubrirlas gimiendo y gritando en la cama. A su vez que esto implica un medidor de satisfacción que hacen que ellos creen que lo están haciendo bien y que su pareja disfruta gracias al buen trabajo que están haciendo, lo que aumenta su virilidad y su ego.

#### **4.11 Síntesis**

En este capítulo se analizó la competencia sexual como un tipo de vínculo que los varones establecen entre ellos y que tiene como objetivo categorizarlos en una escala de hombría, de honor y de valor. En este tipo de vínculo las mujeres se convierten en una especie de divisa que los hombres utilizan para mejorar su ubicación en la escala social de la masculinidad. Se analizaron aquellos aspectos que se consideran fundamentales para proveer a los varones de ese valor simbólico: la virginidad, el deseo sexual que esas mujeres le inspiran a los pares, así como también la práctica sexual que se realiza, siempre y cuando esta práctica sea una actividad de dominación y posesión del deseo sexual y del cuerpo de la pareja femenina. Así

el cuerpo de ellas se convierte en un terreno en el que el primero que lo profane obtiene una marca perpetua que nunca se desvanecerá y que es la prueba de su primacía frente a los demás varones que intentaron conquistar ese terreno, pero no lo lograron. Bajo esta lógica propuse que lo que se encuentra detrás de la competencia sexual es una economía de los bienes simbólicos que busca aumentar, a través del cuerpo y de la sexualidad de las mujeres, la virilidad de los varones. Esta economía transforma a las mujeres en objetos evaluables y produce ciertos signos (como la belleza y la castidad) para ser intercambiados por una cierta dosis de virilidad.

Se señaló también la relación entre la competencia y la violencia sexual, pues en ocasiones los varones obligan a sus parejas a realizar actos que no desean con el objetivo de aumentar su sentido de virilidad, frente a estos relatos emerge la colusión y el silencio del auditorio, quienes rechazan estas prácticas, pero prefieren no hacerlo explícito por el temor a ser excluidos del grupo. Por otra parte, muy a pesar de sus deseos, algunos varones señalaron que mantienen relaciones que no desean con mujeres a las que no les gustan. A través de estos relatos emerge la culpa, y de manera aún más interesante la vivencia de una sexualidad contra sí mismo, producto de haber interiorizado ya una rutina de seducción que parece realizarse mecánicamente y que produce una sensación de tedio y vacío.

## **Capítulo 5: “Coger sin pedos y amar sin pedos”. La relación entre el amor y el sexo**

El título de este capítulo es una frase dicha por un remero que ejemplifica el resultado final de un aprendizaje que, según los jóvenes entrevistados, inicia en la adolescencia, pero se refuerza en la edad adulta. Antes de este aprendizaje los jóvenes mantienen un ideal de amor romántico<sup>42</sup> y se definen a sí mismos como “puros” e “inocentes”, creyentes del amor eterno, de los cuentos de hadas y de la entrega total producto de su exposición a películas y novelas televisivas románticas. Sin embargo, señalan que estas ideas fueron destruidas al enamorarse de mujeres categorizadas como “putas”, interesadas únicamente en el sexo y que no valoraron el amor que ellos ofrecían. En ocasiones éstas son sus novias; pero en el relato de otros remeros son mujeres casadas con las que se mantienen relaciones furtivas.

Estas experiencias, consideradas por ellos como “dolorosas”, tienen por efecto que creen estrategias para evitar vivirlas nuevamente, así es como aprenden a discernir entre aquellas mujeres con las que pueden crear lazos de intimidad e involucrarse sentimentalmente (principalmente las mujeres vírgenes, novias, esposas y en ocasiones las “amantes de planta”) y las que no, aquellas con las que se practica el sexo ocasional al cabo del cual no vuelven a tener contacto con ellas (las llamadas “putas”, los frees, las mujeres casadas y las desconocidas<sup>43</sup>). Sin embargo, este aprendizaje no basta. Para algunos hace

---

<sup>42</sup> El amor romántico se originó entre los grupos burgueses del siglo XIX y desde ahí se esparció a otras sociedades. Este tipo de amor fue aceptado socialmente porque permitía conciliar la sexualidad con instituciones como el matrimonio y la maternidad. Las relaciones humanas se moldearon a ese paradigma, lo que implicó la restricción de relaciones basadas en el ardor sexual y la erosión de las asociaciones centradas exclusivamente en acuerdos económicos. Anterior a la emergencia del amor romántico, en la Europa premoderna, los matrimonios se realizaban tomando en cuenta las circunstancias económicas y no sobre la base de la atracción mutua. En las clases pobres el matrimonio era un medio de organizar el trabajo agrícola. Los besos, caricias y formas de afecto vinculadas al sexo eran poco comunes en parejas casadas (Giddens, 1998).

<sup>43</sup> En esta población se atisba que la distinción entre mujeres “buenas” y mujeres “malas” todavía se aplica en los términos establecidos por la ética de la conquista masculina. Desde esta perspectiva, resistirse a la tentación sexual es considerado la característica principal de la mujer buena y virtuosa, quienes no lo lograban eran categorizadas como mujeres malas y disolutas y su castigo era vivir en los márgenes de la sociedad respetable. Sin embargo, a decir por las palabras de los entrevistados, algunas de sus esposas, novias, amantes o amigas piensan que es legítimo desarrollar una actividad sexual con ciertos hombres, aunque la relación que puedan crear con ellos no dure para siempre. Giddens (1998) señala que la idea de preservarse para el matrimonio está perdiendo su hegemonía, en vez de eso, las mujeres tienden a vincular la sexualidad con el compromiso y el romance y reconocen que las relaciones que establecen con sus parejas sexuales puedan ser finitas.

falta resarcir ese dolor, vengándose de toda mujer que se encuentre en su camino, enamorándola para que acceda a tener relaciones y después botarla cual objeto.

Aunado a esto, el deseo por aprender cómo se realiza el acto sexual, hace que los varones, durante su adolescencia, precisen obtener la mayor cantidad de encuentros sexuales posibles, lo que disminuye la posibilidad de involucrarse sentimentalmente. Mientras que las relaciones sexuales con las novias, amantes de planta y esposas tienen por objetivo reforzar el amor y la cercanía entre los participantes, con las segundas el objetivo es el pleno desfogue sexual. La masturbación que se realiza en la adolescencia también como medio de desfogue sexual es remplazada, en la edad adulta, con el sexo ocasional. Cansados de mantener relaciones sexuales de la misma manera, bajo la misma lógica y con la misma persona, los varones buscan “otro culo ajeno”, iniciando así relaciones extramaritales y buscando mujeres con quienes realizar nuevas prácticas sexuales que sus esposas se negarían a realizar.

También, mantener relaciones extramatrimoniales se considera una forma de castigar a sus esposas por no satisfacerlos lo suficiente, porque se sospecha que ellas hacen lo mismo<sup>44</sup> o como una forma de huir de las discusiones y las responsabilidades del hogar. Aunque ellos mismos lo hacen, señalan que aquel hombre que huye del hogar para encontrarse con su amante es un “irresponsable” que gasta en otra persona lo que debería estar invirtiendo en su familia. Es por esto por lo que para ser menos “irresponsables”, y así aminorar la culpa, se vinculan con mujeres independientes, aquellas que no están interesadas en obtener dinero de ellos, y que incluso pagan las salidas, les compran regalos a sus hijos y les regalan dinero. Aunque es poco el placer sexual que tales relaciones les proveen, refieren que no pueden evitar tenerlas, son residuos de una sexualidad vivida desenfrenadamente durante la adolescencia, que continúa en la edad adulta.

Por otro lado, también resaltan que en las relaciones sexuales que mantienen con sus esposas, novias o “amantes de planta” el placer es mayor que con las mujeres con las que realizan el sexo ocasional, ya que el coito mezclado con sentimientos de amor, cariño y ternura potencializa el placer sexual. Sin embargo, esto también tiene sus matices, pues la vida sexual durante el matrimonio enfrenta algunos problemas, tales como la presión por

---

<sup>44</sup> Se atisba el temor de que si ellos toman un papel más conciliador ellas pueden manipularlos y aprovecharse de ellos.

satisfacer sexualmente a sus esposas so pena de que ellas descubran que mantienen relaciones extramatrimoniales (es decir, los jóvenes consideran que el no querer mantener relaciones sexuales con sus esposas es un signo explícito de que ya se satisficieron sexualmente con otra mujer, lo que los haría delatarse), lo que tiene por efecto que mantengan relaciones sexuales con éstas aunque no lo deseen. A su vez, son en ocasiones sus esposas quienes se niegan a tener relaciones o lo hacen, presionadas por ellos, de manera desganada, inapetente y perezosa, lo que los impulsa también a iniciar relaciones extramatrimoniales.

### **5.1 Hacia una sexualización del amor y una erótica del sexo**

Cuando Ramón comenzó su vida sexual, uno de sus primeros aprendizajes fue el de discernir con qué mujeres y bajo qué tipo de relación podía involucrarse sentimentalmente. Nadie se lo dijo. Él lo fue aprendiendo en su vida cotidiana. Señala que, en el pasado, durante su adolescencia, tuvo muchas “derrotas” y mucho sufrimiento debido a que se enamoró de mujeres que no le correspondían como él deseaba, pues él estaba enamorado de ellas. Sin embargo, éstas sólo buscaban desfogarse sexualmente. Generalmente estas mujeres eran personas casadas que buscaban en Ramón “lo que ellas no tenían en casa”. A Roberto, su novia lo terminó después de tener relaciones sexuales, pues él “no daba la talla”, según le dijo la muchacha. Y a Juan su primera novia lo engañó con otro remero. El piensa que ella únicamente estaba interesada en el sexo y sólo vio su relación como un pasatiempo, mientras que él la veía como el amor de su vida, señala que el cariño que sentía por ella nació a raíz de que tuvieron relaciones sexuales.

Esto denota que hay cambios importantes en cómo los hombres y mujeres jóvenes viven su sexualidad. En el relato de los remeros se atisba un ejercicio de la sexualidad femenina que, en ocasiones, se niega a comprometerse e involucrarse íntimamente con la pareja sexual masculina y en el que las mujeres se muestran más interesadas en la búsqueda del placer sexual que en afianzar una relación con sus compañeros sexuales. Estas acciones son tomadas por algunos varones con desagrado, recelo, indignación moral, e, incluso, hasta con cierta resignación. Los varones, por su parte, muestran una erotización de la sexualidad en el que el amor predomina sobre el ardor sexual, al menos durante la adolescencia. Para comprender los cambios que han acontecido en materia de sexo y amor es relevante retomar algunos de los aspectos que Wouters (2017) propone.

Para Wouters (2017) estos cambios han surgido gracias a la revolución sexual que desvaneció la prohibición del sexo prematrimonial y permitió que el sexo fuera de los límites del amor cambiara de un espectro degradante a una alternativa aceptable y tolerable. Así, vivir juntos sin estar casados fue aceptado socialmente, por lo que los hombres y las mujeres pudieron vivir una sexualidad fuera de los límites del matrimonio. Las mujeres aceleraban una emancipación de las emociones sexuales que concluía que el amor y el placer sexual eran dos caras de la misma moneda. Para ellas, el cambio implicó una sexualización del amor convirtiéndose en sujetos y objetos sexuales.

Asimismo, se hizo público que ellas también tenían deseos carnales y que había mujeres que disfrutaban de “una sola noche”. Incluso, se llegó a considerar que el compromiso emocional era un obstáculo para el placer sexual femenino. En contraste a la perspectiva tradicional que consideraba que las mujeres sólo debían tener deseos y fantasías sexuales dentro de una relación romántica que duraría toda la vida, se argumentó que la sexualidad de una mujer sólo se podía despertar fuera de esa relación con un sexo casi anónimo e instantáneo, lo que promovió que las mujeres ejercieran el contacto sexual despersonalizado. Las mujeres comenzaron a moverse entre los extremos del amor desexualizado y el sexo sin el lastre del amor.

## **5.2 Aprender a dividir desde el sufrimiento**

Según Filiberto, aunque los hombres no lo digan, cuando son jóvenes también creen en los cuentos de hadas, en el amor eterno y en la entrega total. Así señala que, aunque la mayoría de los hombres son unos “culeros” en la edad adulta, de jóvenes eran inocentes, y fueron corrompidos por mujeres que no apreciaron el amor que ellos ofrecían:

Yo sí puedo generalizar, todos en nuestra vida, por nuestra inocencia como hombres... es una semilla que se va corrompiendo, la siembras y se corrompe, tú vienes y eres inocente, tierra blanca, limpia y de repente llega algo y te destruye. Pero vas aprendiendo, mira hubo momentos en los que te enamoraste y dabas todo, entregabas todo totalmente, sacrificabas, le echabas ganas y la otra persona no lo valora: “¡Soy puta y qué!” (¿Así te decían?) Pues no, pero uno lo ve así, como hombre ¿cómo puedes verlo? Son unas palabras duras para que realmente entiendas y reacciones, porque no puedo decir que es muy coqueta, no, es una puta, las cosas como son, eso ya no se les va a quitar.

Según Ramón, después de tal decepción se desquitó con ella y con todas las mujeres que posteriormente se cruzaron en su camino: “Sí me desquité, ¡A huevo! Es más no hubo mujer que al final del camino no sintiera el látigo de mi desprecio, mi odio.” A la pareja que

lo hizo sufrir la convención para que se divorciara, prometiéndole una relación con ella, pero al final terminó botándola cual objeto. En este sentido, la emancipación sexual femenina, la puesta en jaque de la dualidad mujeres “castas” e “impuras” y la crisis del modelo de división sexual del trabajo influyeron sobre la forma en que los hombres viven su sexualidad actualmente y, en no pocas ocasiones, involucraron un proceso de difícil adaptación al nuevo contexto que puede expresarse en cólera, violencia o deseos de venganza por parte de los hombres. Para Giddens (1998) esto es así porque muchos hombres son incapaces de construir una narrativa del ego, que les permita reconciliarse con esferas de la vida personal, cada vez más igualitarias, democratizadas y reorganizadas.

El hecho de que una mujer se niegue a afianzar una relación con un varón con quien previamente había mantenido relaciones sexuales puede ser interpretado por ellos como un insulto a su capacidad de conquista. Esto puede ser así porque para los hombres el enamorarse y enamorar estuvo estrechamente ligado con el acceso sexual a las mujeres, ellos tendieron a ser especialistas en el amor en lo que concierne a las técnicas de seducción y conquista. Sin embargo, ahora las mujeres no son simplemente “engañadas” y “seducidas”, pues ahora buscan activamente el encuentro sexual e incluso tratan de separarlo del amor, lo que pone en jaque las formas antiguas de seducción entre hombres y mujeres<sup>45</sup>.

Filiberto ahora recuerda esa relación con desagrado, piensa que lo que lo hizo enamorarse fue la historia victimista que contaba sobre la relación con su marido, la cual muy probablemente era mentira, pero que ella utilizaba estratégicamente para llamar la atención de los hombres: “Decía que la violaba, que la golpeaba o que no se la cogía. Que no le daba para el gasto, según ella y sus historias. Porque el hombre siempre va a ser el lobo si nada más escuchas a la caperucita. Hay que escuchar la versión del lobo, él también tiene derecho”. Supuestamente ella apelaba a la protección de sus amantes para disfrazar con sus relatos sus verdaderos deseos carnales.

Aunque considera que estas experiencias fueron dolorosas, lo ayudaron a madurar y a hacerlo “una persona diferente” que ha logrado distinguir entre el sexo y el amor. Según él,

---

<sup>45</sup> En la investigación de Bellato (2006), algunos participantes refirieron que les asustaba la iniciativa sexual de las mujeres porque no saben manejarse en ese terreno, pues esperan de ellas un comportamiento pasivo frente al acoso de los varones.

durante la adolescencia lo primero que le atraía de una mujer era su cuerpo: “Un buen culo y unas buenas tetas”, señala él. Después, posterior al acto sexual era inevitable enamorarse perdidamente. Sin embargo, Filiberto señala que durante la edad adulta los varones se vuelven más detallistas, buscan una linda sonrisa, una tierna mirada o un olor agradable en los cabellos. Ulteriormente, al tener un encuentro sexual con ellas pueden evitar enamorarse e involucrarse emocionalmente, realizando lo que denominan el “sexo ocasional”, y si les apetece “hacerlo unas cuantas veces hasta que te aburras”. Muchas de éstas son conocidas con las que no mantienen relaciones de intimidad. Y así es como los hombres aprenden a “tener relaciones sin enamorarnos, hoy lo hacemos y mañana se nos olvida”.

### **5.3 La máxima debilidad de un hombre son las mujeres**

Filiberto agradece haberse casado, piensa que eso lo alejó de una vida llena de excesos y vicios. Desde que se casó dejó de beber, de drogarse, de despilfarrar su dinero y se convirtió en un firme creyente de Dios. Ahora va a misa todos los domingos y cada vez que recibe propinas de los turistas que visitan el embarcadero piensa: “Es para mi hija”. Del único vicio, propio de su adolescencia, que no puede alejarse es de “la cogedera”, como lo llama él, es decir, de las relaciones sexuales extramatrimoniales que mantiene con otras mujeres, con su amante de planta con la que lleva más de dos años, con algunas amigas, y con ciertas mujeres desconocidas que se le cruzan en el camino.

Según Hernández (2006) la vida sexual extramarital es una condición normativa de la forma de vivir la masculinidad. La infidelidad es atribuida al hecho mismo de ser varón y las representaciones sociales que ligan la vida extraconyugal con valores sociales como el prestigio y la dominación masculina la refuerzan. Es tal vez por esto que Filiberto piensa que le ha sido imposible renunciar a este vicio porque a los hombres “no se les quita lo cusco aunque se hayan casado, amen a sus parejas y tengan hijos”, ya que la máxima debilidad de un hombre son las mujeres. Según él, cuando conoces a una mujer no puedes evitar imaginártela en la cama, pensar en sus gestos y gemidos cuando la estés penetrando. El interés por descifrar sus muecas en el sexo impulsa a los varones a tener relaciones sexuales con cualquier mujer que les produzca esta curiosidad, aunque después del encuentro sexual Filiberto se pregunta: “¿Tanto pedo para esto? Invertí tanto tiempo, y al final de cuentas ¡Sentí lo mismo!”.



Existe una diferencia trazada entre la sexualidad erótica del matrimonio y el carácter casi mecánico de los asuntos extramaritales (exceptuando las amantes de planta). Esto es así porque según refieren, el placer que se siente en cada encuentro sexual ocasional siempre es el mismo, e incluso es similar al que produce la masturbación. Sin embargo, señalan que el placer sexual es mayor cuando se tienen relaciones con sus esposas y amantes de planta, ya que el sexo mezclado con emociones de amor, cariño y ternura potencializan el placer: “Las relaciones más placenteras las he tenido con mi esposa, y no con mis amantes. Creo que es debido a que estoy más tiempo con ella, la conozco en todas sus formas”. Asimismo, refieren una diferencia entre las razones por las cuales sus esposas y sus “frees” tienen sexo con ellos. Por ejemplo, en el caso de Jorge, él considera que sus frees sólo lo utilizan como un medio de desfogue sexual: “Con mis frees, ellas nada más quieren tener un orgasmo, coger, sólo quieren sentir placer”, mientras que su esposa lo hace porque “ella realmente quiere estar conmigo, lo hace por amor”.

Por su parte, en el caso de los varones las relaciones con sus esposas se alejan cada vez más del separatismo sexual<sup>46</sup> hasta el punto de que el placer sexual está relacionado con la intimidad y el amor que existe en la pareja. Ambos aspectos contrastan con las formas tradicionales de pensar la sexualidad masculina. Del mismo modo que las mujeres, los hombres también enfrentan una transición, pues transitan desde el separatismo sexual hasta una plena sensualización del sexo, al menos con sus esposas. Muchos hombres ven depender su placer sexual del vínculo sensual o erótico con la pareja<sup>47</sup>. Para Wouters (2017) esto implica que los hombres reconocen a sus parejas cada vez más, no tanto como objetos, sino como sujetos sexuales. La observación tradicional de que “las mujeres aman a los hombres más que al sexo y que los hombres aman más el sexo que a las mujeres se está erosionando” (Wouters, 2017: 1230).

---

<sup>46</sup> El separatismo sexual implica el alejamiento de emociones de ternura o amor, así como también la evitación de caricias o la cercanía física por considerar que esto compromete el placer sexual.

<sup>47</sup> Anteriormente, Giddens (1998) señala que existía una clara distinción entre la sexualidad matrimonial y aquella que se ejercía en las relaciones extramatrimoniales. La primera era considerada casta, su objetivo era la reproducción y se encontraba prohibido el placer sexual, las segundas se caracterizaban por ser apasionadas y eróticas. Estas últimas relaciones se consideraban liberadoras en el sentido en el que generaban una ruptura con el deber y la rutina. Con el desarrollo del amor romántico, la pasión se irá mezclando y se considerará un recurso legítimo y necesario en las relaciones matrimoniales.

También señalan que las relaciones con sus novias y esposas son más placenteras porque existe más contacto y porque se toman el tiempo de besarse y acariciarse, lo que potencializa el placer sexual. Por ejemplo, en el caso de Jorge, solía planear con sus novias sus encuentros sexuales tomando en cuenta cuándo su casa estaría sola, sin embargo, con sus frees mantenía relaciones sexuales en lugares públicos: el billar, las fiestas, el embarcadero etc. Esto ocasionaba que las relaciones sexuales con las segundas fuesen rápidas y con poco contacto. Según él, en las relaciones en las que siente confianza suele quitarse toda la ropa, mientras que con sus “frees” o mujeres que acaba de conocer sólo se baja el cierre del pantalón:

Con experiencias sexuales de que me quite totalmente la ropa es porque hay confianza, una relación de alguien que ya conozco, que es mi amiga, pero con las demás sólo me bajaba el pantalón, me bajaba el cierre y es que por lo general era en lugares públicos, en fiestas, en bares y anteriormente se podía tomar y fumar en el billar. En cambio, con estas personas nos poníamos de acuerdo, tal día a tal hora está la casa sola. La mayoría de las parejas formales que llevé a mi casa y presentaba era porque eran mis amigas, mis conocidas, ya llevábamos tiempo de conocernos, porque si llevaba a alguna otra a mi casa pues mi mamá me va a correr, me va a decir: “¿Ésta qué?” y eran relaciones de nada más penetrar y con las otras relaciones sí era más de besos, chupetones, sexo oral. Sí, es más placentero cuando hay más contacto que cuando es de a rápido y cuando eran de a rápido es porque estábamos tomados, una relación donde hay más contacto se estremece más el cuerpo, uno llega al clímax.

Según Filiberto, cuando aprendes a distinguir “los sentimientos de lo sexual puedes ir a coger sin pedos y también puedes amar sin pedos”. Debido a esta división, el sexo ocasional es visto enteramente como la búsqueda de un placer efímero que no amenaza las relaciones emocionales, duraderas, y que se espera que sean perpetuas con sus esposas.

#### **5.4 El hombre casado es un hombre cansado**

Según Roberto, la preocupación por mantener a la esposa y a los hijos hace que la mente se mantenga ocupada en trabajar y llevar la mayor cantidad de dinero a casa. El hombre casado es un hombre cansado, atareado por todas las actividades que tiene que realizar para llevar sustento al hogar. Según él, puedes detectar a un hombre desobligado e irresponsable cuando lo ves “entero” y “firme” en una relación sexual, es decir cuando tiene una buena potencia sexual<sup>48</sup>:

---

<sup>48</sup> En este sentido, según los hombres entrevistados por Bellato (2006), tener relaciones sexuales constantemente envejece y desgasta el cuerpo del varón. Además, si se desgastan teniendo relaciones sexuales no rinden en el trabajo (cabe señalar que muchos de ellos realizan trabajo físico, son albañiles o campesinos). En ese contexto

Imagínate ¡cómo puedes estar tan a gusto cogiendo con una persona y no pensar: ¿qué tal si le pasa algo a mi hija?! Eso es ser desobligado. Un güey que le dice a su amante: “Vámonos a Cuernavaca, ¡chingue su madre! Nos escapamos ahorita”, le está valiendo el dinero, el bienestar de su familia, si mañana tiene o no para comer. Cuando sales con otra persona todo te preocupa y te estresa: “No manches, ¿y si me ven? ¿Qué van a decir de mí?”.

También es un irresponsable aquel que no toma las precauciones debidas para no delatarse, es preciso evitar los lugares públicos y concurridos para que no sean reconocidos. Sin embargo, señalan que hay varones tan desobligados que poco les importa si sus esposas se enteran o no. Aunque ellos mismos tienen relaciones extramatrimoniales no se categorizan como hombres irresponsables, ya que justamente evitan los lugares públicos y no gastan demasiado dinero con sus amantes (e incluso ellas son quienes pagan las salidas). En el caso de Roberto, por ejemplo, aunque se ha besado con exnovias y turistas, opta por evitar tener relaciones sexuales con ellas porque se precisa pagar un hotel y él prefiere guardar ese dinero y llevárselo a casa. Además, se protegen usando condón para evitar contagiar a sus esposas de enfermedades de transmisión sexual, una forma, según ellos, de demostrar el amor y el respeto que sienten por sus parejas: “El amor es madurez, el amor es responsabilidad, el amor es respeto. Velo desde un sentido real, yo me voy contigo a coger ahorita, si yo digo: “No traigo condón” es la desobligación. No estoy respetando a mi pareja”.

Lo que permite dar cuenta que ciertos varones entrevistados sí consideran una infección en cadena como un riesgo factible y, contrario al estudio de Arias & Rodríguez (1998) realizado con varones mexicanos que refirieron tener relaciones sexuales sin condón cuando se les “presenta una oportunidad” señalando que “están dispuestos a correr el riesgo”, en este caso algunos entrevistados refirieron que se negarían completamente a hacerlo. Esto puede ser así porque los varones demuestran tener mayor conocimiento en lo que respecta a las enfermedades de transmisión sexual, las cuales les causan un profundo temor. Por ejemplo, uno de los remeros señaló haber tenido relaciones sexuales con una mujer que sabía había tenido relaciones sexuales previas, y aunque usó condón, le preocupaba la idea de contraer alguna enfermedad. También pueden tener especial cuidado en no contraer ninguna enfermedad de transmisión sexual porque eso delataría su infidelidad. A la par, lo que los varones refieren explícitamente es que es una muestra de amor, pero también de justicia,

---

social, desgastarse tiene un precio alto, implica fallar como trabajador y como proveedor. Así, en esta población, emerge la idea de reserva y medida en las relaciones sexuales como forma de cuidar el cuerpo masculino.

porque ellas no tienen por qué “contraer algo que no merecen”. Bajo la lógica que sólo las “putas” contraen enfermedades, y que las mujeres de “casa” no, la infidelidad de sus maridos que podría producir una infección en cadena se vuelve contra esa lógica. Así, para restablecerla, los varones prefieren usar condón en sus relaciones extramatrimoniales<sup>49</sup>.

### **5.5 “Tal vez me denigre, pero me da dinero”**

La “cogedera”, es decir, las relaciones sexuales extramaritales son vistas por estos jóvenes como los residuos de una sexualidad descontrolada experimentada en la adolescencia que pervive en la edad adulta. Así, es preciso aminorar los daños que ésta puede acarrear, daños que pueden implicar herir a la pareja o a los hijos. Una forma de mermar estos daños es, como se ha señalado anteriormente, evitar gastar dinero con la amante que puede ser invertido en la salud o en la educación de los hijos. En el caso de Roberto, él mantiene relaciones extramatrimoniales con una mujer desde hace tres años. El tiempo que lleva esa relación le preocupa pues se supone que debería ser un vínculo fugaz. Acepta que le tiene cariño, pero recalca que nunca dejaría a su esposa por ella. La chica es una mujer 6 años más joven que él, universitaria y señala que sus padres “tienen dinero”. Refiere que lo que lo incentivó a continuar en esta relación es el cariño que le tiene; pero también porque ella le presta y regala dinero: “Si yo necesito mil pesos ella me los da y me dice: “Luego me los das”. Un día fuimos a pagar nuestros planes a Telcel y me invita un helado o pasamos por Galerías y me dice que vayamos, pagó 5 mil varos sin pedos”.

Filiberto presume que “nunca da un paso en falso”, cuando nota que una mujer está interesada en él deja en claro tres cosas: que está casado, que lo único que puede ofrecer es sexo ocasional y que no tiene dinero. Si la mujer acepta, ésta tendrá que cooperar para las salidas y el motel. Es una transacción explícita: el hombre ofrece sexo, mientras que la mujer ofrece dinero y sexo. El hecho de que sea la mujer quien pague todo, crea un compromiso sexual. Ahora es al hombre al que le corresponde cumplir con la parte del trato, incluso aunque no quiera o se encuentre sexualmente inapetente:

---

<sup>49</sup> En contraste, la investigación de Hernández (2006) señaló que, para los varones estudiados, el preservativo, más allá de evitar alguna enfermedad de transmisión sexual, era utilizado para evitar embarazos no deseados fuera del matrimonio con el objetivo de evitar problemas conyugales. Es decir, en contraste con esta población, no hay una preocupación por el autocuidado ni por el cuidado de sus parejas.

Fue más como por compromiso, ya pagaste la cuenta, ya pagaste el hotel, ya estoy cansado, tengo sueño, pero... Sí, como decir: "Pues ya te lo mereces". No, no tenía ganas. Se siente como con hueva, haz de cuenta que estas cogiendo, pero ya estás bostezando, hasta prefieres voltearla para que no vea tu cara. (Entonces, ¿dirías que esta chica te compró?) No me compró, yo accedí, era algo así, me dijo: "Vamos a echarnos unas chelas" y le dije: "No tengo dinero" y me dijo: "No te preocupes yo te las invito" y las invitó y de repente le digo: "Mira, te dije que no traía dinero"; pero eran cosas que uno trae planeando, o sea no abres una puerta si no quieres. Si yo no hubiera querido, no hubiera estado ahí, alguien que no quiere, no quiere.

Filiberto se niega rotundamente a considerar que las mujeres "lo compran", como si fuera una especie de trabajo sexual, porque es él quien decide con quien tener relaciones sexuales o no. Sin embargo, el hecho de que sea la mujer quien pague el hotel termina implicando un cierto compromiso sexual del que es difícil zafarse, por ejemplo, Jorge relata cómo fue que logró evitar tener relaciones sexuales con una mujer que previamente había pagado la habitación del hotel:

Una vez me pasó que fuimos a un motel, me quedé dormido, vimos la tele, fuimos a comer unas tortas. Regresamos a la habitación del hotel y tuvimos sexo una sola vez. Después ya no quería, pero ella sí y yo trataba de evitarla, todos tenemos ese sentido de desviar las cosas, le dije que viéramos la tele y en eso me quedé dormido. Empezaba a besarme y me iba para el baño. Ya había pagado la habitación, apenas llevábamos dos horas ¿cómo le iba a decir que no quería tener sexo? ¿Qué me iba a decir? Ella como mujer sabía a lo que íbamos. Me iba a decir: "No mames, nos hubiéramos gastado el dinero en otra cosa, nos hubiéramos ido al cine".

### **5.6 Los límites en una relación extramatrimonial**

Otra manera de mantener a salvo a sus familias y de respetar a sus esposas es dejarle en claro a la amante que se tiene familia y que es prácticamente imposible que se abandone a la misma. Es preciso establecer límites y señalar que no deben esperar más que lo que el sexo ocasional ofrece: un momento de placer y de satisfacción mutua:

Yo les decía: "Tengo mi familia, tengo mis niños, quiero mucho a mi mujer, no puedo seguirte viendo, somos amigos, al caso tener sexo de vez en cuando". Pero siempre impongo: "¿Sabes qué? No quiero que te claves y que me estés marcando porque me puedes buscar problemas con mi esposa". Sí, sí lo he hecho. Siempre trato de poner a mi mujer enfrente: "¿Sabes qué?, tengo que respetar en mi casa y no me puedes estar marcando a cada rato ni enviando mensajes", poner un límite.

Aunque es necesario que ambas partes no involucren sentimientos, para Samuel tal cosa es sencillamente imposible. El tiempo que se pasa junto, el hecho de establecer horarios y acuerdos hace que inevitablemente ambos, el hombre casado y la amante, se terminen encariñando. Indica que esto es así porque "somos seres humanos y sentimos". Para evitar esto es preciso no continuar el contacto después del encuentro sexual, pero en ocasiones eso

falla. Filiberto lleva más de dos años de relación con su amante, aunque le preocupa pues las relaciones de ese tipo no deberían durar tanto. Cuando se le cuestiona porqué ha continuado tal relación, refiere que hay cierto tipo de hombres que terminan enredados en su propio juego: “Tienes a una mujer que es una bola de estambre, y sólo quieres jugar con ella. Empiezas a jugar con ella, pero llega un momento en el que todos tus dedos están enredados. Hay gente que en vez de desenredar ese pedo y de decir: “Vamos a empezar a desenrollarlo”, y dejar de jugar con ella, dicen: “¡Ni madres, voy por otra!” y así se la viven toda la vida, enredándose”.

Aunque se encuentra latente la posibilidad de encariñarse con sus amantes, para Ramón es un deber “ser fuerte”, “resistirse a la tentación” y “ser realista”, teniendo presente que “tus hijos y tu esposa están primero”. Puesto que ellos nunca dejarían a sus esposas por sus amantes eso los hace categorizarse como hombres responsables. Aquel que es diferente y se atreve a dejar a su familia por su amante es considerado un mal padre y un hombre desobligado.

### **5.7 “Esos palos que le andas aventando a otra vieja, también tu vieja los quiere”. Las causas de la infidelidad femenina**

Para estos jóvenes, la causa de la infidelidad femenina es la falta de atención por parte de sus esposos. “Cuando las mujeres engañan, lo hacen porque buscan amor”, me dice Ramón. Él se niega a pensar que su esposa podría alguna vez engañarlo buscando sexo, e indica que, si lo hiciera, sería su culpa, pues eso significaría que la descuidó emocionalmente. Para ellos, la infidelidad femenina sería imperdonable pues los atormentaría la idea de que “tal vez ella disfrutó sexualmente más con el amante que con ellos”. La infidelidad femenina implica pues un golpe a su ego sexual, a su vida emocional y representa un factor de rompimiento definitivo.

La infidelidad se practica en medio de una doble moral y dentro de un modelo rígidamente dual que la considera una práctica cotidiana en la vida sexual de los varones. En contraste, la infidelidad femenina es concebida como una suerte de deshonor y estigma familiar. Un sólo acto de adulterio por parte de una mujer implica una ruptura imperdonable de la propiedad y de la descendencia hereditaria, mientras que en el caso de los hombres es considerado un error lamentable pero comprensible (Giddens, 1998). Esto es así porque

según Hernández (2006) al ser la infidelidad un fenómeno cultural está cruzada “por normas de género; por tanto, ocurre como una práctica sexual con fuertes cargas de desigualdad social. Esto se refleja en el juicio social que cae sobre una infidelidad femenina, el cual es más severo que el que recibe un hombre” (Hernández, 2006: 212).

Asimismo, señalan que las mujeres son más astutas para ocultar una infidelidad. En el caso de Filiberto él le ha pedido a su esposa “responsabilidad más que fidelidad”, lo que implica que ella utilice preservativo cuando tenga encuentros extramatrimoniales<sup>50</sup>: “Yo no voy a exponer tu vida ni tú expongas la mía”, le ha dicho en repetidas ocasiones, lo que ha causado la molestia de su esposa:

Yo le dije un día a mi pareja: “No te pido fidelidad, te pido responsabilidad” y me dijo: “¿Por quién me tratas?” y le dije: “Por un ser humano, eres un ser humano, somos seres humanos, sentimos, no dejamos de tener instintos”. En todos los aspectos físicos del cuerpo, come hartito, pasa por donde te guste algo, se te va a antojar y si te dicen: “Chíngate un taquito”, te lo vas a chingar, es algo similar.

Su apertura respecto a la infidelidad femenina contrasta con el castigo que le daría a su esposa si se enterara que le ha sido infiel: “Está bueno que yo no me entere porque si me entero le parto su madre a ese güey y a ti”. Sin embargo, señala que considera poco probable que su esposa lo engañe pues su vida sexual con ella es satisfactoria, aunado a que se considera un buen proveedor. Según él, “mientras una mujer está bien vestida, bien comida y bien cogida ¿qué tiene que estar buscando a fuera de su casa?”. Contrario a Ramón, Filiberto sí considera que la falta de satisfacción sexual en el matrimonio puede ser una de las causas de la infidelidad femenina, por ejemplo, señala el caso de una mujer casada con la que mantuvo una relación. Aunque el esposo de ella le daba ropa, comida y paseos, él no la satisfacía en el ámbito sexual:

Era una madre soltera, que dejó a su güey por andar conmigo y otros güeyes, pero ¿qué le daba su güey?, por decir: ropa, comida, paseos. Pero todos esos vacíos la mujer los anda buscando. Cuando un hombre anda de culero, esos palos que le andas aventando a otra vieja, también tu vieja los quiere, pero si a tu vieja te la coges bien, la vistes bien, le das bien de comer, la mantienes en un nivel de educación bien, ¿qué más puede estar buscando?

---

<sup>50</sup> El miedo a las enfermedades de transmisión sexual, fuertemente presente en esta población, y el hecho de que las mujeres no toleren más que, mientras que sus esposos emprenden aventuras extramaritales, ellas deban comportarse de otra manera, puede ayudar a que los hombres perciban la infidelidad femenina como una posibilidad.

### **5.8 ¿Qué impulsa a los hombres a iniciar relaciones extramatrimoniales?**

Para Jorge, lo que impulsa a los hombres a iniciar relaciones extramatrimoniales son las discusiones con la pareja. Para él es una forma de venganza, sea porque se piensa que ella hace lo mismo: “Casi siempre fue la desconfianza, a veces somos un poquito desconfiados, muy tonto, muy inmaduro, que tantito la veías platicando con su amigo y ni siquiera estaban haciendo nada, de repente te enojabas y decías “pues yo también” era lo que más me impulsaba, porque ella lo hacía pues yo también lo hago”.

O como una manera de castigarla por “enojarse por cualquier cosa”: “Para que se le quite la voy a engañar”, dice recordando los motivos por los que inició la relación con una de sus amantes<sup>51</sup>. Por otra parte, los remeros también señalan que otra de las causas es el cansancio y aburrimiento que produce mantener relaciones sexuales con una misma persona (en este caso la esposa), bajo la misma lógica (las mismas posiciones sexuales): “Imagínate abrir el refrigerador y comer siempre lo mismo”, me dice Ramón, esto los impulsa a buscar “un culo ajeno”, alguien con quien practicar nuevas posturas sexuales que en muchos casos sus esposas se negarían a realizar. Aunque Ramón refiere en ocasiones sentir tal hartazgo, señala que ha evitado tener relaciones extramatrimoniales debido a que: “No quiero echar a perder lo que he construido con mi familia solamente por coger, pero sí, me he tratado de controlar mucho.

Por otra parte, Filiberto señala que muchos hombres buscan amantes para huir de los problemas y las responsabilidades del hogar. Esto sucede sobre todo cuando la esposa no es atenta y cariñosa con el marido. Según él, todo hombre necesita que: “Cuando llegues a casa, tu esposa te diga: siéntate mi amor, descansa, ¿te preparo un café, un té o un vaso de agua? Pláticame ¿cómo te fue hoy?”. Al contrario de Filiberto, quien suele dejarles en claro a sus amantes que ama a su familia y que nunca la dejaría, reconoce que hay matrimonios en los cuales las esposas son “exigentes” y “regañonas”, lo que hace que sus maridos busquen en sus amantes no sólo un medio de desfogue sexual, sino también de apoyo y comprensión, es decir, buscan a una persona que escuche sobre sus quejas respecto a su matrimonio.

---

<sup>51</sup> Según la investigación de Hernández (2006), la mayoría de los casos estudiados refirió que ser infiel es un recurso para infligir una forma de castigo conyugal.



## 5.9 Las tensiones en el matrimonio

Respecto de los problemas que enfrentan en su vida matrimonial en el ámbito sexual, los remeros señalaron como uno de los principales la reticencia de sus esposas a tener relaciones sexuales. “Me enoja el no poderme complacer”, señala Jorge. Aunque en ocasiones ellas aceptan, lo hacen de manera desganada e inapetente, lo cual los frustra pues esperan de ellas una actitud activa que les demuestre el interés que sienten por ellos. Esta actitud hace que el placer sexual que tales relaciones proveen sea mínimo:

Cuando ella lo hace por compromiso me siento mal, siento que lo hizo más de a huevo que por ganas. Es como que no obtuviste tanto placer y sí es como que no valió la pena. Si los dos queremos pues no hay problemas, como te digo con mi mujer hay veces que no quiere entonces no es placentero y pienso que hubiera sido mejor irme a dormir, yo tratándola de convencer para que me saliera con eso, pues mejor no.

Asimismo, señalan que en ocasiones son ellos los que se encuentran inapetentes. Esto es porque las presiones del trabajo los dejan sin energía para realizar cualquier otra actividad, por ejemplo, el acto sexual. Esto causa el enojo de la pareja quien reprocha el desgano y lo relaciona con la infidelidad de su marido: “Si él no desea mantener relaciones conmigo es porque ya se desfogó con otra mujer<sup>52</sup>”. Es así como para evitar peleas los varones mantienen en muchos casos relaciones que no desean:

Es que trabajas mucho, te preocupas por otras cosas. Llegas a tu casa y lo primero que quieres es descansar. A lo mejor de tu esposa sí, pero tú llegas queriendo que no te molesten porque estás muy cansado, mejor mañana y se va postergando hasta que llega el día que dices: “Sí, hoy”. Pero ya más por compromiso, por eso a lo mejor lo haces y llega la discusión con la pareja porque piensa que te vas con otra, entonces con tal de no estar peleando pues lo haces.

Mientras que, en el caso anterior, los varones posponen los encuentros sexuales hasta el punto de que es inevitable, Ramón suele “desviar” el tema: “Me ha pasado varias veces también con mi esposa, despierto, tengo muchas ganas desde temprano, llega la noche, termino y ya, me pongo a ver la tele y luego le digo: “Vamos a ver la tele, vamos a comer tacos” como para que no me diga que lo hagamos otra vez”. Asimismo, también señalan que el sexo no es sólo un modo de obtención de placer y de cercanía con la pareja, sino también puede servir como un modo de hostigar, sobre todo después de las discusiones:

Sí, con mi novia, la mamá de mi hijo. Con ella teníamos muchos problemas y teníamos relaciones enojados. Haz de cuenta que peleábamos y luego ella quería que tuviéramos relaciones sexuales, pero no sentía placer, lo único que sentía era ira. Yo creo porque ella

---

<sup>52</sup> Aunado a los cambios en el comportamiento sexual femenino, ahora las esposas han llegado a considerar una vida sexual plena y placentera como un requisito clave para un matrimonio satisfactorio.

quería sentir que era suyo y yo quería sentir que ella era mía, pienso que lo hacía por molestarme.

### **5.10 Síntesis**

En este apartado se expuso un aprendizaje emocional, adquirido a través de sus experiencias previas, que ayuda a los varones a distinguir “los sentimientos” de lo “sexual” y a discernir entre aquellas mujeres con las que pueden involucrarse sentimentalmente (principalmente las mujeres vírgenes, novias, esposas y en ocasiones las “amantes de planta”) y las que no, aquellas con las que se practica el sexo ocasional (las llamadas “putas”, los frees, las mujeres casadas y las desconocidas). A la par, también se analizaron sus relatos sobre su vida sexual conyugal y extraconyugal y las tensiones que en ellas surgen. Cuando se logra este aprendizaje puedes “ir a coger sin pedos y también puedes amar sin pedos”. Debido a esta división emocional, el sexo extramarital es visto como la búsqueda de un placer efímero que no amenaza las relaciones emocionales, duraderas, y que se espera que sean perpetuas, con sus esposas. También se señaló que las relaciones extraconyugales son vistas, en ocasiones, como el efecto de los residuos de una vida sexual desenfadada experimentada previamente que pervive en la edad adulta. Emergen en estos relatos la figura del “buen esposo y buen padre” que a través del uso del preservativo en sus relaciones extramaritales asegura la salud de su esposa, en este sentido, la utilización del preservativo es vista como una muestra de amor y respeto, y que, aunque reconoce la infidelidad como un daño a su familia, lo merma evitando “gastar de más con otras mujeres” y señalando siempre que “su esposa y su familia son primero”.

## **Capítulo 6: “Yo no quiero ser así cuando sea grande”: resistencias, cambios y transformaciones**

A la vez que los jóvenes cuestionan la sexualidad de los hombres mayores, entendida esta como machista, violenta y obligatoria, y que se ejemplifica con frases como: “No quiero ser así cuando sea grande”, también existe cierta resistencia frente a un discurso feminista que empodera (o “pervierte”) a las mujeres y rompe los lazos familiares. Es decir que, a la par que se encuentran cambios importantes en lo que respecta a la relación con las esposas, los hijos e incluso respecto a su propia sexualidad, también se atisban deseos de restaurar los antiguos símbolos que caracterizaban la relación tradicional entre el comportamiento femenino y la familia (la virginidad, la pasividad y la entrega), afectada ésta por los recientes cambios en las identidades femeninas.

Respecto al primer componente (los cambios), según los jóvenes entrevistados, ellos tienen con las esposas relaciones más equitativas (y menos violentas que la generación anterior a ellos) y cuestionan el uso de la violencia con los hijos pues desean tener con ellos una mejor relación que la que tuvieron con sus padres o sus padres con sus abuelos. Temen ser considerados como “golpeadores” y enfrentar alguna pena por violencia física, por lo que, cuando tienen ganas de pegarles a sus esposas, tratan de controlarse y sosegar. A su vez, cuando las han empujado o golpeado señalan sentir culpa o temor por enfrentar algún castigo legal. Por otra parte, relatan que un hombre no debe tener relaciones sexuales cuando no quiere, aunque sus prácticas cuestionan esta creencia, pues refieren tenerlas. Asimismo, también comentan que cuando sus esposas, novias o amantes se niegan a tener relaciones sexuales, aunque les cause enojo y frustración, respetan su decisión. No obstante, aunque algunos hombres se muestran más implicados en las tareas domésticas, esto no deja de percibirse como una “ayuda” a sus esposas.

Respecto al segundo componente (las resistencias), los entrevistados se sienten parte de una generación que fue víctima del feminismo, que “corrompió” a sus madres. Desde la perspectiva de estos varones, el feminismo, al alejar a las mujeres del hogar y alentarlas a trabajar, tuvo por efecto que éstas descuidaran a sus hijos, lo que les ocasionó que “sufrieran daños mentales y se convirtieran en seres desviados”. Asimismo, también ocasionó que las mujeres se alejaran de su posición tradicionalmente pasiva y se convirtieran en personas

“enojonas” y “exigentes”, que en ocasiones se niegan a plancharles, lavarles la ropa o cocinarles, y que incluso exigen la cooperación de sus esposos en las tareas domésticas, lo que hace que la relación matrimonial se torne compleja y difícil. Es decir, el feminismo, inyectando sus creencias en las mujeres, ocasiona que el matrimonio, con sus antiguas formas de relación entre hombres y mujeres, se esté resquebrajando.

Esta forma de percibir los cambios que acontecen en las estructuras familiares y en la vida conyugal bien podrían encuadrarse en lo que algunos autores (García, 2008; Montesinos, 1996; Bonino, 1999; Ferré, 2011; Tena & Jiménez, 2006; Olavarría, 2003) han denominado “crisis de la masculinidad”. Según ellos, el acceso a las mujeres a trabajos remunerados, alcanzando así puestos de poder que anteriormente estaban hegemonizados por varones, deslizó la posición de éstos como únicos proveedores. Por otro lado, el acceso a los anticonceptivos ayudó a separar, en el imaginario colectivo, la sexualidad de la procreación, y favoreció que las mujeres se convirtieran en sujetos sexuales. Ambos aspectos implicaron una transformación en las identidades femeninas que ha traído aparejada la erosión de aquellos símbolos que cristalizaban la identidad masculina. Los autores coinciden que a falta de otros modelos de hombría que se acoplen a los cambios en el comportamiento de las mujeres, los efectos subjetivos en los varones se traducen en confusión, ansiedad, molestia e incomodidad, y que, en ocasiones, lleva a algunos a poner en práctica formas implícitas y explícitas para hacer frente y parar el empoderamiento femenino.

En lo que respecta a esta población, aunque en ocasiones no permiten que sus esposas trabajen, pues lo consideran una ofensa a su capacidad como hombre-proveedor, y aunque ellos mismos hayan decidido tener hijos sin haber preguntado la opinión de sus esposas, esperan que sus hijas sean mujeres libres e independientes, que no dependan de ningún hombre y tengan más información y libertad sexual de la que ellos y sus esposas tuvieron. Por otra parte, señalan que, el hecho de que la Ciudad de México se esté mostrando más “amigable” en lo que respecta a las relaciones homosexuales, es una muestra más de las transformaciones que, según ellos, daña a la familia y a la sociedad misma, y que cuestiona las formas tradicionales de relacionarse. Ahora, no sólo habrá más opciones sexuales que el sexo opuesto, sino que “podrás casarte con un delfín y tener como pareja un sándwich”.

Aunque lo dicen burlonamente, esto podría esconder un profundo temor sobre su futura posición como hombres.

Para comprender los cambios, las continuidades y las resistencias que se atisban en estos varones como efecto del cambio en el comportamiento de las mujeres sean sus madres, esposas o amantes, retomamos las discusiones teóricas en torno al concepto de “crisis de la masculinidad”. Asimismo, para comprender los cambios en lo que se refiere a la relación con los hijos se retoma el concepto de “la nueva paternidad”. Según Montesinos (2004), se interpreta este concepto como el ejercicio de la paternidad basada en el ejercicio controlado y racional de la autoridad y en la cercanía afectiva con los hijos.

### **6.1 Para comenzar a comprender los cambios en el comportamiento masculino: machismo, sexualidad y emociones**

Para los jóvenes entrevistados, ciertas acciones de dominación que realizan los hombres sobre las mujeres, tales como golpearlas, violarlas, insultarlas, o ideas que constriñen la sexualidad femenina como el excesivo valor que se le otorga a la virginidad, condensan la matriz de una “mentalidad machista”, que consideran se encuentra fuertemente enraizada en México. En el caso de los varones, el machismo implica una normativa, pero a la vez un derecho: “Tener la mayor cantidad de encuentros sexuales posibles con la mayor cantidad de mujeres”. De manera contraria, en el caso de las mujeres, implica un castigo: aquella mujer que tiene muchos encuentros sexuales con diferentes varones puede ser considerada como “puta”, una forma despectiva y casi inquisitorial de castigar y despreciar a las mujeres.

En el machismo, si una mujer empieza a decir: “Ya tuve sexo con él, con él y con él”, ya la van a catalogar como puta, y a un hombre como cabrón, como un chingón porque ya tuvo sexo con varias. A las mujeres las catalogan de lo peor, en México, sobre todo en México la sexualidad es muy reservada con las mujeres por eso de que las señalan como putas, como fáciles.

Los entrevistados señalan que el machismo promueve la idea de que para ser considerado un hombre es preciso tener la mayor cantidad de encuentros sexuales posibles. “Es el tema del machismo, para algunos hombres tener muchas relaciones sexuales los hace más hombres”, me dice Ramón. Además, tiene por efecto que los varones compitan por tener relaciones con las mujeres para mejorar su estatus viril: “Yo soy hombre y puedo más que tú, yo ya tuve sexo con ella y tú no has podido”, ejemplifica Ramón. E incluso, en el sinuoso camino que estos varones tienen que transitar para ser considerados y considerarse como

hombres tienen que enfrentar las normativas machistas que sus compañeros encarnan: “No me gusta que los hombres te presionen para tener relaciones sexuales que no quieres, pero lo tienes que hacer”, me dice Jorge. Asimismo, la competencia entre varones que el machismo promueve tiene por efecto que los varones oculten sus debilidades en casi todas sus relaciones con los hombres: “Si es un gran amigo podría abrirme, posiblemente... pero difícil. Yo con mis años lo que voy madurando es: No hay amigos. Porque bien lo dice la biblia, un amigo es el que da la vida por ti y yo creo que ninguno de los de aquí la daría por mí”.

Los efectos que tiene el machismo en la sexualidad de hombres y de mujeres son claramente identificados por los entrevistados y juzgados como “perjudiciales”. En el capítulo cuatro encontramos, a través de la competencia sexual, una forma conservadora de percibir la sexualidad masculina basada en el dominio y la potencia. Sin embargo, en este apartado se atisban algunas críticas hacia tales percepciones. La competencia sexual y el machismo son vinculados por los entrevistados porque ambos se sustentan en formas tradicionales de concebir la sexualidad: por un lado, la pasividad sexual femenina y el valor otorgado a la virginidad, y por el otro, la sexualidad masculina centrada en la actividad, el dominio, la conquista y el rendimiento (Szasz, 1998).

Por otro lado, también los remeros señalaron sentirse molestos cuando un varón, con el objetivo de obtener cierto estatus, delata la identidad de su pareja sexual pues eso daña la reputación de la mujer. “No es justo porque exhibes a la persona, esa persona está confiando en ti y tú le andas contando a los demás”, me dice Jorge. “Yo digo que está mal hablar de la chica” dice Roberto. Y, por último, Ramón señala: “No me gusta como denigran a la mujer”. Dentro de la visión “machista” que le otorga un excesivo valor a la virginidad y que le permite a la mujer que la posea mantener su reputación y obtener una dosis de respeto frente a otros, la crítica que estos jóvenes hacen hacia el modelo sexual de la competencia se basa en evitar utilizar una experiencia sexual para adquirir estatus frente a los varones en detrimento de la imagen de una mujer. Llamar a una mujer “puta” es visto como una falta de respeto y alentar que otros lo hagan también. Aunque no parece ser una crítica que acepte abiertamente la libertad sexual de las mujeres, sí se centra en evitar dañar o perjudicar a las mujeres.

Ramón considera que para evitar esto, los hombres precisan cambiar la forma en cómo conciben las relaciones sexuales y su vínculo con la virilidad: “Hay que ser conscientes

que no por tener más mujeres o más sexo eres más hombre”. Este cambio beneficiaría supuestamente a todos, pues los hombres no tendrían que mantener relaciones sexuales que no desean y disminuiría el valor otorgado a la virginidad que constituye el pilar que constriñe la sexualidad femenina.

Por otra parte, la mentalidad machista produce dos formas subjetivas diferentes de posicionarse y experimentar las relaciones sexuales. Como la mentalidad machista exige de los varones tener la mayor cantidad de encuentros posibles con la mayor cantidad de mujeres, y que, en el caso de las mujeres, éstas sólo las realicen con el varón que es su esposo. Esto tiene por efecto, según los remeros, que los hombres conciban a las mujeres como meros objetos sexuales que pueden usar y desechar y que eviten mezclar, en esos encuentros sexuales, emociones de apego o cariño. Por el lado contrario, se piensa que las mujeres buscan en el sexo comprensión, amor y atención:

Desde mi forma de ver, los hombres siempre lo van a ver de una forma machista, siempre, las mujeres a lo mejor no te podré dar un punto de opinión exacto; pero las mujeres se encariñan más de las personas que los hombres de las mujeres, como te digo muchas veces los hombres la ven como un objeto sexual, las mujeres prefieren que las consienten, que las apapachen, tratan de comprenderte y al hombre le vale.

Del lado contrario nos encontramos con Armando, un remero de 21 años que cuenta que sólo tiene relaciones sexuales con mujeres con las que tiene vínculos emocionales. Señala que su padre es un hombre cariñoso, alegre y bromista que “nunca le llegó a pegar”. Cuando comenzó su adolescencia e inició su vida sexual su padre habló con él, le recordó que tanto su madre y su abuela eran mujeres, y que no les hiciera a sus parejas lo que no le gustaría que les hicieran a sus familiares mujeres. Asimismo, también le sugirió que si decidía mantener relaciones sexuales con alguna mujer debía ser “porque sientes algo por ella”. Así, Armando no se considera como los demás hombres que “sale con una y con otra”: “Hay varios que les dicen a sus hijos que se metan con quien quieran y que solo disfruten, pero en este caso mi papá es muy diferente. Me lo dijo para que no viéramos a las mujeres como un objeto nada más, yo siento que mi papá quiso decir eso, que no utilizáramos a las chavas nada más para eso”. Así, se atisba que un padre amoroso, no violento, que mantiene pláticas sobre el ámbito sexual alejado del estereotipo tradicional (basado en el dominio y la conquista) y centradas en el amor, juega un papel crucial en el cambio de percepciones sobre la sexualidad, ayudando, en este caso, a concebir a las mujeres como sujetos y a ser empáticos con éstas.

Asimismo, Armando señala que cuando los remeros le piden que cuente sobre su vida sexual, él suele hacerlo; pero no para exhibirse, sino más bien para “dejarles algún consejo”. Así, invita a sus compañeros a “no meterse con cualquier chava” porque pueden contraer alguna enfermedad de transmisión sexual, o les sugiere evitar molestar o acosar a las mujeres. Así, Armando demuestra empatía hacia las mujeres, reconociendo que éstas pueden sentirse incómodas durante el flirteo e incluso toma acciones para evitar que sus amigos las molesten:

Me ha tocado que hemos ido a fiestas y un amigo dice que se quiere ligar a la chava, le hace plática, pero luego como que se quiere pasar más. Obvio, bueno si le haces la plática yo creo que sí, ella está dando chance, pero cuando ella evita pues no, y luego ellos se quieren aferrar a la fuerza e incomodan a la persona, entonces eso ya no.

En este caso, Bonino (1999) coincide en este punto y señala que vivencias durante la infancia y adolescencia alejadas de expectativas tradicionales sobre los géneros, aunados a padres y hermanos amorosos y cuidadores constituyen elementos comunes en varones que reconocen a sus parejas, y a las mujeres en general, como sus iguales.

## **6.2 Soledad, machismo, paternidad y su relación con las transformaciones de la identidad masculina**

El machista también es el varón que abandona a su familia para continuar sus relaciones extramatrimoniales, el que se droga o alcoholiza y llega a casa a golpear a su esposa e hijos. El hombre machista es un personaje poco atractivo para estos varones, pues se muestra como un hombre violento que no puede entablar relaciones íntimas con su esposa e hijos, y que vive una vida solitaria, ensimismado, aislado de su familia pues lo único que le produce a su esposa es terror y a sus hijos deseos de venganza<sup>53</sup>. Este personaje muchas veces ha sido protagonizado a la perfección por sus padres, sus tíos o sus abuelos y conocen de manera cercana los efectos dolorosos que implica estar con ellos bajo el mismo techo. Por ejemplo, según Ramón su abuelo era un hombre machista que golpeaba a su abuela, era alcohólico, tenía otros hijos producto de sus infidelidades, y la obligaba a tener relaciones sexuales bajo la excusa de que él la mantenía. Para Ramón, en este contexto el padre machista es la generalidad: “Todos los compañeros remeros acá no han tenido buena relación con sus papás, los abandonaron de pequeños, eran golpeadores, borrachos o drogadictos”.

---

<sup>53</sup> El padre machista, que se autodenomina la única figura de autoridad moral y económica, y que se concreta a través de actitudes de reverencia permanente hacia él, produce una fuente de tensión idónea para la rebelión familiar (Montesinos, 2004).



El machista también es el varón que se niega a vincularse en las tareas domésticas del hogar por considerarlas de féminas y deniega la responsabilidad a su madre, esposa e hijas. En el extremo opuesto se encuentra el *mandilón*, aquel que permanece bajo las faldas de su esposa o madre. Es un hombre poco varonil, sin decisión propia y que realiza todas las indicaciones que le da su madre o esposa. Del mismo modo, pero en sentido inverso es una relación de dominación. El mandilón es retratado con un hombre muy cercano a las tareas domésticas, las realiza con gusto o porque no le queda más remedio que hacer lo que le dicta su esposa. Ambos personajes son considerados indeseables para los varones, el primero refleja la burda dominación masculina y el segundo la total pérdida de la virilidad. Por su parte, Ramón ha logrado posicionarse en medio de estos dos personajes. Se considera a sí mismo como un hombre hogareño<sup>54</sup> que disfruta de estar con su esposa e hijos y que “ayuda” en las tareas domésticas:

(¿Tú te consideras una persona machista?) No, hogareño sí, pero machista no, ni mandilón. El mandilón hace todo lo que dice la mujer, salta, salta, agáchate, agáchate, barres, barres. Y el machista es el de “yo no hago nada, tú barres porque eres la mujer, tú cocinas, yo trabajo, yo tomo, yo llego a la hora que quiero”. Yo en mi caso soy hogareño, llego a mi casa, ayudo a mi mujer, veo que está haciendo la comida, y le digo: “A ver si quieres yo ayudo”, me pongo a barrer, le ayudo a llenar la lavadora.

Según Ramón, su cooperación en las tareas doméstica comenzó cuando era un niño, pues su padre participaba en las mismas y alentaba también la participación de sus hijos varones. “Desde pequeño mi papá me ponía a ayudarlo a mi mamá, a acomodar los zapatos, tender la cama, barrer”, ejemplifica. Considera que la educación que recibas en casa es uno de los aspectos centrales que determina la manera en cómo los hombres se relacionarán con sus hijos y con su esposa.

La educación que nos dan en casa desde pequeños, más que nada eso influye, en mi caso, la educación: “No pegarle a una mujer”, “no faltarle el respeto a una mujer”, sobre todo a tu esposa, bueno a cualquier tipo de mujer. Hay algunas personas que no, que no crecen con este tipo de mentalidad, desde pequeños les dicen “tú eres macho, tú eres hombre, te tienen que cocinar”. Si hubiera sido educado por mi abuelo sí hubiera sido muy machista.

Señala que su padre es un hombre cariñoso y amable que en nada encajaría en el prototipo del hombre machista, pero que su abuelo, el padre de éste, sí. “¿Por qué crees que tú padre pudo romper esta cadena?”, le pregunto, Ramón considera que el deseo de ser un

---

<sup>54</sup> En este sentido, Gutmann (2000) considera al menos tres maneras de ejercer la masculinidad. Por una parte, el machismo vinculado a una masculinidad tóxica, el mandilón y otra masculinidad, que Montesinos (2014) ha denominado “masculinidad solidaria”, basada en el respeto y el cariño hacia la esposa y los hijos.

buen padre y tener una relación más cercana e íntima con sus hijos, de las cuales su padre no gozó cuando era un niño, lo impulsó a romper ese ciclo. Del mismo modo, aunque durante un tiempo Ramón se dedicó a drogarse y gastarse todo su dinero en fiestas y en alcohol, señala que ha cambiado por sus hijos. Y que su interés por mantener una relación igualitaria y de amistad con ellos se ejemplifica cuando se trata de “güey” con ellos:

Yo sí me estaba desviando porque me gustaba mucho el desmadre, pero por mis hijos cambié y hasta la fecha voy cambiando y aprendiendo. Si mi papá fue así conmigo yo quiero serlo con mis hijos. Con ellos me llevo de “güey” por ejemplo; pero a la vez trato de ponerles reglas y normas, con su mamá no peleo, si tenemos una pelea espero a que se duerman y ya platico con ella. Tengo una buena relación con mis hijos, me abrazan, me besan.

Tanto el padre de Ramón como él mismo se han replanteado el modelo machista de la paternidad que concentra el poder en el padre y que se encuentra basado en la violencia<sup>55</sup> y la distancia emocional, para dar paso a una paternidad sustentada en un ejercicio racional de la autoridad que genera entre los miembros familiares una proximidad basada en el afecto. Este innovador modelo ha sido denominado por Montesinos (2004) como “la nueva paternidad”. Según él, la nueva paternidad “representa la crítica hacia los modelos tradicionales de los géneros. Se trata, en consecuencia, de asociar una nueva forma de ejercer el poder y de representar la autoridad, social y familiar” (Montesinos, 2004: 198). Esta nueva forma de ejercer la paternidad no renuncia a la autoridad; pero sí intenta eludir prácticas autoritarias y permitir una relación democrática entre los miembros que conforman la familia. Asimismo, Schmukler (2013) ha llamado la atención sobre la importancia de democratizar los vínculos familiares, y pasar de la familia patriarcal, basada en desigualdades y jerarquías, a la familia democrática, la cual implica relaciones de autoridad negociada y multipersonal, donde las normas son efecto de un proceso de búsqueda de acuerdos que conllevan

---

<sup>55</sup> Anteriormente la violencia ejercida por el padre hacia los hijos era justificada en pro de una correcta educación. Se pensaba que los castigos y los golpes contenían conductas criminales e inmorales que, si no se evitaban con certeza, los hijos iban a conseguir un castigo aún peor que la sociedad se encargaría de cobrar. Schmukler (2013) considera que la subordinación de las mujeres, el adultismo que no considera a los niños como sujetos de derecho y el temor a ser subordinado por algún miembro de la familia, sostenían el viejo paradigma de las relaciones abusivas con la pareja y los hijos. El hecho de que actualmente algunos varones estén renunciando al ejercicio de la violencia con sus hijos como método de educación, puede ser efecto de la socialización sobre los derechos de los niños que los medios de comunicación cultivan. Según el estudio de Haces (2006), algunos padres participantes refirieron que “los hijos, aun cuando sean de ellos y sean pequeños, tienen derechos que no pueden violentar y que deben respetar. En muchas ocasiones esto es producto de la presión social que ejerce la escuela o los medios de comunicación, y en otras su propia consciencia” (Haces, 2006: 151).

negociaciones que implican el reconocimiento y la escucha del otro, la empatía y la introspección para reconocer deseos personales. Además, implica la transformación de creencias en torno a las prácticas de poder y autoridad, así como también respecto a los mitos que sostienen las formas tradicionales de vincularse con las parejas, los hijos y los adultos mayores, rompiendo los esquemas tradicionales de las familias patriarcales.

### **6.2.1 El miedo a la soledad**

Otro de los aspectos que ha impulsado ciertos cambios en la manera en cómo los entrevistados se relacionan con sus esposas e hijos es el miedo a la soledad durante la vejez. Según refiere Armando, los adultos mayores solían ser más polígamos, y aunque estaban casados tenían infinidad de relaciones extramatrimoniales, lo que causó su divorcio y su actual estado de soledad:

No queremos estar igual que ellos cuando estemos viejos. La mayoría de ellos en sus casas son divorciados, dejados o por algunas circunstancias se dejaron con su pareja. Los ves y es feo, incluso nosotros mismo decimos que por lo menos nuestro perro nos va a ver, pero ellos no tienen quién los vaya a ver y se quedan jugando baraja o dominó en el embarcadero, a perder el tiempo para llegar a dormir.

Por esto, según señala Armando, los varones más jóvenes tratan de tener relaciones más estables, evitar tener relaciones extramatrimoniales pues no desean perder lo que han construido con su familia por “un momento de calentura”, tratan de no herir física ni emocionalmente a sus parejas, y seguir una normativa igualitaria en sus relaciones de pareja: “No hacer lo que no quieras que te hagan”.

Por otra parte, uno de los elementos que ha cambiado la manera en cómo se relacionaban tradicionalmente los hombres con las mujeres ha sido la reciente protección legal<sup>56</sup> que se les otorga a las mujeres para evitar o castigar la violencia que ellas sufren por parte de los varones. Esto ha implicado que, en el caso de los remeros, los varones eviten golpear a sus novias o a sus esposas, o cuando lo han hecho temen ser “llevados al reclusorio”:

Nunca le he pegado a mi esposa. Cuando éramos novios una vez la empujé y se cayó y si sentí feo, sentí que casi me iba al reclusorio. Estábamos peleando y me dijo que tenía otro novio y dije: “Pues entonces vete con el otro y a mí déjame en paz si estás diciendo que estás

---

<sup>56</sup> Un ejemplo de esto es la reciente Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia publicada en el año 2007. Esta ley tiene por objetivo establecer coordinación entre la Federación, las entidades federativas, y los municipios para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres.

feliz allá” y me fui y me fue a alcanzar y yo estaba enojado y le dije: “Vete con él, déjame de molestar y ahí muere” y no me dejaba de molestar y yo con tal de que me dejara ir, pues estaba enojado, la empujé y se cayó, y dije: “ ¡Me van a llevar al reclusorio!” y ya la recogí y le pedí perdón.

Así, por ejemplo, cuando a Mario una de sus parejas lo dio un golpe en la cara, y aunque señala que sintió deseos de golpearla también, para evitar problemas prefirió tranquilizarse, evitar enojarse, “aguantarse” el coraje y tomarla de las manos para evitar que lo siguiera golpeando.

La verdad sí me dio ganas de golpearla, pero me tranquilicé, porque no es recomendable ¿no? O sea... pues no es bueno, digamos que yo lo pienso de esta forma, aunque yo ese día no hice nada, me pegó, me dio coraje, pero dentro de mí yo pienso que, sí me dolió, pero mejor me aguanto, porque yo siempre pienso de más: ¿qué tal si me hubiera enojado y le hubiera pegado?! Hubiera tenido muchos problemas, mejor me aguanté y ya se me quitó, pero sí me dolió, ya mejor la agarré y le dije: “Cálmate”.

En este sentido, notamos que, en el caso de los jóvenes, si bien existen experiencias personales que permiten replantearse su actuar como esposos y padres, también hay elementos exteriores que ayudan a parar o cuestionar actos autoritarios que pueden conllevar a la violencia contra las esposas y sus hijos. Como se atisbará en el siguiente apartado (las resistencias frente al cambio), muchas de estos elementos exteriores que son establecidos a través de leyes e instituciones gubernamentales son percibidas por los varones como amenazas a su antiguo poder hegemónico dentro de sus familias. Así, se deja de percibir al padre como única autoridad, lo que conlleva a muchos varones a un estado de crisis, pues en ocasiones la autoridad dentro de la familia es un elemento muy importante de su identidad como varones.

### **6.3 “No es no, no puedes obligarla”. La postura de los varones frente a los cambios en la sexualidad femenina**

En el caso del ámbito sexual, los entrevistados reconocieron el derecho que tienen las mujeres a negarse a mantener relaciones sexuales y señalan que es deber de los hombres respetar su decisión. Por ejemplo, Ramón señala que, aunque se le “insinuó” a una mujer, ella se negó a tener relaciones sexuales. Cuando cuenta sobre este rechazo señala que “no es no, no la puedes obligar”. Aunque refiere que hay varones que señalan públicamente haber tenido relaciones sexuales con aquellas mujeres que los han rechazado como un método de venganza, dañando así su reputación, en su caso, y aunque sus compañeros pensaron que

había tenido relaciones con ella, desmintió tal cosa porque “no por sentirme más hombre voy a decir que sí pasó”.

Por otra parte, cuando los besos y las caricias han subido de tono y casi en el momento del coito las mujeres se niegan a realizarlo, aunque a los varones les causa enojo y frustración aceptan la decisión de las mujeres. Para ellos, este actuar es una forma de desafiar el poder de los varones, pues el coqueteo que no termina en coito es la forma más explícita de jugar con las emociones de los varones, excitándolos primero para después rechazarlos. Ramón piensa que las mujeres hacen esto porque disfrutan de herir y jugar con los varones, por eso, cuando le sucedió a él disfrazó su molestia evitando demostrar decepción:

Me han tocado muchas la verdad, más que nada en los bares, tomando ya con el alcohol hay besitos, agarradas de pompas, pechos y ya cuando le dices vámonos al baño y ya en el baño me dice: “Estate quieto, ya me voy”, y sí me da coraje, me ha pasado varias veces. Una vez en un bar no la conocía, pasé al lado de ella, le invité un vaso de cerveza y estuvimos platicando, nos besamos, comenzó a cachondearme, a besarme en el cuello y yo ya caliente queriendo coger nos fuimos al baño y de repente me dijo: “No, ya me voy”. No sé, cuál es el pensar de las mujeres, no demostré nada, así como que estuviera decepcionado, hay chicas que sólo lo hacen con la intención de coquetear. Sí, la verdad que sí, como hombre te molesta, cómo va a hacer eso una mujer si yo soy el hombre, pero estamos en pleno siglo veintiuno y ya no se espera nada.

La conexión sexualidad-poder-conquista en el desarrollo de las identidades masculinas y las nuevas identidades femeninas tejidas desde la autonomía y la independencia de las mujeres, hasta el punto de negarse a mantener relaciones sexuales incluso cuando previamente parecía que habían accedido a ellas, no pueden resistir el antiguo modelo de conquista, basado en la actividad masculina y la pasividad femenina, lo cual lleva a Ramón a sentir “coraje” y “molestia”, pues percibe este actuar como un atentado a su poder masculino. Sin embargo, parece, no sin cierto disgusto, reconocer este cambio con resignación fatalista: “Estamos en pleno siglo veintiuno y ya no se espera nada”.

Asimismo, Juan señala que cuando se tienen relaciones sexuales, es preciso preguntarle a la pareja sexual “qué le gusta y qué no”, y que aunque a los varones les guste ser “salvajes”, se debe pedir siempre el consentimiento de la pareja: “No se trata de ser salvaje: “Hoy te voy hacer esto, hoy te voy hacer lo otro”, porque también a lo mejor la chica lo permite pero no le gusta, pero si no te gusta obviamente no lo aceptes”. Juan señala que, en su vida sexual, y con las relaciones que ha tenido con sus novias en el pasado, con su actual esposa y con sus amantes siempre ha establecido una comunicación abierta con ellas,

alentándolas a que comuniquen las prácticas sexuales que les gustan y las que no, evitando presionarlas para que realicen algo que no quieren. Por eso señala que nunca ha tenido discusiones de ese tipo con sus parejas, y si alguna vez las hubiera tenido sería “porque yo la hubiera maltratado, ya casi violación o algo así y pues está cañón”, y recalca que “si no quiere pues no quiere”. Así, las prácticas sexuales no deseadas por las mujeres son significadas como un tipo de violencia, incluso en ocasiones en las que éstas suceden por accidente: “Me equivoqué, la estaba penetrando en cuatro, fue un anal y yo me sentí terrible porque se puso a llorar, me dijo “eres un pendejo, te equivocaste”, sentí como que le hubiera pegado, pero no fue mi intención, le pedí disculpas”.

#### **6.4 “Hay de piropos a piropos”**

Mientras que Ramón considera que aquellos piropos vulgares son considerados por las mujeres como un acoso y se imagina que éstas “han de sentir feo”, también refiere que hay piropos bonitos, aquellos que sin faltar al respeto tienen por objetivo señalar la belleza de una dama. Filiberto coincide en que existe una distinción entre piropos y vulgaridades; pero a diferencia de Ramón, él considera que las mujeres gustan de ambos. Aunque él señala que no le gusta decirles “vulgaridades” a las mujeres cuando caminan por la calle, considera que hay mujeres que gustan de ello. Filiberto explica esta actitud porque a todas las personas les gustan los halagos. Para él, aunque ellas lo nieguen, cuando un varón le dice un piropo a una mujer algo de eso le causa gusto y le da seguridad (entendida ésta como un aumento en la confianza personal).

Según Filiberto, una mujer que ha obtenido el interés de un varón cuando transita por las calles se siente más bella. Debido a los beneficios psicológicos que acarrea llamar la atención de un hombre, Filiberto señala que “si te toca, te pones flojita”, como una forma de decir que las mujeres, en lugar de evitar ese encuentro que no ha sido consentido explícitamente, aprovechen los beneficios de éste. Cuenta que en una ocasión una de sus amigas lo esperaba en un puente, y que cuando él llegó está se encontraba molesta porque durante esa espera un transeúnte le había tocado los glúteos sin su consentimiento, a Filiberto le costó trabajo creer tal relato pues según señala él: “Si tú la ves estaba bien flaquita y nos costaba trabajo creer que la habían nalgueado, yo como hombre se me antojarían unas pinches nalguísimas, de esas que dicen “agárrame” pero ves a una que no tiene nada entonces sí, se

encontró un enfermo”. Dentro de la lógica de que el piropo y los tocamientos son sinónimos del reconocimiento de la belleza de las mujeres, cuando un varón realiza estos actos con mujeres “poco atractivas” y al no encajar esta acción en la lógica de Filiberto, éste es considerado como un “enfermo”.

### **6.5 Actividad sexual vs promiscuidad**

Diversos entrevistados señalaron que desearían una mayor actividad y creatividad por parte de las mujeres en el acto sexual. Refieren que ellos también necesitan “inspiración” y se quejan de aquellas mujeres que “sólo se quitan el vestido y abren las piernas”. Ramón expresa con disgusto como una de sus parejas tan sólo con besarle quería tener relaciones sexuales: “Luego íbamos a su casa y nada más por besarme el cuello ya quería que cogiéramos, se quitaba el pantalón o el vestido y “vas, péntrame” y yo pensaba: ¡chale, tan siquiera písame, aráñame la espalda!”. De la misma manera, Filiberto señala el disgusto que le producen las mujeres que suelen ser pasivas en el acto sexual: “A mí no me gustan las relaciones donde llegas y la mujer te dice: “Órale, cógeme”, ¡me caga la madre!, yo sí les he dicho que nosotros también necesitamos inspiración”.

Según él, cuando un hombre está desesperado y no ha aprendido de la vida “sólo quiere moverse y venirse”, poco le importan el físico de la pareja o si esta se muestra activa o pasiva. Cuando un hombre ha probado “casi todo” y ha aprendido de ese trayecto se ha especializado ya “en el arte del coger”. Esto implica pues que el varón valora a las mujeres activas, especialistas en proveer placer a los varones. Así, busca tener relaciones con mujeres que al igual que él, conozcan “el arte del coger”. Por ejemplo, Filiberto relata una de estas relaciones:

Yo tuve una pareja grande que me enseñó a coger, una persona que me enculó, como se dice vulgarmente, porque a final de cuentas me traía todo pendejo, me decía: “Acuéstate hijo, yo te lo hago”, de todo, me hacía todo, ¡pinche servicio completo!, me decía: “No te canses mi amor, quédate ahí”. Son pequeños detalles que vas aprendiendo, ¡imagínate si llega una mujer que nada más llega y se echa!

Aunque estas mujeres son generalmente mujeres mayores y casadas, señala que ha conocido personas “más grandes o de mi edad y a su edad todavía quieren que lo hagas tú, no es ni todo yo ni todo tú”, es decir, se valora la experiencia previa de la mujer si ésta implica placer para el varón. Sin embargo, matiza que la promiscuidad no garantiza que las mujeres

sepan estimular a los hombres ni que conozcan el arte de coger, entendido este último como el conocimiento que les permite a los participantes quedar mutuamente satisfechos:

La promiscuidad de las más chicas no te genera una garantía de que sepan, para ellas nada más es empinarse, abrir las piernas y que se venga el güey ese. Cuando ya el acto sexual si es como se conoce, pero ya el arte del coger es otro pedo. En el arte del coger, porque sí es un arte, puedes hacerlo de un minuto como puedes hacerlo de una hora, pero ambas partes quedan plazeramente satisfechas.

A la vez que se espera una mayor actividad y participación de las mujeres en la actividad sexual, esta no implica la aceptación de que éstas tengan diversas parejas sexuales. Aunque Filiberto señaló que en el caso de los hombres es “necesario probar de todo” para aprender el “arte de coger”, en las mujeres no queda claro cómo se obtiene ese aprendizaje, aunque se señala que no necesariamente es a través de la promiscuidad. Así, la actividad de la pareja es valorada siempre y cuando implique un mayor placer para los varones; pero a la vez son cuestionadas las transformaciones femeninas en el campo de la sexualidad, pues se considera que ahora “las mujeres cumplen el papel del hombre”:

Cuando yo iba en la secundaria los niños decían a quién se habían cogido, ahora las niñas dicen a quién ya se cogieron. Hoy el golpe social está tan duro y retorcido que se vive un tipo feo de juventud donde la mujer cumple el papel del hombre. Desde jóvenes, velas, ellas presumen que ya se cogieron a alguien, ya no es como antes, antes la mujer se quedaba callada. Es algo cusco y feo, se pierden principios y valores. La mujer sigue luchando por una igualdad que no sé qué está buscando, pero está bien, ojalá y la encuentre.

Es decir, ahora las mujeres cumplen con el imaginario sexual que se les atribuye tradicionalmente a los hombres: tienen diversas parejas sexuales fuera y dentro del noviazgo y el matrimonio, pero además las presumen ante sus amigas, lo que según Filiberto ocasiona que se pierdan valores como la virginidad, pues cuando una mujer había tenido relaciones sexuales “se quedaba callada”, es decir, reconocía que explicitar esto podría tener por efecto un daño a su reputación.

Por otra parte, aunque Mario señala no haber respetado la opinión de su esposa, quien anteriormente le había señalado que no deseaba tener hijos, él, interesado por conformar ya una familia, decidió evitar el uso del condón. Cuando su esposa quedó embarazada, Mario refiere que “ella estaba muy molesta por lo que hice, porque no quería tener hijos, aunque después lo aceptó”. Ahora, tanto él como su esposa tienen a una niña, a quien Mario no escatima en demostrar su amor, señala que es lo más importante para él. Refiere que cuando sea adolescente hablará con ella y le recalcará la importancia de usar condón y evitar



embarazos no deseados, refiere que su primera pareja sexual debe ser decisión de ella, y que él como su padre no debe de interferir. Por último, espera que ella sea una mujer independiente y que tenga mayor libertad y educación sexual que la que él y su esposa tuvieron. Así, aunque Mario no respetó la decisión de su esposa, espera que su hija goce de otro contexto.

## **6.6 La crisis de la masculinidad**

Las luchas por la igualdad y las políticas de ajuste y reformulación del papel del Estado<sup>57</sup> ayudaron a que las mujeres accedieran a trabajos remunerados, alcanzando puestos de poder que previamente estaban hegemonizados por varones, y cooperaran en el salario familiar, lo que ocasionó que se deslizara la posición de los hombres como únicos proveedores. Esto a su vez provocó cierta dosis de autonomía, pues las mujeres pasaban de ser dependientes económicas a sujetas autónomas que podían decidir sobre su propio sueldo. Asimismo, el acceso a los anticonceptivos y la posterior legalización del aborto (al menos en la Ciudad de México) ayudó a separar, en el imaginario colectivo, la sexualidad de la procreación, permitiendo espacio al placer, y favoreció que las mujeres se convirtieran en sujetos sexuales.

Ambos aspectos implicaron una transformación en las identidades femeninas que ha traído aparejada la erosión de aquellos símbolos que cristalizaban la identidad masculina y que, además, cuestionaron la hegemonía del poder masculino y desafiaron los modelos tradicionales de relación entre mujeres y varones. Según Bonino (1999):

“No es la primera vez en la historia que, frente al cambio de las mujeres, los varones individual y socialmente se han visto afectados, pero nunca hasta hoy lo han sido de un modo tan general. Este cambio está generando modificaciones en el lugar asignado a la mujer en la cultura, que esto no puede sino provocar complementariamente un cuestionamiento del propio lugar del varón en el mundo, ante las mujeres, ante los otros varones y ante sí mismos” (Bonino, 1999: 7).

Lo que ha sido llamado “crisis de la masculinidad” emerge cuando los atributos que anteriormente se asociaban al género masculino como: el poder, la inteligencia, la razón, la fuerza y la actividad sexual ahora son rasgos compartidos también por las mujeres (Montesinos, 1996). La hipótesis más aceptada considera que no sólo ha entrado la

---

<sup>57</sup> Que significó la precarización de trabajos y la pérdida de puestos de trabajo estables, mayoritariamente ocupados por hombres. Esto ocasionó que la capacidad de proveedor del varón se viera disminuida e insuficiente para mantener el núcleo familiar, así, las mujeres tuvieron que ingresar de manera masiva para complementar los ingresos de su pareja o sustituirlos totalmente a causa del desempleo masculino (Olavarría, 2008).

masculinidad en crisis, sino la forma en que se estructuró la vida entre mujeres y hombres en el siglo veinte, es decir, es una crisis de las relaciones de género que en el caso de los hombres se presenta como una crisis de masculinidad (Olavarría, 2003). Las consecuencias de este fenómeno son una sensación de malestar<sup>58</sup> que se puede manifestar en: comportamiento violento, depresión, pérdida del deseo sexual y sensación de derrota (Tena & Jiménez, 2006)<sup>59</sup>.

Algunos autores se niegan a considerar este fenómeno como una crisis de identidad, pues las preguntas: “¿Quién soy? y ¿a dónde voy?” No son planteadas por los varones. Lo consideran más bien una crisis por la legitimación del modelo social de la masculinidad tradicional: “Dicha crisis quita validación a muchas "verdades" masculinas, entre ellas la de la "naturalidad" de la subordinación de la mujer, lo que genera no una crisis, pero sí inquietud y desconcierto a muchos varones” (Bonino, 1999: 8). Sin embargo, aunque está siendo cada vez más cuestionado el modelo de masculinidad autoritario, no queda claro que tanto esta crisis ha permeado en la experiencia y en el ejercicio cotidiano de los varones, ni si esto los ha hecho virar hacia modelos de relación con sus parejas, más equitativos y democráticos.

Los autores coinciden que a falta de otros modelos de hombría que se acoplen a los cambios en el comportamiento de las mujeres, los efectos subjetivos en los varones se traducen en confusión y ansiedad y que, en ocasiones, lleva a algunos a poner en práctica formas implícitas y explícitas para hacer frente y parar el empoderamiento femenino. Así, han surgido algunas perspectivas simplistas y pretensiosas que consideran estas transformaciones, principalmente en lo que respecta al poder que ahora los hombres comparten con las mujeres como: “Una feminización del varón y una masculinización de las mujeres”. Incluso hay sectores conservadores que consideran que “ellas han ido demasiado lejos”, discriminando a los hombres en sus avances, creando leyes que los desfavorecen, y

---

<sup>58</sup> Sin embargo, vale la pena diferenciar entre aquellos malestares que son producto de una desigualdad de género en la que los hombres ven mermada la posibilidad de hacer uso de sus derechos y, los que se derivan de una sensación de pérdida de poder (Tena& Jiménez, 2014).

<sup>59</sup> Según el grupo de hombres investigados por Tena & Jiménez (2006) la incapacidad para conseguir aquellos símbolos tradicionales de la masculinidad los hace “vivir en falta”, según las autoras, aunque este “vivir en falta” es un elemento constitutivo individual, refleja una crisis general del modelo tradicional del significado de ser hombre.

que incluso temen un futuro poco favorecedor para los varones pues se piensa que “ellas no pararán hasta dominarlos”, es por esto por lo que se oponen a algunos avances femeninos pues van contra “los derechos masculinos” (Bonino, 1999: 7).

Los fundamentalistas masculinos consideran que la crisis de la masculinidad es un fenómeno social y que su manifestación es el síntoma de la distorsión de la jerarquía y del orden social (Forastelli, 2002). Así, “defienden el lugar del varón como padre-autoridad y proveedor y el de la mujer como madre/ama de casa, así como los valores masculinos dominantes y se oponen a cualquier cambio que ponga en peligro la distribución tradicional del poder entre mujeres y varones y los roles tradicionales” (Bonino, 1999). Como veremos a continuación esta postura es compartida por algunos entrevistados, lo que puede ayudarnos a comprender la lentitud con la que ciertos varones aceptan modificar actos de dominación, control o violencia contra las mujeres.

### **6.7 ¿El enemigo de la familia es el feminismo?**

Según Filiberto, el feminismo es un conjunto de creencias que alienta la irresponsabilidad y el desenfreno sexual en las mujeres. Para él, el feminismo “les ha lavado el cerebro a las mujeres”, incluso sin que ellas se den cuenta y siguen sus preceptos como la oveja sigue la voz del pastor. Aunque en un primer momento refiere que sus papás se divorciaron porque su padre era un adicto que solía gastarse su sueldo en alcohol y golpeaba a su madre, a él y a sus hermanos, aduce también que su madre decidió divorciarse de su padre porque ella creyó que podría cubrir el rol de padre y madre incitada por algunas creencias feministas:

Tiene que ver más con el feminismo humano que se abrió mucho, a donde realmente la mamá cree que hace lo más correcto por los hijos, porque eso es lo que te venden, y al final del camino dañas a los mismos. Creen que cubren el rol de padre y madre y fue lo que generó que tuviéramos una desviación mental. Y a veces las mismas mujeres son las que vuelven desobligados a los hombres, los de la generación de mi papá, son hombres divorciados, esos matrimonios disfuncionales no creo que sus hijos hayan crecido sanos.

Según Tena & Jiménez (2006), un padre violento o con actitudes autoritarias puede ser valorado por los hijos cuando éstos son adultos por haber cumplido con los estereotipos de la masculinidad tradicional. Las autoras interpretan este fenómeno como un intento de los hijos “por rescatar la imagen del padre, a través de lo cual se rescatan también supuestos morales y valoraciones tradicionales” (Tena & Jiménez, 2006: 441) y que consideran como actitudes que demuestran resistencias al cambio o como un método de mantener el statu quo

genérico. Es tal vez por esto que Filiberto culpa a su madre del divorcio de sus padres, pues él cumplía con su papel tradicional. Sin embargo, no es así cuando su madre decide divorciarse pues ella, cuestionando estos roles, decide: “Ser padre y madre”.

Asimismo, para Filiberto el divorcio es considerado como un acto que atenta contra la salud psíquica, pues la decisión de la madre de divorciarse aleja al hijo del vínculo paterno. Parece ser una muestra de egoísmo, pues la mujer mira sus intereses antes de poner a su familia y a sus hijos primero. No es gratuito que para Filiberto el actual acceso al divorcio del que las mujeres gozan se encuentre relacionado al feminismo, pues para Barbosa y Albes (2016) la decisión de las mujeres de separarse de sus esposos es un indicador de libertad y autonomía. También señalan que para perspectivas más tradicionales que coincidirían con el criterio de Filiberto, el cambio en el comportamiento femenino es considerado como un desencadenador de conflictos en la vida conyugal y familiar.

Por otra parte, cuando Filiberto despierta, su esposa ha preparado el desayuno, y después, cuando llega del trabajo su comida ya está servida. Para él esto es una fortuna, un privilegio del que él goza y que considera que los demás remeros no. Ejemplifica el caso de su hermano, remero también, quien después de llegar del trabajo lo recibe su esposa con un: “¡Ayúdame chinga!”, exigiendo de éste cooperación en las labores del hogar. “¿A qué crees que se deba esto?”, pregunto. Se queda callado por un momento y responde:

Una vez me decían que es porque las mujeres de ahora son diferentes, pero no, yo digo que las mujeres siempre han sido así. Las mujeres viven confundidas, diciendo: “Yo me quiero realizar” ¡¿realizar de qué?! ¡¿Lo han buscado?! ¡¿Se han metido dentro de sí?! ¡No saben cuál es su propósito!, sólo es porque la sociedad les ha dicho que no se dejen, que no vas a estar para lavar platos o para barrer.

Para Filiberto, las mujeres se alejan del hogar seducidas (o alienadas) por deseos de independencia establecidos por la sociedad. Barrer, lavar platos y dedicarse a las tareas domésticas son consideradas, desde esta perspectiva, formas de dominación de la que la mujer precisa liberarse. Sin embargo, para él estas prácticas son formas de demostración de amor, cariño y ternura que su esposa le demuestra diariamente. Lo nota, por ejemplo, cuando ella está lavando su ropa en plena lluvia y recalca que no realiza tareas domésticas porque no tenga desarrolladas capacidades intelectuales, sino porque desea demostrar el amor que tiene hacia su familia. Para él, el hecho de que haya renunciado a la vida profesional, incluso

cuando tiene aptitudes para incorporarse al ámbito laboral, es una muestra de entrega y apego a su familia:

Yo siempre lo he dicho, la motivación existe desde tu casa. Yo llego y tal vez el trato no es lo mejor, pero se ve la intención. A mí me ha quemado pantalones, camisas, me ha desmanchado y a final de cuentas veo la intención con lo que lo está haciendo, la veo en plena lluvia tallando mi ropa, antes de que le comprara la lavadora yo la veía lavando, ¡eso es cuando una mujer quiere ser tierna!, y no porque no tenga la capacidad, ¡imagínate, ella es ingeniera bioquímica!, ¿tienes idea de qué gente entra ahí? Ese pinche examen, imagínate, sabe hablar inglés, se ha chingado un chingo de libros, de conocimiento tiene hasta la madre, ¿tú crees que no tiene la capacidad intelectual?

Aunque su esposa podría contribuir al gasto familiar, Filiberto se muestra reacio a dejarla trabajar. Lo consideraría una ofensa a su papel como proveedor. “Yo no la privo de que estudie una maestría o un doctorado, lo que le dé la pinche gana, yo se lo pago, pero al final de cuentas por mis huevos no va a trabajar. Nunca en mi vida mientras yo viva, para mí es una humillación”, me dice. Esto es así, porque la identidad masculina de Filiberto se encuentra fuertemente vinculada a la demostración de capacidades de manutención y superioridad económica (Tena & Jiménez, 2006). Su esposa se muestra tolerante ante tal decisión, pues desea dedicarse de lleno a cuidar a la única hija de su matrimonio<sup>60</sup>. Esto para Filiberto es una muestra más de la entrega que su esposa tiene para con él y su hija: “Me gané la lotería con ella”, recalca. Aunque no se entrevistó a la esposa de Filiberto, puede pensarse que su renuncia a integrarse al ámbito laboral es una forma de preservar los roles de género tradicionales y otorgarle a su esposo el lugar de proveedor que socialmente se espera<sup>61</sup>. En un mundo donde las mujeres se encuentran más interesadas por estudiar, trabajar y ser independientes, las mujeres que están interesadas en ser amas de casa y dedicarse enteramente a su familia y hogar se vuelven cada vez más raras.

Filiberto coloca ser proveedor como uno de los atributos esenciales de ser hombre. La importancia de ser proveedor en el hogar se puede relacionar con los beneficios perversos que esconde este modelo tradicional. Según Barbosa y Albes (2016) para algunos hombres

---

<sup>60</sup> Aunque el objetivo de esta investigación fue entrevistar varones, tuve la oportunidad de conversar con la esposa de él.

<sup>61</sup> La investigación de Tena & Jiménez (2006) sobre hombres desempleados, mostró que en ocasiones sus esposas recurrían a estrategias tales como el silencio cuando la esposa cubre los gastos del hogar, u otorgarles su sueldo para aparentar que él es el que contribuye al gasto familiar. Ambas estrategias buscan rescatar la imagen del “hombre de la casa”. Esta situación parece indicar que algunas mujeres muestran interés en que, bajo el contexto de desempleo de sus parejas, se continúen reproduciendo los roles tradicionales y se preserve el papel de proveedor del supuesto jefe de familia.

ser responsables por los recursos financieros de la familia los hace ser propietarios de los bienes y de los miembros de la familia, incluyendo principalmente a las mujeres<sup>62</sup>, lo que les permite exigir de ellas obediencia y respeto, obligándolas a cuidar de la casa, de los hijos y a seguir sus instrucciones. Así, por ejemplo, Filiberto no duda en señalar que “por sus huevos” su esposa no trabajará, recalcando la obediencia que ella le tiene.

Barbosa & Albes (2016) señalan que el hecho de que la esposa trabaje fuera de casa y obtenga autonomía financiera puede representar ganancias de poder para ella y pérdida para él, pues puede implicar que ella imponga su voluntad y mine su poder. No importa que el ingreso de ella sea a penas significativo. Lo significativo es que representa una nueva expectativa para la mujer y crea las bases para el cuestionamiento de la autoridad masculina (Montesinos, 1996). Esta autonomía es vista por algunos hombres como una provocación hacia su poder, que causa enfrentamientos en el ámbito conyugal y que, en ocasiones, son “resueltos” a través de la violencia física. Uno de los caminos para evitar tal situación, es impedir que la esposa trabaje o estudie, evitando que frecuente esos lugares “peligrosos”.

Sin embargo, aunque Filiberto se muestra reticente a aceptar que su esposa trabaje y coopere en el salario familiar, acepta con alegría y sosiego cuando sus amantes cooperan en sus salidas: “Para pagar la cuenta del motel mi amante me dice: “Tengo 300 pesos o 200”, es una gran ayuda, a veces ponemos la mitad y la mitad, es de mucha ayuda”. Cuando se le pregunta sobre este contraste, señala: “Un hombre debe ser hombre en su casa”, así, aunque dentro de su hogar se muestra en contra de los cambios que atenten a la relación tradicional entre hombres y mujeres, fuera de casa puede disfrutar de los beneficios de relacionarse con mujeres que trabajan y obtienen un salario. Por lo que, como señala Bonino (1999), los hombres no permanecen siempre en una única posición frente al cambio de las mujeres, sino que circulan por diferentes posiciones dependiendo de sus situaciones personales.

Mantener a una mujer es una transacción. Ella recibe sustento y él recibe ciertos servicios. “Un hombre debe ser un hombre en su casa” es una forma de señalar que en el

---

<sup>62</sup>En el estudio de Barbosa & Albes (2016) se encontró que los entrevistados, durante las peleas conyugales, utilizaban, como una forma de humillación, la alegación de que ellos eran los propietarios de todos los bienes, incluso de la casa en la que habitaba la familia, mostrándoles a sus parejas el lugar de dependientes que tenían en el contexto familiar.

hogar el varón debe ser proveedor y recibir de su esposa ciertos servicios: lavar la ropa, limpiar la casa y preparar la comida. Habiendo resuelto esa necesidad, un hombre puede relacionarse con mujeres bajo otro tipo de arreglos, por ejemplo, en el caso de las amantes de forma más igualitaria y menos dominante que la que la división sexual del trabajo establece.

Por otra parte, los nuevos cambios que han acontecido en materia de derechos humanos sobre todo para las poblaciones LGBT y para las mujeres, han hecho que la palabra “feminismo” se encuentre presente en el discurso social. Así, los entrevistados tienden a relacionarla con ciertos cambios en materia sexual y familiar, aunque no necesariamente implica una aceptación de esas transformaciones. Por ejemplo, para Filiberto el feminismo se basa en discriminar a los varones, apoyar a los “putos”, destruir la heterosexualidad, despreciar la vida humana promoviendo el aborto y dañando a la familia.

Toda la sociedad hoy sí es feminista, es como yo les digo: “¿Cómo no va a ser discriminación un camión donde hay puras mujeres?, eso es discriminar también al hombre”. Están cayendo en el juego de puras pendejadas. ¿O no es discriminarlos también? Yo lo veo desde el tren ligero, primero súbanse y siéntense las mujeres y después los hombres váyanse parados, eso es discriminar, nada de igualdad. Si yo fuera mujer y viajo en el metro pues sí hace paro porque no me agarran el culo, esa es tu justificación, pero si eres realista, también es una discriminación totalmente. Y lo más triste es que lo hacen hasta público, ya hasta son leyes, hasta los policías apoyan la discriminación.

Aunque Filiberto reconoce que estas leyes son beneficiosas para las mujeres pues en el caso del transporte público implica que “no te agarren el culo”, para él esto representa también una forma injusta y desigual de tratar a los varones: mientras las mujeres van sentadas, a los hombres no les queda más que irse parados. Su preocupación crece al darse cuenta de que esta supuesta “discriminación” es reconocida, aceptada y reproducida por las leyes y los policías, lo que demuestra que la lógica de ciertas acciones afirmativas termina por entenderse de manera errada, considerándose un privilegio para las mujeres y un perjuicio para los varones. ¿Por qué, en ocasiones, los derechos que las mujeres adquieren en ciertos ámbitos son considerados por los varones como actos que atentan contra ellos? Según Bonino (1999) la igualdad real entre mujeres es un ideal que no concuerda con los componentes actuales de la masculinidad (pues se considera que “hacerse y sentirse varón” es ejercer poder y control sobre las mujeres), por lo que “los varones tienden a sentir que con ellas hay sólo

dos lugares: dominante o subordinado, por eso, ellos tienden a vivir cualquier avance de las mujeres como intentos de dominación femenina” (Bonino, 1999: 8).

Para Forastelli (2002), la crisis de la masculinidad y la desestabilización de las relaciones entre los hombres y mujeres no es simplemente una crisis de los hombres sino del “orden de los géneros” y de la heterosexualidad obligatoria, pues esto se ha acompañado de la visibilización política de las sexualidades marginadas. Ahora aparecen públicamente transexuales, travestis, lesbianas y homosexuales para poner en cuestión los límites entre sexo, género, y sexualidad. Ahora la heterosexualidad es menos dominante y estos movimientos plantean nuevas amenazas a la hegemonía masculina y a la familia patriarcal. Por ejemplo, los cambios en materia sexual que protegen los derechos de la comunidad LGBT<sup>63</sup> terminan comprendiéndose como una forma de promover la perversidad y “dañar” a la familia. Por eso para Filiberto es mejor destruir a los “putos” que esperar y permitir que estos destruyan la familia. Enfatiza su odio hacia ellos cuando señala: “¡No hay gente más nefasta para mí que los putos, la mierda de los putos, me cagan la madre!”. Él sueña con que algún día Donald Trump los mate en masa como un día Hitler lo hizo con los judíos. Según él, ellos destruyen la familia, destruyen la forma tradicional de relacionarse: la heterosexualidad, dos sujetos del sexo opuesto. Y destruyen también el objetivo de esa relación: la procreación. Según él este es el inicio de nuevas formas “distorsionadas” de relacionarse que conducirá a que después también se acepte la zoofilia y otras perversiones, que teme también afecten a su hija.

Yo tengo una hija ¿cómo le voy a explicar? Al rato que ella crezca, así como va el ritmo de vida, cuando sea adolescente va a llegar con una amiga: “Mira es mi novia”, y a la semana siguiente “hoy traigo novio”, luego “hoy traigo sándwich”, es como decir “hoy tenemos un perro y un hombre”, no mames, tan pinche distorsionada está la sociedad, ¿y la familia cuándo? La familia tenemos que sobresalir más.

Su actitud radical frente a los homosexuales denota el profundo temor que le produce el cambio en el paradigma que se construyó en torno a la sexualidad femenina y masculina y que en los últimos años ha cambiado de manera radical. Según Barbosa & Albes (2016), las nuevas transformaciones en el campo de las relaciones entre hombres y mujeres, y también en el ámbito de la sexualidad, ha traído aparejada una gran resistencia de los varones por

---

<sup>63</sup> Abreviatura formada por las iniciales de las palabras: Lesbianas, Gay, Bisexual y Transexual. Esta comunidad agrupa a las personas con las orientaciones sexuales e identidades de género relacionadas a esas cuatro palabras.



aceptarlas, lo que ocasiona que ellos tomen actitudes y comportamientos que buscan preservar las normas tradicionales de género. Esto es así porque el ejercicio del poder en el ámbito de las relaciones conyugales, así como la homofobia en lo que respecta a las relaciones entre varones, continúan siendo fuertes indicadores de sus identidades como hombres.

### **6.8 Síntesis**

El miedo a la soledad durante la vejez, sus vivencias cercanas de violencia intrafamiliar y el deseo de ser “un buen padre” y de establecer relaciones afectivas con sus hijos y esposa, hace que los varones eviten usar la violencia y busquen tener relaciones más equitativas con ellos. Por otra parte, también se señala que el miedo a recibir castigos legales hace que los varones eviten golpear a sus esposas y respeten su decisión cuando ellas se niegan a mantener relaciones sexuales. Asimismo, a la vez que se espera una mayor actividad y participación de las mujeres en los encuentros sexuales, se expresa el rechazo a que estas mantengan diversas parejas sexuales. También se señaló que existen reticencias ante la independencia femenina, lo cual produce un enorme temor ante su futura posición como hombres.

## Conclusiones

Esta investigación tuvo por objetivo comprender las experiencias sexuales, desde el lente de las emociones, de un grupo de varones. Antes de realizar este estudio, había escuchado que en lo que respecta al ámbito de la sexualidad “los hombres se comportaban como animales” y que, cegados por el instinto, necesitaban incontrolablemente penetrar a una mujer (o cuando ellas estaban ausentes, a un hombre), y que sus emociones no tenían ningún espacio en este actuar. Se trata de un discurso que estereotipa la sexualidad masculina y que hasta hoy tiene gran influencia en la manera en que hombres y mujeres pensamos a los varones. Bajo la lógica de cuestionar tal estereotipo, inicié esta investigación con dos hipótesis, que eran más bien unas directrices, algo que ayudaría a dirigir mi atención en el gran campo de la sexualidad. Esas hipótesis, concordaban en la idea de que las normativas de género son ambivalentes y complejas para los hombres.

Una de esas hipótesis se enfocaba en los costos subjetivos que implicaba para los hombres seguir ciertas normativas de género, específicamente en el ámbito sexual. Se reconocía que estos costos podrían estar ocultos, pues al seguir tales prescripciones gozaban de ciertos privilegios, pero a la vez, sugerirían consecuencias negativas a nivel subjetivo: silenciando temores, tensionando formas de nombrar y procesar sus emociones o invisibilizando experiencias traumáticas. La segunda hipótesis se focalizaba en las transgresiones, considerando que éstas también podían estar ocultas de la mirada pública, y que podría ser en la privacidad donde los malestares hicieran surgir ciertas críticas a las normativas de género y a los modelos dominantes de hombría que podrían expresarse en discursos o en prácticas.

Así, estudiar las emociones me permitiría conocer qué costos subjetivos podía tener seguir ciertas normativas de género en el ámbito de la sexualidad para esos varones, y por el otro, saber si de los malestares que tales normativas ocasionaban podían emerger transgresiones o discursos de cambio. Durante la realización de esta investigación me di cuenta de que, para estudiar las emociones, precisaba estudiar las experiencias, pues ellas podían hallarse en los relatos sobre las vivencias de los sujetos. Así me propuse indagar cuál era la experiencia de estos sujetos en el ámbito de la sexualidad. Cabe señalar que el contexto en el que se realizó la investigación fue sumamente particular, pues los remeros son

receptores y emisores de un discurso sobre un cierto modelo de sexualidad masculina muy competitiva, donde se espera que los varones vivan su sexualidad sin expresar públicamente emociones de vulnerabilidad.

Este estudio se basó en el análisis del diario de campo y de 20 entrevistas realizadas a diez hombres jóvenes remeros de entre 15 y 30 años, con una escolaridad que iba desde la secundaria y la preparatoria, mayoritariamente, hasta la universidad en algunos casos. Todos eran padres y la mayoría de ellos estaban casados o en unión libre. Cabe señalar que en un espacio tan competitivo entre varones como lo es el embarcadero, los remeros señalaron que era preciso ocultar cualquier signo de debilidad; por otra parte, refirieron que con mujeres cercanas como las novias, esposas, hermanas, amigas o madres, podían hablar de ciertas experiencias personales en las que se podían permitir expresiones de vulnerabilidad. Al reconocer a la investigadora como una psicóloga a la que “se le cuentan cosas así” y como una mujer con quien se podía hablar de “cuestiones emocionales”, los relatos sobre experiencias sexuales dolorosas, incómodas o que sencillamente no habían sido placenteras, surgieron muchas veces de manera espontánea. Los entrevistados asumieron que mi profesión como psicóloga me obligaba a no exponerlos ni a relatar lo que ellos me habían contado, lo que los hacía sentir en confianza. Aunque se había explicitado anteriormente que se trataba de una entrevista, algunos refirieron que la consideraron una forma de terapia, pues les permitió el desahogo de relatos que nunca se habían contado.

Para analizar el material empírico, utilicé las técnicas y procedimientos indicados para desarrollar la teoría fundamentada, construyendo así cinco apartados que dieron cuenta de aspectos centrales en las experiencias sexuales de estos jóvenes. En el primer apartado se dio cuenta del contexto sexual, laboral y familiar al que estos varones se encontraban expuestos, lo que tenía por objetivo comprender cómo el contexto influía, o en ocasiones, condicionaba su experiencia sexual. Según los remeros, el vínculo que se establecía entre varones en este espacio era de violencia y dominación, lo que se veía reflejado, por ejemplo, en las *llevadas*, las cuales tenían por objetivo la simulación de una penetración que buscaba feminizar al otro, y que se convertía en un ejercicio de dominación configurado como una práctica socialmente aceptable de relación entre hombres heterosexuales.

Así, para algunos remeros, la agresividad de muchos varones y su insistencia en dominar a otros era el efecto de una infancia dolorosa, en la que la violencia familiar había sido una constante. Aunque algunos varones provenían de familias en las que las relaciones entre hombres se concebían de otra manera, terminaban acostumbrándose a que éstas, en el embarcadero, se determinaban a través de la dominación y la violencia. Asimismo, también se señaló que los varones se encontraban expuestos a relatos sobre las prácticas sexuales de sus compañeros, en las que se destacó la zoofilia, la pedofilia y la violencia sexual, entre otras. También estaban expuestos a la exhibición de estas prácticas, pues los remeros y turistas solían tener relaciones sexuales en las canoas (en el caso de los turistas, en el motel-trajinera) o entre los matorrales del embarcadero.

En el segundo apartado se analizaron los relatos sobre la iniciación sexual de los jóvenes. En ellos emergió el miedo y la desesperación por no mostrar suficiente potencia sexual y la frustración respecto al poco placer que esa interacción les había provisto. Se señaló que los varones habían depositado muchas expectativas de placer en esas relaciones sexuales, debido a las sugerencias de amigos y familiares, que, acompañados de los relatos de otros remeros, colocaban la penetración y el placer masculino de manera conjunta como uno de los pilares necesarios del ser hombre. Sin embargo, tales relatos contrastaron con sus propias experiencias, pues señalaron que el placer sentido fue similar a una masturbación. Sin embargo, esta frustración no mermaba el orgullo que sentían al dejar de ser vírgenes, pues después de esa experiencia señalaron haberse sentido “más hombres”. Esto es así porque en el ámbito de la sexualidad masculina el coito es visto, no como un medio de obtención de placer, sino como un método de demostración de virilidad y hombría.

Así, en la adolescencia y en la primera relación sexual se demuestra la virilidad con la penetración, sin que el placer propio o el de la pareja tengan un lugar relevante. La primacía de la penetración en la sexualidad masculina hace que los varones consideren a su pene como su órgano más valioso. A su vez, esto hace que durante la adolescencia se cuestionen constantemente sobre el tamaño de aquél. Según algunos especialistas, el modelo sexual masculino imperante provoca que los varones experimenten fuertes niveles de ansiedad durante sus relaciones sexuales, lo que ocasiona problemas en sus respuestas sexuales tales como la disfunción eréctil, la eyaculación precoz o la anorgasmia.

En el tercer apartado se analizó una forma muy peculiar de relación entre varones: la competencia sexual. En este tipo de vínculos las mujeres se convierten en un tipo de divisa que los hombres utilizan para mejorar su ubicación en la escala social de la masculinidad y el cuerpo de ellas se convierte en un terreno en el que el primero que lo profane obtiene una marca perpetua que nunca se desvanecerá, y que es la prueba de su primacía frente a los demás varones que intentaron conquistar ese terreno, pero no lo lograron. Bajo esta lógica, propuse que lo que se encuentra detrás de la competencia sexual es una economía de los bienes simbólicos que busca aumentar, a través del cuerpo y de la sexualidad de las mujeres, la virilidad de los varones. Esta economía transforma a las mujeres en objetos evaluables y produce ciertos signos (como la belleza y castidad) para ser intercambiados por una cierta dosis de virilidad.

Se señaló también la relación entre la competencia y la violencia sexual, pues en ocasiones los varones obligaban a sus parejas a realizar actos que no deseaban con el objetivo de aumentar su sentido de virilidad. Frente a estos relatos, emergía la colusión y el silencio del auditorio, cuyos miembros rechazaban esas prácticas, pero preferían no hacerlo explícitamente por temor a ser excluidos del grupo. Por otra parte, muy a pesar de sus deseos, algunos varones señalaron que mantenían relaciones que no deseaban, con mujeres que a ellos no les gustaban. A través de estos relatos emergía la culpa, y de manera aún más interesante, la vivencia de una sexualidad contra sí mismos producto de haber interiorizado ya una rutina de seducción que parecía realizarse mecánicamente y que producía una sensación de tedio y vacío. Así, la sexualidad masculina fluctuaba entre el placer, el poder y la culpa. La literatura sobre los estudios de los hombres como sujetos de género, había señalado ya que existía inadecuación entre el poder y el placer (Kauffman, 1997). Esta investigación encontró elementos para hablar del carácter inestable y conflictivo presente en tal relación, en la que se destaca el miedo al desempeño sexual, la frustración por no obtener suficiente placer, el rechazo a la asociación de comportamientos y prácticas vinculadas a lo femenino, aunado al temor que les producía la independencia femenina.

En el cuarto apartado se expuso un aprendizaje emocional, adquirido a través de sus experiencias previas, que ayuda a los varones a dividir “los sentimientos” de lo “sexual” y a discernir entre aquellas mujeres con las que pueden involucrarse sentimentalmente

(principalmente las mujeres vírgenes, novias, esposas y en ocasiones las “amantes de planta”) y las que no, aquellas con las que se practica el sexo ocasional (las llamadas “putas”, los frees, las mujeres casadas y las desconocidas). A la par, también se analizaron sus relatos sobre su vida sexual conyugal y extraconyugal y las tensiones que en ellas surgían. Para los entrevistados, es cuando se logra ese aprendizaje que “puedes ir a coger sin pedos y también puedes amar sin pedos”. Debido a esta división emocional, el sexo extramarital era visto como la búsqueda de un placer efímero que no amenazaba las relaciones emocionales duraderas, que se esperaba fueran perpetuas con sus esposas. También se señaló que las relaciones extraconyugales eran vistas, en ocasiones, como el efecto de los residuos de una vida sexual desenfundada experimentada previamente y que pervivía en la edad adulta. Emergía en estos relatos la figura del “buen padre”, aquel que, aunque reconocía la infidelidad como un daño a su familia, lo mermaba evitando “gastar de más con otras mujeres” y señalando siempre que “su esposa y su familia eran primero”.

Por último, en el quinto apartado se señaló que el miedo a la soledad durante la vejez, las vivencias cercanas de violencia intrafamiliar y el deseo de ser “un buen padre” y de establecer relaciones afectivas con sus hijos y esposas, hacían que los varones evitaran utilizar la violencia y buscaran tener relaciones más equitativas con ellos. Así también, a la vez que se esperaba una mayor actividad y participación de las mujeres en los encuentros sexuales, se expresaba el rechazo a que éstas tuvieran diversas parejas sexuales. También se señaló que existían reticencias a la independencia femenina, la cual producía un enorme temor en relación con su futura posición como hombres.

En los primeros tres apartados se atisbó el ejercicio de una sexualidad que se adaptaba a las normativas sexuales dominantes pese a que, en ocasiones, los hombres reconocían vivirlas con pesar. Sin embargo, pocos eran quienes lograban ejercer una resistencia abierta a esas normas. Algunos simplemente las aceptaban y las reproducían, adaptándose a ellas. Por otra parte, en lo que respecta a las relaciones con la pareja y la familia -que fueron trabajadas en los capítulos cinco y seis-, se perciben cambios drásticos, pues los entrevistados abogaban por relaciones más democráticas e íntimas con sus esposas e hijos.

Esto puede ser así porque la iniciación y la competencia sexuales se tornan en obras en las que el público principal está compuesto por otros hombres, generalmente sus

compañeros de trabajo, quienes refuerzan percepciones tradicionales sobre la sexualidad masculina. Además, el reconocimiento de los congéneres seguía siendo un elemento importante de su identidad como hombres, por lo que contradecirlos resultaba una acción difícil de realizar. Por el contrario, con sus esposas (mujeres que en ocasiones trabajaban, aportaban al gasto familiar, tenían estudios universitarios y exigían de sus maridos mayor involucramiento en las tareas domésticas y en el cuidado de los hijos) se veían obligados a replantearse sus propias percepciones, creencias y comportamientos.

A raíz del acceso de las mujeres a mayor educación, al ámbito público y al control sobre su cuerpo a través del uso de anticonceptivos, no sin ciertas contradicciones, ellas llevaban ya varias décadas cuestionando su papel tradicional en la familia y su ausencia en el ámbito público, ejerciendo ahora independencia económica, sexual y emocional, y adaptando estas modificaciones a sus papeles como hijas, madres o esposas. Por el contrario, puede corroborarse que los hombres se han mantenido al margen y tienden a permanecer al abrigo de los cambios que las mujeres han ayudado a producir (Giddens, 2006), o han adquirido, en ocasiones, un papel de defensores reaccionarios de sus “derechos masculinos”, atrincherándose en sus privilegios e intentando parar a toda costa la emancipación femenina (Bonino, 1999).

En estas transformaciones, los hombres han sido considerados más como espectadores que como auténticos actores, lo que ha dificultado que ellos ejerzan una reflexión profunda sobre el papel que han jugado en la subordinación de las mujeres, logrando así atisbar los beneficios que obtienen en ese ejercicio a costa de ellas. Esto ha hecho que los varones sientan que ciertas modificaciones a su comportamiento son impuestas desde el exterior y que emerja en ellos el temor de ser “dominados por mujeres”. En el caso de los entrevistados, éstos evitaban golpear o forzar a sus esposas a mantener relaciones sexuales, no porque articularan un discurso en términos de justicia en el que ellas fueran reconocidas como sujetos de derecho, sino por temor a enfrentar castigos legales. Es decir que, más que transformar sus comportamientos y creencias, actuaban de manera más adaptativa. Sin embargo, las estrategias de adaptación tienden a largo plazo a reforzar las relaciones de género tradicionales (Petchesky, 2006).

Empero, vale la pena resaltar que también han emergido otros grupos de varones que han repensado el entorno y han tratado de replantear el significado de derechos en las experiencias de los hombres, sin posicionarse necesariamente en contra de los derechos de las mujeres. Tena (2014) diferencia el ejercicio de subordinación que los hombres ejercen contra las mujeres del ejercicio de los derechos de los hombres. El primero es el efecto de que ellos participen, en los intercambios sociales, desde una posición de poder en la que construyen modelos de moralidad. El segundo genera un cambio en las representaciones sociales en torno al significado de ser varón y fomenta que ellos se responsabilicen de sus prácticas. Por ejemplo, si se crearan condiciones para que los hombres ejercieran sus derechos en términos de salud, sexualidad y reproducción, esto redundaría en condiciones de mayor igualdad en todo tipo de relaciones, además, fortalecería la participación de los varones en torno a la crianza, la reproducción, la sexualidad y el cuidado de sí mismo y de otros.

Giddens (1998) señala que los cambios en la conducta y en las actitudes sexuales son más pronunciados en las mujeres que en los hombres, y es tal vez por esto que, en espacios predominantemente masculinos, donde los hombres suelen tener relaciones casi exclusivamente con otros varones, y donde pocos se han replanteado la manera en cómo viven su sexualidad, emerjan relatos y creencias que refuerzan las percepciones dominantes sobre la sexualidad masculina (la cual centra la reputación social de los hombres en las conquistas sexuales que puedan lograr) y que legitiman actos de dominación y violencia hacia las mujeres. El discurso de los entrevistados puede estar reflejándonos las creencias de las personas a quienes están expuestos (sus esposas y sus compañeros) en distintos ámbitos (en el hogar y en el trabajo) y nos puede ayudar a comprender por qué en las relaciones familiares se muestran más transformadores que en las relaciones que establecen con otros varones.

Esto puede ser así porque desde la perspectiva de la representación teatral, Goffman (1971) considera que, en el contexto social, el individuo escenifica papeles para dar a los otros la clase de impresión que evocará en ellos la respuesta específica que le interese obtener, por lo que el remero puede estar escenificando un cierto papel frente a sus pares para recibir aceptación, reconocimiento o aprobación. Asimismo, para mantener la armonía de las interacciones sociales se espera que cada participante reprima sus sentimientos sinceros y



transmita una opinión que considere que los demás encontrarán aceptable. Cada participante construye sus opiniones tras aseveraciones que expresan valores que todos los presentes se sienten obligados a apoyar, lo cual crea una fachada de consenso. Así, con el fin de mantener su permanencia y aceptación entre los remeros, los entrevistados representan personajes que parecen coincidir con las creencias que exponen sus compañeros, aunque secretamente difieran de ellas. Es decir, el papel que desempeñan se ajusta a los papeles representados por otros. Cuando se ha personificado erróneamente un papel o alguno se resiste a adoptarlo deviene la vergüenza y los demás circundantes se sienten hostiles, incómodos, perplejos y desconcertados. Transgredir a solas o señalar abiertamente que no se comparten las mismas creencias frente a los pares se convierte en una situación difícil y compleja para muchos de los entrevistados, es por esto por lo que es importante que los hombres se acompañen de otros varones para crear un frente común. La búsqueda de cómplices con quienes cuestionar las normativas imperantes de la masculinidad puede ser una manera en la que los hombres pueden trabajar conjuntamente y les permita sentirse en confianza y firmes para construir otras formas socialmente aceptables e incorporar formas más equitativas de ser varón.

Es difícil encontrar un sujeto plenamente ubicado en una condición de abierta resistencia a las normativas dominantes o en una plena adaptación pasiva a su contexto social de normas y relaciones. Este está siendo constantemente transformado y cuestionado y los sujetos optan por estrategias complicadas y sutiles para obtener un grado de autonomía al mismo tiempo que siguen siendo respetados en su comunidad actuando de formas distintas en diferentes espacios, un proceso que Petchesky (2006) ha llamado Nexo Poder-adaptación. Es tal vez por esto que mientras que los entrevistados utilizan en el espacio público una narrativa (muchas veces ficticia) sobre sus conquistas sexuales para acomodarse al estereotipo tradicional de la hombría, con el fin de obtener el reconocimiento de sus compañeros y mantener o mejorar su estatus entre los remeros, en el espacio más íntimo y con personas a las que quieren y tienen confianza, pueden mostrarse más democráticos e incluso vulnerables.

Por ejemplo, en el caso de algunos entrevistados, la esposa es vista como una amiga y confidente a quien se le pueden contar aspectos dolorosos de la infancia o dudas y temores, esperando de ella comprensión y consejos. El amor que se tiene a la esposa y el lazo de

confianza que se ha creado con ella, hacen que muchas veces la opinión de ella sea muy valorada, pues encuentran en sus palabras aspectos de carácter reparador. La intimidad que se ha creado con la esposa ha implicado también una democratización del dominio interpersonal. Los varones anteriormente habían mantenido una distancia emocional que les permitía delegar en ellas la responsabilidad de los escenarios íntimos-afectivos (Lonngi, 2017), pero ahora se sienten más comprometidos emocionalmente con sus esposas para lograr el mantenimiento a futuro de su matrimonio. El temor a que ellas los abandonen hace también que ellos eviten golpearlas y las traten con mayor igualdad. Este cambio también puede deberse a que ahora las mujeres pueden acceder al divorcio, y los varones, por temor a perderlas, modifican sus comportamientos.

Estos hombres están cambiando, tal vez más en el espacio privado que en el espacio público<sup>64</sup>, y están cambiando por tres razones: 1) porque desean ejercer una paternidad que les permita establecer lazos de cercanía afectiva con sus hijos, poniendo en tela de juicio el ejercicio de la paternidad que ellos recibieron; 2) porque las mujeres con las que ellos se vinculan exigen y esperan de ellos un mayor involucramiento en las tareas domésticas, de cuidado y en su vida emocional de pareja, aunado a una sexualidad placentera dentro de la vida conyugal donde su placer sea tomado en cuenta, y 3) por factores externos, como las leyes que se han creado para castigar la violencia doméstica o el ahora mayor desprestigio social hacia prácticas autoritarias o violentas dentro de la familia, vinculadas al machismo. Una paternidad que implique un ejercicio controlado de la autoridad y una cercanía física y emocional con los hijos está cada vez más aceptada y acoplada en su identidad como padres y como hombres.

Por otra parte, se atisba en esta población un fuerte miedo a las enfermedades de transmisión sexual que ha marcado también un cambio fundamental en la vida sexual de los hombres. Anteriormente, los hombres podían ejercer una sexualidad desenfrenada y desprotegida, pues los efectos indeseados (un embarazo) ocurrían en el cuerpo de las mujeres, lo que permitía que se pudiesen, de alguna manera, “desafanar” si lo deseaban. Ahora con el surgimiento del VIH/Sida como un efecto mortal del ejercicio de la sexualidad, los hombres

---

<sup>64</sup> Sería interesante investigar si los hombres que trabajan exclusivamente con mujeres, y que las consideran sus iguales, perciben cambios en sus creencias o prácticas a raíz de tal relación.

ven comprometido su cuerpo, lo que ocasiona que utilicen preservativos en sus relaciones extramatrimoniales para cuidar a sus esposas y a ellos mismos de cualquier enfermedad, y minimicen el número de parejas sexuales.

Finalmente, reconociendo el alcance acotado de este trabajo, para complementar y profundizar lo aquí planteado, queda pendiente poner en diálogo lo aquí expuesto con otros relatos, por ejemplo, los de las mujeres con las que estos varones se relacionan, pues ciertas prácticas de ellos se basan en creencias sobre la sexualidad femenina, por ejemplo, la que asegura que las mujeres disfrutan de los piropos vulgares o la que considera que los motivos de la infidelidad femenina son el descuido emocional de sus parejas, argumentando que ellas engañan buscando amor y no sexo. También, es necesario plantear investigaciones que profundicen en la relación entre el modelo sexual dominante y las disfunciones sexuales, pues esto permitiría conocer de manera más detallada cómo el intento por cumplir con un cierto comportamiento sexual “activo”, lleva a algunos hombres a la autoexigencia y al estrés, lo que termina por expresarse corporalmente de esas formas.

## Bibliografía

- Amuchástegui, Ana (2007), “Ética, deseo y masculinidad: La difícil relación entre lo sexual y lo reproductivo”, en Ana Amuchástegui y Ivonne Szasz (eds.), *Sucede que me canso de ser hombre...*, México, El Colegio De México, pp.121–139.
- (2003), “No sé decirle si quedó embarazada. Género, responsabilidad y autonomía entre jóvenes mexicanos”, en José Olavarría (ed.), *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO, pp. 143–152.
- (2001), “La navaja de dos filos: una reflexión acerca de la investigación y el trabajo sobre hombres y masculinidades en México”, *La Ventana*, vol. 2, núm. 14, pp.102–125.
- Arias, Rosario y Marisela Rodríguez (1998), “A puro valor mexicano. Connotaciones del uso del condón en hombres de la clase media de la Ciudad de México”, en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio De México, pp. 319–339.
- Ayús Reyes, Ramfis y Esperanza Tuñón Pablos (2007), “Piernas de gelatina. Reflexión sobre relatos de experiencia sexual coital entre jóvenes varones del sureste de México”, en Ana Amuchástegui y Ivonne Szasz (eds.), *Sucede que me canso de ser hombre...*, México, El Colegio De México, pp. 311-342
- Barbosa dos Santos, Valdonilson y Mary Alves Méndez (2016), “Produções de masculinidades no contexto da violência de gênero”, en Parry Scott, Jorge Lyra y Isolda Belo da Fonte (eds.), *Relações e Hierarquias Marcadas por Gênero*, Recife, UFPE, pp. 51–74.
- Bellato Gil, Liliana (2006), “Representación de los hombres mazahuas sobre su sexualidad. Si tuviera relaciones diario, bigotes por todos lados”, en Juan Guillermo Figueroa, Lucero Jiménez y Olivia Tena (eds.), *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*, Ciudad de México, El colegio de México, pp. 159-194.
- Bonino Méndez, Luis (1999), “Los varones frente al cambio de las mujeres”, *Lectora*, núm. 4, pp. 7–22.

- Boswell, John (1990), "Sexual and Ethical categories in Premodern Europe", en David McWhirter, Stephanie Sanders y June Reinisch (eds.), *Homosexuality/Heterosexuality: Concept of Sexual Orientation*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 15-31.
- Bourdieu, Pierre (2000), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- Castro, Roberto (2004), *Violencia contra mujeres embarazadas. Tres estudios sociológicos*, Cuernavaca (Morelos), UNAM- Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Connell, Raewyn (2015), *Masculinidades*, México, UNAM- PUEG.
- Corsi, Jorge (2003), *Maltrato y abuso en el ámbito doméstico: fundamentos teóricos para el estudio de la violencia en las relaciones familiares*, Buenos Aires, Paidós.
- Cruz Tome, Brenda y Mario Ortega Olivares (2007), "Masculinidad en crisis", en María Lucero Jiménez Guzmán y Olivia Tena Guerrero (eds.), *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, Cuernavaca, UNAM: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, pp. 121-152.
- De Keijzer, Benno (2003), "Hasta donde el cuerpo aguante: género, cuerpo y salud masculina", en Carlos Cáceres, Marcos Cueto, Miguel Ramos y Sandra Vallenás (eds.), *La Salud como Derecho Ciudadano. Perspectivas y Propuestas desde América Latina*, Lima (Perú), Universidad Peruana Cayetano Heredia, pp. 137-152.
- Della Porta, Donatella y Michael Keatings (2013), "¿Cuántos enfoques hay en ciencias sociales? Introducción epistemológica", en Donatella Della Porta y Michael Keatings (eds.), *Enfoques y metodologías de las ciencias sociales. Una perspectiva analítica*, Madrid, Akal, pp. 31-51.
- Farmer, Paul (2001), *Infections and inequalities: The modern plagues*, London, University of California Press.
- Faur, Eleonor (2005), "Masculinidades y familias", en Graciela Di Marco, Eleonor Faur y Susana Méndez (eds.), *Democratización de las familias*, Buenos Aires, UNICEF, pp. 91-110.
- Ferré, Joan Vendrell (2011), "Las fracturas del género y la crisis de la masculinidad", *Estudios de Antropología*, vol.1, núm. 3, pp. 25-37.

- Figari, Carlos Eduardo (2008), “Placeres a la carta: consumo de pornografía y constitución de género”, *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, vol. 3, núm. 27, pp.170–204.
- Figueroa, Juan Guillermo (2013), “Silencios, soledad y violencia en el ejercicio sexual de algunos varones”, en Rodolfo Casillas (ed.), *Aspectos sociales y culturales de la trata de personas*, D.F. (México), INACIPE, pp.449-467.
- (2009) “Algunas notas sobre masculinidad, empleo e identidades de género en hombres”, *La Manzana*, vol. 4, núm. 7, pp. 1–14.
- Flores, Daniel (2017), “Se recrudece violencia en Xochimilco; balean a cuatro al bajar de una trajinera”, nota periodística de acceso libre de Publimetro, sábado 25 de noviembre de 2017, URL: <https://www.publimetro.com.mx/mx/noticias/2017/11/25/se-recrudece-violencia-xochimilco-balean-cuatro-al-bajar-una-trajinera.html>, última consulta 24 de julio de 2018.
- Fluehr-Lobban, Carolyn (1995), “Cultural relativism and universal rights”, *The Chronicle of Higher Education*, vol. 41, núm. 39, pp. 1–2.
- Forastelli, Fabricio (2002), “Masculinidad, homosexualidad y exclusión. Sobre la muestra “Héroes caídos” del Espai dArt Contemporani de Castelló”, *Dossiers Feministes*, núm.6, pp. 111-126.
- Fuller, Norma (2001), *Masculinidades: cambios y permanencias; varones de Cuzco, Iquitos y Lima*, Lima, Editorial de la Pontificia Univ. Católica del Perú.
- Gallo, Hector (2010), “El tabú de la virginidad”, *Affectio Societatis*, vol. 2, núm.5, pp.1-13.
- García García, Antonio Agustín (2008), “¿Qué les pasa a los hombres? A propósito de las dinámicas identitarias masculinas en la modernidad tardía”, *Arxius*, núm. 19, pp. 41–51.
- GDF (Gobierno del Distrito Federal) (2000), *Ley de las y los jóvenes del Distrito Federal*, Ciudad de México, Gaceta Oficial del Distrito Federal.
- Giddens, Anthony (1998), *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Cátedra.
- Goffman, Erving (1971), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Guber, Rosana (2004), *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*, Buenos Aires, Paidós.

- Gutmann, Matthew (2000), *Ser hombre de verdad en la ciudad de México: ni macho ni mandilón*, México, El Colegio de México.
- Haces Velasco, María de los Ángeles (2006), “La vivencia de la paternidad en el valle de Chalco”, en Juan Guillermo Figueroa, Lucero Jiménez y Olivia Tena (eds.), *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*, Ciudad de México, El Colegio de México, pp. 121-158.
- Hammersley, Martyn y Paul Atkinson (1994), *Etnografía: métodos de investigación*, Barcelona, Paidós.
- Hernández Hernández, Oscar Misael (2007), “Estudios sobre masculinidades: aportes desde América Latina”, *Revista de Antropología Experimental*, núm.7, pp. 153–160.
- Hernández Rosete, Daniel (2006), “La vida extramarital masculina en tiempos de VIH/Sida. Usos y prácticas entre algunos varones con profesiones ligadas a las ciencias sociales”, en Juan Guillermo Figueroa, Lucero Jiménez y Olivia Tena (eds.), *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*, D.F. (México), El Colegio de México, pp. 195-217.
- Hernández, Juan Carlos (1995), “Sexualidad, masculinidad y reproducción: ¿qué va a decir papá?”, en *Coloquio Latinoamericano Sobre Varones, Sexualidad y Reproducción*. Zacatecas, México (Mimeo).
- Herrera, Pablo (1999), “La masculinización de los cuerpos”, *Salud Reproductiva Y Sociedad*, vol. 3, núm. 8, pp. 13–15.
- Ibarra Casals, Dario (2013), “Misoginia masculina: expresión y etiología de la misoginia en la intersubjetividad heterosexual”, *Conexões Psi*, vol. 1, núm. 1, pp. 77–93.
- Jiménez Guzmán, María Lucero (2007), “Sexualidad, vida conyugal y relaciones de pareja. Experiencias de algunos varones de los sectores medios y altos de la Ciudad de México”, en Ana Amuchástegui y Ivone Szasz (eds.), *Sucede que me canso de ser hombre...*, México, El Colegio de México, pp. 185-238.
- Jones, Daniel (2008), *Sexualidad y adolescentes: prácticas y significados relativos a la sexualidad de adolescentes residentes en Trelew (Chubut)*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, tesis de doctorado.

- Juárez Ramírez, Clara y Cristina Herrera (2014), “Deseando no ser violento: las dificultades para dejar de ser hombre”, en Tania Esmeralda Rocha Sánchez y Ignacio Lozano Verduzco (eds.), *Debates y reflexiones en torno a las masculinidades: analizando los caminos hacia la igualdad de género*, D.F (México), UNAM- Facultad de Psicología, pp. 157-181.
- Kaufman, Michael (1997), “Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”, en José Olavarría y Teresa Valdés (eds.), *Masculinidad/es, poder y crisis*, Chile, Isis Internacional-FLACSO, pp. 63-81.
- Kimmel, Michael (1997), “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”, en José Olavarría y Teresa Valdés (eds.), *Masculinidad/es, poder y crisis*, Chile, Isis Internacional-FLACSO, pp. 49-62.
- Kurtz, Ron y Héctor Perestera (1976), *The body reveals*, Nueva York, Harper y Row/Quicksilver Books Publishers.
- Lévi-Strauss, Claude (1991), *Las estructuras elementales del parentesco*, Barcelona, Paidós.
- Lorena Rojas, Olga (2006), “Reflexiones en torno de las valoraciones masculinas sobre los hijos y la paternidad”, en Juan Guillermo Figueroa, Lucero Jiménez y Olivia Tena (eds.), *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*, D.F. (México), El Colegio de México, pp. 95–120.
- Lonngi Botello, Luis (2017), “Análisis del “enojo” del varón en el contexto de la violencia contra las mujeres para trazar un marco de construcción de responsabilidad”, *Hypatia*, vol. 6, núm. 1, pp. 39–61.
- Malinowski, Bronislaw (1986), “Introducción: objeto, método y finalidad de la investigación”, en Bronislaw Malinowski (ed.), *Los Argonautas del Pacífico Occidental*, Barcelona, Planeta de Agostini, pp. 19-42.
- Monteagudo Peña, Gilda y Sandra Guadalupe Treviño Siller (2014), “Sexualidad, masculinidad y envejecimiento: una mirada desde la experiencia particular en un grupo de varones de la ciudad de la Habana, Cuba”, en Juan Guillermo Figueroa y Alejandra Salguero (eds.), *¿Y si hablas de...sde tu ser hombre?*, D.F (México), El Colegio de México, pp. 461-493.



- Montesinos, Rafael (2014), “Masculinidades, sí. ¿Feminidades, no?”, *El Cotidiano*, núm. 184, pp. 63–68.
- (2004), “La nueva paternidad: expresión de la transformación masculina”, *Polis: Investigación Y Análisis Sociopolítico Y Psicosocial*, vol. 2, núm. 4, pp. 197–220.
- (1996), “Vida cotidiana, familia y masculinidad”, *Sociológica*, vol. 11, núm. 31, pp. 183–203.
- Murray, Nancy, Laurie Zabin, Virginia Toledo-Dreves y Ximena Luengo-Charath (1998), “Diferencias de Género en Factores que influyen en el Inicio de Relaciones Sexuales en Adolescentes Escolares Urbanos en Chile”, *Perspectivas Internacionales En Planificación Familiar*, vol. 24, núm. Especial, pp. 4–10.
- O’Reilly, Karen (2009), *Key concepts in Ethnography*, London, Sage publications.
- Olavarría, José (2003), “Los estudios sobre masculinidades en América Latina”, *Anuario Social Y Político de América Latina Y El Caribe*, vol. 6, pp. 91–98.
- (2000), “De la identidad a la política: masculinidades y políticas públicas. Auge y ocaso de la familia nuclear patriarcal en el siglo XX”, en José Olavarría y Rodrigo Parrini (eds.), *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia. Primer encuentro de estudios de masculinidad*, Santiago de Chile, FLACSO-Chile, pp. 11-28.
- Petchesky, Rosalind (2006), “Introducción”, en Rosalind Petchesky y Karen Judd (eds.), *Cómo negocian las mujeres sus derechos en el mundo: una intersección entre culturas, políticas y religiones*, D.F. (México), El Colegio de México, pp. 39-83.
- Ramírez de Garay, Rosa María (2014), “Amigos, simplemente amigos: intimidad entre hombres y masculinidad”, en Tania Esmeralda Rocha Sánchez y Ignacio Lozano Verduzco (eds.), *Debates y reflexiones en torno a las masculinidades: analizando los caminos hacia la igualdad de género*, D.F. (México), UNAM-Facultad de Psicología, pp. 253-277.
- Ramírez, Juan Carlos (2005), *Madejas entreveradas: violencia, masculinidad y poder: varones que ejercen violencia contra sus parejas*, Zapopan (Jalisco), México, Plaza y Valdés.
- Reich, Wilhelm (1990), *La función del orgasmo*, D.F. (México), Paidós.

- Rivera, Roy y Yahaira Ceciliano (2005), *Cultura, masculinidad y paternidad: las representaciones de los hombres en Costa Rica*, San José, FLACSO.
- Ruz, Mario Humberto (1998), “La semilla del hombre. Notas etnológicas acerca de la sexualidad y reproducción masculinas entre los mayas”, en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México y Sociedad Mexicana de Demografía, pp.193–221.
- Sáez, Javier y Sejo Carrascosa (2011), *Por el culo: políticas anales*, Barcelona, EGALES.
- Schmukler, Beatriz (2013), “Democratización familiar como enfoque de prevención de violencia de género: experiencias en México”, *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, vol. 5, pp.199–221.
- Seidler, Victor (1995), “Los hombres heterosexuales y su vida emocional”, *Debate Feminista*, vol. 11, núm. 6, pp.78–111.
- Strauss, Juliet Corbin Anselm y Eva Zimmerman (2002), *Bases de la investigación cualitativa: técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*, Medellín, Universidad de Antioquia.
- Strikwerda, Robert y Larry May (1992), “Male friendship and intimacy”, *Hypatia*, vol. 7, núm. 3, pp. 110–125.
- Szasz, Ivonne (1998), “Los hombres y la sexualidad: aportes de la perspectiva feminista y primeros acercamientos a su estudio en México”, en Susana Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, México, El Colegio de México y Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 137-162.
- Taylor, Steve y Robert Bodgan (1987), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, Barcelona, Paidós.
- Tena Guerrero, Olivia (2014), “Incorporación del trabajo con hombres en la agenda feminista”, en Tania Esmeralda Rocha Sánchez y Ignacio Lozano Verduzco (eds.), *Debates y reflexiones en torno a las masculinidades: analizando los caminos hacia la igualdad de género*, D.F. (México), UNAM-Facultad de psicología, pp. 21-40.
- Tena Guerrero, Olivia y Paula Jiménez Anaya (2006), “Estrategias para mantener el modelo de masculinidad en padre-esposos desempleados”, *La Ventana*, vol. 3, núm. 24, pp.440–462.

- Tena Guerrero, Olivia y Lucero Jiménez (2014), “Algunos malestares en la experiencia de los varones ¿podemos ir reflexionando sobre sus derechos sexuales y reproductivos?”, en Juan Guillermo Figueroa y Alejandra Salguero (eds.), *Y si hablas de...sde tu ser hombre?*, D.F (México), El Colegio de México, pp. 331-358.
- Turner, Victor Witter y Edward Bruner (1986), *The Anthropology of Experience*, Urbana, University of Illinois Press.
- Villadangos López, Fernando (2003), *Sexualidad masculina ¿Hombres o titanes?*, España, Al-Garaia.
- Wouters, Cas (2017), “On Sexualisation and Eroticisation: emancipation of love and lust”, *Educação y Realidade*, vol. 42, núm 4, pp. 1217–1237.
- Zamudio Osuma, Miriam Tatiana (2014), “El proceso de revisión de la violencia en un grupo de varones”, en Juan Guillermo Figueroa y Alejandra Salguero (eds.), *Y si hablas de...sde tu ser hombre?*, D.F (México), El Colegio de México, pp. 115-164.

## Anexos

### Primera guía de entrevistas

1.- ¿Qué haces cuando te despiertas? ¿Vienes inmediatamente al embarcadero? ¿O haces algo más? ¿Cómo te iniciaste en la remería? ¿Y cuántos años ya llevas trabajando en esto? ¿Por qué fue que te iniciaste como remero? ¿Podrías describirme como utilizas el remo para mover la canoa?

2.- Las veces que he venido al embarcadero muchos remeros me han comentado que están casados y tienen hijos, ¿tú estás casado o juntado? ¿Tienes hijos? ¿Si es así, a los cuántos años te juntaste y por qué? ¿Cómo fue que decidiste tener un hijo? ¿Estudias actualmente? Sino ¿hasta qué grado estudiaste? ¿Por qué dejaste la escuela? ¿Piensas retomarla algún día?

3.- Ahora me gustaría que me comentarás cómo has vivido estas cosas de la sexualidad ¿cómo aprendiste a vivir tu sexualidad? ¿Alguien te enseñó? ¿Tus padres, amigos o familiares te hablaron de esto? ¿Tus compañeros remeros te han recomendado algo en el ámbito sexual? ¿Hay algo que tú consideres como una mala o buena práctica sexual?

4.- ¿Recuerdas si alguien te presionó para iniciarte sexualmente? ¿Recuerdas, antes de iniciarte sexualmente, cómo imaginabas qué sería? ¿Qué sentirías? ¿Pensabas que sería placentero? ¿Por qué te iniciaste sexualmente? ¿A quién fue a la primera persona que se lo contaste? ¿Por qué se lo contaste? ¿Por qué a ella? ¿Fue algo importante en tu vida, marcó algo o paso desapercibido?

5.- ¿Cómo fue tu primera relación sexual? ¿Esperabas algo? ¿La recuerdas? ¿Qué pensabas en ese momento? ¿Recuerdas cómo fue y que se sintió? ¿Miedo, vergüenza, alegría? ¿Te gustó? O ¿hubo partes que te gustaron y otras no? ¿Quién fue tu pareja sexual? ¿Qué relación tenías con ella/él? ¿Se siguieron viendo después de eso? ¿Sentías algo emocional por ella? ¿Qué fue lo que te impulsó a iniciarte sexualmente con esa pareja y no otra?

6.- ¿Crees que es un deber de los hombres tener relaciones sexuales incluso aunque no quieran? ¿Por qué? ¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales, aunque no quieras o te han presionado para tenerlas? ¿Cómo fue? ¿Cómo se sintió? ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué te impidió detenerla o decir “no”? Cuando miras hacia atrás, y recuerdas esa relación, ahora que lo ves con los ojos de ahora ¿la detendrías? ¿Dirías que no? ¿Por qué?

- 7.- ¿Has tenido relaciones sexuales donde te has sentido incómodo, enojado, triste o molesto? ¿Qué fue lo que te hizo sentir así? ¿Recuerdas alguna relación sexual en dónde te sentiste feliz, contento y alegre? ¿Qué fue lo que te hizo sentir feliz? ¿Qué es lo que mejor te hace sentir en una relación sexual? ¿Qué es lo que peor te hace sentir o no te gusta?
- 8.- ¿Desde tu forma de ver la vida, qué diferencias ves en la manera en cómo los hombres viven su sexualidad y la manera en cómo las mujeres la viven?
- 9.- ¿Crees que las mujeres puedan vivir de la misma manera la sexualidad que los hombres?
- 10.- ¿Qué ventajas tiene ser hombre respecto a cómo viven su sexualidad? ¿Qué puedes hacer tú en la sexualidad que las mujeres no pueden hacer?
- 11.- ¿Crees que los hombres deban o puedan sentir cariño, amor o ternura cuando tienen relaciones sexuales con alguien que acaban de conocer o no tienen una relación estable? ¿Sí? ¿No? ¿Por qué? ¿Qué crees que sea mejor para los hombres?
- 12.- ¿Qué diferencias ves en la manera en cómo te has relacionado con tus parejas sexuales eventuales y con tu novia o esposa? ¿Qué cosas han sido más placenteras en estas relaciones?
- 13.- ¿Cómo te llevabas con tus parejas eventuales? ¿Se volvieron a ver? ¿Crearon alguna relación de intimidad, amistad o compañerismo? ¿Mantienes contacto con ellas? Si no fue así ¿a qué crees que se debió?
- 14.- ¿Te gusta como vives tu sexualidad? ¿Hay algunas cosas que no te gusta sobre la manera en cómo los hombres viven la sexualidad?
- 15.- ¿Qué te desagrada de la manera en cómo las mujeres viven su sexualidad? ¿Ves alguna ventaja en la manera en cómo las mujeres viven su sexualidad? ¿Ves alguna ventaja en cómo los hombres la viven?
- 16.- ¿Crees que los hombres y las mujeres entienden lo mismo respecto a tener relaciones extramaritales? ¿Cuál es la diferencia que tú ves en la manera en cómo se relacionan los hombres y las mujeres con sus amantes?
- 17.- ¿Alguna vez has tenido este tipo de relaciones? Si no es así, ¿por qué no las has tenido? O ¿por qué sí las has tenido? ¿Qué te impulsó a iniciar este tipo de vínculos? ¿Estableces algún tipo de regla, acuerdo o convenio con este tipo de parejas para evitar que se malinterprete el vínculo? ¿Cómo ha reaccionado tu pareja eventual ante lo que tú le has propuesto? ¿Alguna vez te ha pasado que este tipo de parejas malinterpreten el vínculo o

quieran establecer relaciones más formales? ¿Qué has hecho tú? ¿Cómo lo has resuelto? ¿Qué sucedería si tu esposa te hiciera lo mismo? ¿Qué sentirías y qué harías? ¿Por qué pensarías que lo hizo?

### **Segunda Guía de entrevista**

1. ¿Cómo es tu vida sexual ahora que estás casado? ¿Ha cambiado en algo o sigue siendo la misma de cuando eras soltero?
2. ¿Cómo aprendiste lo que tenías que hacer en una relación sexual? ¿En qué momento sentiste que ya habías aprendido?
3. ¿Te ha pasado que alguna vez quieres tener sexo con alguien y esa persona no quiere? ¿Por qué crees que no quería? ¿O que parecía que no quería? ¿Por qué crees que lo hacía? ¿Cómo te hizo sentir eso? ¿Cómo lo resolviste? ¿Y al revés? ¿Te ha pasado que en un principio quieres tener sexo con alguien, pero después te arrepientes? Al final, ¿lo hiciste? ¿Por qué?
4. Cuando tú y tu pareja tienen relaciones sexuales, ¿tú crees que ella lo disfruta? ¿Cómo sabes esto? ¿Crees que los hombres y las mujeres disfrutan de la misma manera el sexo? y si no, ¿Cuál es la diferencia?
5. ¿Alguna vez te ha pasado que no sientas nada en una relación sexual? ¿O que sientas poco? ¿A qué crees que se debió? ¿Crees que tu pareja se dio cuenta? ¿Hiciste algo para ocultar tu disgusto/aburrimiento?
6. Piensa en tu vida sexual pasada, ¿te arrepientes de alguna relación sexual? ¿Hubo alguna en la que sintieras algo que te molestara? ¿A qué crees que se debió?
7. ¿Alguna vez te ha pasado que mientras tenías relaciones sexuales te diste cuenta o sospechaste que tu pareja no las disfrutaba? ¿A qué crees que se debió?
8. Hay algunas personas que piensan: "A los hombres no se les quita lo cusco, aunque se hayan casado, amen a su esposa y tengan hijos" ¿qué piensas de esto? ¿Te has involucrado emocionalmente con alguien que creías que no debías? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué crees que no debías hacerlo?
9. ¿Alguna vez has visto a un hombre molestando a una mujer? ¿Qué sucedió? ¿Qué hiciste? ¿Cómo te hizo sentir eso?